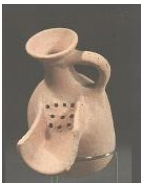
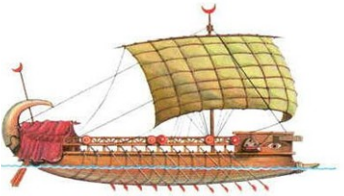
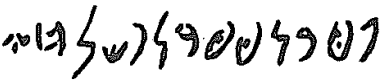
EL PERIPLO DE URKATEL
"LA RUTA DEL ÁMBAR"





Alberto López Malax-echeverría



LA EXPANSIÓN FENICIA

EL PERIPLO DE URKATEL
"LA RUTA DEL ÁMBAR"

Alberto López Malax-echeverría

Julio de 2012

EDITA:
Alberto López Malax-echeverría
Centro de Estudios Ibero Fenicios.
Los Naipes, 11
29738 Rincón de la Victoria.
MÁLAGA.

(+ 34) 952 404 229 – 639 604 572
urkatel@gmail.com

Dedicatoria,

A todos aquellos, con los que en algún momento de nuestras vidas, compartí la ilusión por la arqueología.

Índice

11. A modo de introducción.
15. Glosario de los términos fenicios empleados.
17. Miembros destacados y vinculados a la tripulación.
19. Dioses, Divinidades y Reyes.
20. Urkatel, cronología y presentación.
26. Presentación de Hanunu, detalles del barco.
37. Construcción del barco.
41. Presentación de Himilcón y algunos acompañantes.
-Tiro y sus actividades geopolíticas y comerciales.
-Planeamiento del viaje. Tripulación.
50. Armamento y víveres.
55. 1ª singladura, Kitión.
62. 2ª singladura, Salamis. 1ª Navegación nocturna.
68. Rodas. Comprobaciones del barco.
71. Habla Urkatel. Día a día de su casa.
73. Rumbo a Libia. Tempestad.
-Fondeo, reparan el barco, expedición al interior.
84. Anuncio del abandono de tres tripulantes.
-Llegada a Útica. Detalles de la ciudad.
90. Se incorpora Baalbazer.
-Habla Urkatel.
-Reunión con hombre de Palacio.
-Situación de Israel.
94. Enfrentamiento Elisa/Pigmalión.
-Abandono de Útica. Muere Tábnit.
- Baalbazer y Malaka.
105. Ibiza. Abdastrato. Funeral.
111. Pobladores de Baria. Detalles de la colonia.
120. Visita a los Millares (Almería). Datos del lugar.
127. Habla Urkatel. Asesinato de Akerbas.
-Elisa abandona Tiro.

130. Colonias en esta costa. Anuncio poblado.
-Castellón Alto (Galera-Granada).
132. Se forma expedición. Detalles del poblado.
136. Detalle de la costa y poblados que se ven.
139. Llegada a Malaka. Datos y vivencias.
143. Habla Urkatel. Reflexiones.
153. Visita al Torcal de Antequera. (Málaga)
-Preparando singladura. -Abandona Baalbazer.
159. Se incorpora Culcas.
161. Fondeo antes de Gibraltar. Cruce del estrecho.
167. Navegación en el Atlántico. Detalles.
-Singladura de la costa portuguesa. Detalles.
173. Contacto asentamiento.
-Se decide ir al Báltico. Abandona Adonbaal.
183. Fondeo para pasar el invierno.
185. Tribu de vascones. Detalles. Crean refugio.
195. Habla Urkatel. Está enfermo.
-Singladura al Báltico. Vida en el refugio. Detalles.
197. Se crea refugio. Cruce canal de la Mancha.
212. Muere Piteas.
215. Inicio singladura. Incineran a Piteas. Cruce al mar Báltico. Encuentro con indígenas del lugar.
-Planteamiento ruta de regreso. Se incorpora Hakón.
228. Vuelta al campamento. Detalles.
233. Habla Urkatel. Enfermo. Elisa funda Cartago.
241. Inicio navegación del Rin. Detalles.
249. Abandono del Rin. Se monta campamento.
261. Inicio cruce del barco. Detalles carretas.
266. Llegada al Danubio. Detalles.
271. Habla Urkatel. Sabe que se está muriendo.
272. Muere Urkatel.
-Eshmunazar (escriba) concluye el relato…

A modo de introducción.

Desde hace muchos años y hasta el día de hoy, la arqueología ha ocupado numerosos días de mi vida, y ha sido el motivo principal de casi todos los viajes que he realizado por la mayoría de los países ribereños del Mediterráneo.

Aunque excavé y publiqué un par de yacimientos prehistóricos, y algunos de época romana, mi interés siempre ha estado centrado en la colonización fenicia del Sur de la Península Ibérica, dedicándome a estudiar fundamentalmente la cerámica que esta colonización introdujo con su llegada, y que aparte de sus formas, colores y otras particularidades, aportaba a esta zona la diferencia por excelencia de ser moldeada en el torno de alfarero.

El más reciente de los trabajos que he publicado, netamente arqueológico, se titula:

MANUAL TIPOLÓGICO Y CRONOLÓGICO DE LA CERÁMICA FENICIA DEL SUR DE ESPAÑA.

http://www.transoxiana.org/11/echeverria-ceramica_fenicia_espania.pdf

Donde recojo las más representativas tipologías de esta cerámica, aparecidas en los yacimientos andaluces, para compararlas con sus paralelos en Fenicia, y atribuirles su posible cronología, no siempre de acuerdo con la dada en su momento, por aquellos que publicaron los yacimientos en que se encontraron.

Todo aquel que ha tenido en sus manos la publicación arqueológica de un yacimiento sabe, que exceptuando un breve adelanto sobre la situación y circunstancias del hallazgo, las conclusiones sobre la cronología que se da al mismo, y los paralelos con otros yacimientos, la mayor parte del contenido se dedica a la descripción de los objetos hallados, de los que el noventa por ciento suele ser cerámica.

Un poco rendido por todo lo que he comentado, me he permitido exponer, lo que he investigado sobre el pueblo fenicio y su influencia sobre los pueblos que se encuentran a su llegada a la Península Ibérica, haciéndolo bajo la forma de una novela, aunque ajustándome en todo momento al mayor rigor histórico.

Si el armador del barco de esta novela se llama Urkatel, existió un armador con este nombre que tuvo hasta 30 barcos, los alimentos son los que se comían, se navegaba en la forma que se relata, el barco se ha descrito partiendo fielmente de toda la información que he recopilado sobre los diferentes barcos construidos por este pueblo… Todo lo que se cuenta pasó o pudo haber pasado, y solamente algún estudioso de este tema, que pueda leer la novela, discrepará, si su opinión es otra, con las posibles fechas que se atribuyen a algunos de los hechos narrados.

El periplo de Urkatel, navegando a través del mar Mediterráneo y el Atlántico hasta el mar Báltico en busca del ámbar, y regresando a Tiro, utilizando las vías fluviales

del Este de Europa, cuenta una expedición, que debió ocurrir, para que puedan interpretarse muchas lagunas de la historia.

El autor.

GLOSARIO DE TÉRMINOS FENICIOS.

KARUM. Puerto. Muelle (palabra de origen Acadio).

TAMKARUM. Persona a cargo del intercambio comercial. Viajaba con sus mercancías de un lugar a otro, y operaba con agentes comerciales, o bien financiaba el comercio de terceros.

WAKIL TAMKARI. Oficial de alto rango, que dirigía el Departamento Comercial del Rey, y organizaba la actividad de los mercaderes del gobierno.

BIT KARUM. Casa de Comercio.

BITUM. Sucursal.

HUBUR. Asociación Comercial. Corporación organizada con total autonomía, bajo la protección de un personaje influyente.

SOPHET. (Sufete) Miembro del Consejo de Ancianos.

SIBUTU. Consejo de Ancianos. "Sufetes" (palabra de origen Acadio).

THERSO. Temporada favorable para la navegación.

CHEIMON. Temporada desfavorable para la navegación. Para los romanos la "Mare Clausum", durante la cual se anulaban los seguros marítimos.

BAAL. Principal Dios Fenicio**.**

MELQART. Dios tutelar de Tiro. Protegía la navegación y el comercio.

ASTARTÉ. Principal Diosa Fenicia.

TÁNIT. Nombre que toma Astarté en Cartago y en las colonias occidentales.

ESHMUN. Dios tutelar en Sidón.

RESHEF. Dios de la luz y del relámpago.

MOLOK. Dios Fenicio al que se sacrificaban niños.

BES. Dios o Genio familiar de origen Egipcio.

HIRÁM. Rey Fenicio 969 - 936 a.C.

ITHOBAAL. Rey Fenicio 887 - 856 a.C. Construye el Puerto artificial de Tiro.

PIGMALIÓN. Rey de Tiro 820 - 774 a.C. Su hermana Elisa funda Cartago.

PERIPLO. Circunnavegación de una zona con regreso al lugar de partida.

SAKKUNYATÓN. Autor Fenicio de finales del II milenio a.C. que escribe "Historia de Fenicia".

BAMAH. Lugar de culto. Tenían un altar de sacrificios.

MASSEBAH. Estela de piedra. Representa la divinidad masculina.

ASERAH. Tocón de madera. Representa la divinidad femenina.

MIEMBROS DESTACADOS Y VINCULADOS DE LA TRIPULACIÓN.

URKATEL. Armador. Naviero/Traficante tuvo hasta 30 barcos.

HANUNU. (Hannón, Hanón) Navegante - Construye el barco.

MATTÁN. Hermano de Urkatel.

PITEAS. Marino (Muere en Dinamarca).

ADONBAAL. Alfarero.

AZMILK. Herrero (Mudo).

ENNIÓN. Vidriero.

MAGÓN. Carpintero.

ANÍBAL. Marino.

AMÍLCAR. Escriba en el barco.

EULULAIOS. Cocinero.

ABIBAAL. Responsable del Bit Karum en Malaka.

ABDASTRATO. Encargado de la necrópolis de Ibiza.

ZAKARBAAL. Responsable Bit Karum de Kition.
-Entrega un pagaré a Urkatel-.

BAALBAZER. Se embarca en Útica -de origen Ibero-. (Siervo de Baal).

HIMILCÓN. Capitán del barco. (Un Himilcón navegó hasta Camerún hacia el año 450 a.C.).

SAKKUNYATÓN. Fue escritor en Tiro a finales del II Milenio a.C.

ASDRÚBAL. Marino.

TÁBNIT. Muere. Se incinera en Ibiza. (Sacerdote de Astarté en Sidón).

ESHMUNAZAR. Escriba actual. (Sacerdote de Astarté en Sidón).

CULCAS. Ibero/Turdetano - Marino, embarca en Malaka-.

HAKÓN. Miembro del poblado Danés, embarca en el Báltico.

ARTÚS. Guía de la expedición del Rin al Danubio.

DIOSES Y DIVINIDADES.

EL. Padre de todos los dioses.

MELQART. Dios tutelar de Tiro. Protegía la navegación y el comercio.

BAAL. Dios principal.

ASTARTÉ. Diosa principal.

TÁNIT. (Astarté) Solo en Occidente.
ESHMUN. Sidón. Dios local.
RESHEF. Dios de la luz y el relámpago.
BES. Dios/genio benefactor.
CHUSOR. Dios herrero y artesano.
YAM. Dios del mar.
YAW. Dios del caos y tempestades.

REYES

HIRÁM, I - 969 - 936 a.C.

ITHOBAAL 887 - 856 a.C.
o
ETHBALL. Construye el Puerto artificial de Tiro ("Egipcio").
Dio golpe de estado.

PIGMALIÓN. 820 -774 a.C.

Hermana: ELISA (Didó).
Funda Cartago. 814 a.C.

URKATEL (CRONOLOGÍA).

892 **Nace.**
31 **Edad con la que hace el viaje.**
861 **Año en que viaja.**

892 **Nace.**
75 **Edad con la que cuenta el viaje.**
817 **Año que comienza a contar el viaje.**
(Hace 3 años que reina Pigmalión).

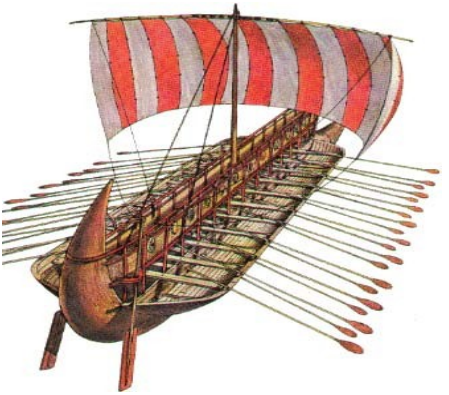
861 **Año en que viaja.**
817 **Año en que comienza a contar el viaje.**
-----
44 **Hace 44 años que hizo el viaje.**

Lo hizo hace **44 años**
Tenía la edad de **31 años**
---
75 **Tiene 75 años cuando dicta el viaje.**

HUNUNU

902 **Nace.**
924 **Nace su padre (Tiene a Hununu con 22 años).**
954 **Nace el abuelo de Hununu que trabajó en las naves de Tharsis (969 - 930).**
(En el año 936 se va a construir las naves. Tiene 18 años).

Se puede enseñar el arte de la navegación de muchas formas. Solamente hay una forma de aprender, navegando.



Barco de Urkatel visto desde la aleta de estribor.
http://www.mgar.net/var/fenicia.htm

Mi nombre es Urkatel, no creo que sea necesario extenderme acerca de mi gentilicio, que supongo bien conocido por todos, pero si acaso la memoria os falla, os recuerdo que mi abuelo formó parte del Consejo de Notables del gran Hirám, y si mi padre no accedió a ser Sophet durante el reinado de Ithobaal, se debió a su propia voluntad, ya que, si en sus últimos años tuvo que admitir la bondad del periodo de su reinado que le tocó vivir, jamás reconoció los motivos que se alegaron para justificar lo que mi padre siempre consideró, que fue una usurpación del trono.

Así quisieron los dioses que sucedieran los hechos, y así tenemos que aceptarlo los hombres.

Aunque no os quiero entretener más de lo que sea necesario, y yo mismo deseo comenzar a dictarle cuanto antes a mi escriba lo que considero el fundamento de mí relato, que en verdad os puede resultar de gran provecho, si vuestros intereses se centran, en el arte de la navegación y del comercio. Permitidme, que una pequeña parte de este papiro recoja aquellos datos sobre mí, los mínimos que creo necesario hacer constar, para que me conozcáis mejor, y os sea posible llegar a entender las circunstancias que motivaron el acto más importante de mi ya larga vida; el periplo más allá de donde creíamos que estaba el fin del mundo, donde la mar avanza y se retira sobre grandes espacios, y donde a Poniente, ya no existe más tierra firme.

Hoy ya es otra vez día de la Luna Nueva, comienza otro mes, y yo hace mucho tiempo que hago los cálculos sobre el porvenir en meses, y no en años como antes acostumbraba. Ahora solamente pido en mis oraciones a Melqart que se me conceda el suficiente tiempo, para finalizar con calma y acierto este relato.

Cuando Ithobaal se hizo con el trono de Tiro, yo había cumplido cinco años de vida, y a diferencia del primer hijo varón de mis padres, que murió sin cumplir su segundo año de vida, y de mi hermana que crecía delicada y envuelta en un halo de tristeza que nadie comprendía, mi naturaleza auguraba una vida plena de salud, que además, no estuvo condicionada en sus primeros años por aquella ley que, figurando como primogénito varón, podría haberme incluido entre los infantes que cada año se sacrificaron a Molok, si no fuese por las circunstancias,

que ya he comentado sobre mi desconocido hermano, y que no sé si privaron a mi padre de un gran honor, o le causó la mayor de las alegrías. Desearía que fuese lo segundo.

Del resto de mis hermanos no merece la pena comentar nada, gozarían de una vida cómoda, como correspondía al nivel social al que pertenecían, pero solo yo, el mayor, me haría cargo del patrimonio familiar. La excepción es mi hermano Mattán que formó parte de la expedición, y a quien siempre tuve un afecto especial, más que por hermano, por buen marino y hombre íntegro.

Vivo retirado en mi villa de Ushu, algo apartado de la humedad del mar, que tanto afecta a mis huesos, y lo suficientemente cerca del puerto viejo de Tiro, para que cuando la añoranza lo requiere, me pueda acercar sin dificultad a ver atracar, o lo que me satisface más, ver a los barcos hacerse a la mar.

Plano de Tiro con la línea de costa actual y antigua.

Grabado con representación de tipos de barco Fenicios.

Hace ya tres años que reina Pigmalión, yo he cumplido setenta y cinco, y hace cuarenta y cuatro años que comenzó a dar sus primeros pasos aquella idea, a veces obsesión, que me impedía dormir o comer, y que como he dicho dio lugar a cuatro años, que pueden justificar todo el resto de mi vida. Hasta este momento, nunca conté a nadie todos los detalles del viaje, ni algunos secretos bien guardados, y menos aún, dejé constancia como hago ahora por escrito. Podrá serme reprochado por mis iguales, pero legalmente nunca tuve obligación alguna, ya que el Palacio, con la mediación del Wakil Tamkari que en aquella época dirigía el Departamento Comercial del Rey (no puedo acordarme de su nombre) descartó cualquier posible participación en mi proyecto, quizás por el riesgo del mismo, o tal vez como reproche por la actitud de mi padre con el rey, al menos, en los primeros momentos de su reinado. Los reyes nunca perdonan las viejas ofensas, y sus lacayos se ocupan siempre de refrescarles la memoria, sobre todo, cuando los intereses así se lo aconsejan.

Tres generaciones de mi familia, coincidiendo con los tres reinados anteriores a Ithobaal; Hiram, Baal-eser, y Abdastrato, habían ejercido como Tamkarum en Tiro, realizando constantes intercambios comerciales con mercancías propias, negociando con diferentes agentes mercantiles, y no pocas veces, arriesgando capital y prestigio, en expediciones comerciales de terceros.

Al principio establecieron su Bit Karum en el puerto Norte o "Viejo". Cuando se construyó el puerto Nuevo o "Egipcio", en el Sur de la isla, se inauguró una nueva Bitum, más con la determinada intención de

reducir competencia, que por la necesidad real de abrir una sucursal a tan escasa distancia.

Sé que he dictado lo anteriormente escrito con un cierto impulso de orgullo, del que soy más heredero que merecedor, pues si bien hoy puedo decir que legaré a mi primogénito, al menos el mismo patrimonio que yo recibí, no es menos verdad que en su momento mi expedición se criticó, sin falta de razón, como una osadía, y siendo por todos sabido que "la presencia del amo engorda a las bestias", yo me alejé durante más de cuatro años del negocio de mi familia.

Sirve asimismo todo lo que he contado para deducir fácilmente, que si por causa de la tradición, yo como mis antecesores, sabíamos todo lo necesario sobre rutas comerciales por mar y tierra, el origen y destino idóneos de las más importantes mercancías, sus precios de compra y venta, e incluso cómo estibar el barco logrando la máxima carga sin pérdida de seguridad, en resumen todo lo relacionado con nuestra actividad, sin embargo era muy poco lo que yo sabía, menos cuanto más profundizaba en detalles, sobre la construcción de los propios barcos, y lo primero y lo fundamental que necesitaba, para llevar adelante la idea era eso, un barco que cumpliera con todas las prestaciones necesarias. Lo segundo, la tripulación adecuada. El resto era cuestión de inversión y estaba cubierta con recursos propios.

Si la familia Urkatel, remontaba a tres generaciones su actividad comercial, los primogénitos de la familia de Hanunu, se disipaban en la memoria como maestros constructores de barcos. Unos con más fama que otros, para Hanunu, su punto de referencia lo constituía su abuelo, del que su padre no cesaba de contar prodigios

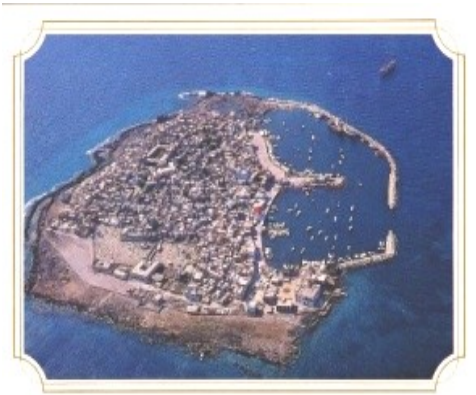
sobre la época en la que formó parte de los maestros constructores, que se trasladaron a Ezion-geber, junto al mar Rojo, para construir las nombradas naves de Tharsis que viajarían al país de Ophir, en busca de oro, plata, marfil y piedras preciosas. Hanunu y su padre habían nacido en Tiro, y de esas naves solo tenían referencias, pero la maestría, la mayor parte de las veces, y los secretos de la profesión siempre, se heredan. Hanunu era, a mi parecer, quien más sabía sobre los barcos en Tiro, y yo le necesitaba.

Hizo falta algún tiempo para que se ganara mi total confianza, y algo más de tiempo para que yo me ganase la suya. Hanunu no era hombre fácil de convencer, de él dependía una cuadrilla completa de profesionales, y sus familias, de los cuales alguno ya trabajaba a las órdenes de su padre, y por si esto fuera poco, sobraba el trabajo para los maestros constructores en Tiro, y lo peor de todo, mi propuesta suponía que todo el equipo, y parte de las familias correspondientes, tendrían, durante el tiempo de construcción y pruebas, que trasladarse a la isla de Arvad, muy al Norte de Tiro, en las tierras de los Arameos.

Creo que a Hanunu le llevó a aceptar mi propuesta, fundamentalmente, el reto que ésta le significaba, y por añadidura, una sustanciosa paga. A su cuadrilla, con excepción de las escasas negativas, por parte de alguno de los últimos que se habían incorporado, y que fueron acertadamente sustituidos, les convenció el hecho de doblarles su salario actual, y cubrirles todos los gastos de alojamiento y manutención, durante el tiempo que durase la faena.

Mi idea había madurado durante mucho tiempo, y en la isla rocosa, en la que se encontraba el núcleo de

Arvad, próxima a una de las villas que dominaba y que podía suministrarnos los víveres y otros productos necesarios para el día a día, había adquirido la tierra circundante a una pequeña cala, en la que había hecho construir un astillero provisional, barracones con las comodidades acostumbradas para los trabajadores, un edificio de reunión y uso común, y dos casas rodeadas de un pequeño jardín, algo distantes del resto de las otras construcciones, que usaríamos Hanunu y su familia, y yo y los míos cuando me visitaran.



Arvad.
Única isla de la actual Siria.
Frente a la ciudad de Tartus.

Arvad reunía, para haber sido elegida, tres claras ventajas. Estaba lo suficientemente alejada de los enredos y curiosos de Tiro y Sidón, se encontraba en línea recta frente a Kitión, en la isla de Chipre, y era cuna de las más afamadas familias de marineros, de toda esta parte de la costa.

Durante días, de forma sosegada y aprovechando sus tiempos de descanso, fui transmitiendo a Hanunu las cualidades que debía tener el barco, que me iba a construir. Cómo construirlo era su responsabilidad.

Muy marinero, no era importante la capacidad de carga (le sorprendió mucho), buen comportamiento con vientos portantes, de popa y por la aleta, veloz cuando las circunstancias nos exigieran utilizar los remos (habíamos hablado de un total de cincuenta remos, considerando una tripulación compuesta aproximadamente por unas

setenta personas), su aspecto general debería disuadir a posibles piratas ocasionales (de cómo lograr evitarlos, si intentaban atacarnos, deberíamos ser capaces nosotros y nuestro barco), toda comodidad a bordo, para todos por igual, quedaba supeditada a la eficacia.

Tenía que prevalecer la durabilidad de todos sus componentes, para lo que no se limitaría el coste de los mismos. Su eslora y manga quedaban relegadas a estos condicionantes, y para todo lo que no estaba previsto, como siempre, nos confiaríamos a los dioses.

Hanunu unas veces tomaba nota y otras se limitaba a escucharme atentamente, sin que yo tuviese claro si sus silencios indicaban, que aceptaba mis comentarios, o me daba por loco. A veces mascullaba en voz baja palabras ininteligibles, de las que solo entendía alguna vez frases tales que "muy costoso, muy costoso" o "es difícil, es difícil".

Dos meses después, de la que se pudo considerar nuestra última conversación sobre el tema, Hanunu envió un mensajero a mi casa en la villa de Ushu (él casi nunca abandonaba la isla de Tiro, a causa de sus obligaciones, y allí era donde yo me reunía con él) para anunciarme que me visitaría al día siguiente, sin límite de tiempo, y desde una hora temprana, aprovechando que era el primer día de la Luna Nueva y por lo tanto festivo.

Durante cuatro años fue mi hogar, mi refugio, mi transporte, el soporte de mis ilusiones, y de la apuesta que había hecho, conmigo mismo, y con los míos, y como es lógico, mis apreciaciones sobre el barco sufrieron muchas transformaciones. Ahora voy a intentar transmitirlas, en la forma más ecuánime que me sea posible, como si quienes

esto pudieran leerlo, hubieran estado presentes en el momento en que Hanunu comenzó a explicar los pormenores, que aparecían dibujados y descritos con sus detalles más importantes, en los planos que extendió sobre mi mesa.

No sé cuánto tiempo estuve en silencio, recreando mi mente, mientras mis ojos se dirigían de un dibujo a otro, y Hanunu respetó ese tiempo de silencio con una mueca de satisfacción en su rostro. Cuando inició su explicación, mi imaginación convertía en realidad cada componente reflejado en el papiro.

La mitad de un cedro, seccionado longitudinalmente, constituía la que sería parte básica o principal del barco, ahuecado en casi toda su extensión, a excepción de lo que podían ser entre los dos y tres metros de uno de los extremos, que se reservaba macizo, y se había afilado en forma de espolón. Se completaba este dibujo con trece bancos corridos, que alojados, en hendiduras hechas a este propósito en la parte alta de las paredes del tronco, sobresalían transversalmente a cada una de las bandas, aproximadamente una longitud similar a la altura de un hombre.

En el siguiente dibujo, a la estructura anterior, desde la mitad del puntal hasta la altura total de las paredes del tronco, se había adosado un costado a cada banda, construido con tablones longitudinales que daban forma al forro exterior, clavado a las cuadernas (cuyo extremo inferior se alojaba en el tronco) y cuya estructura total se reforzaba con los trece bancos mencionados, que hacían la función de baos.

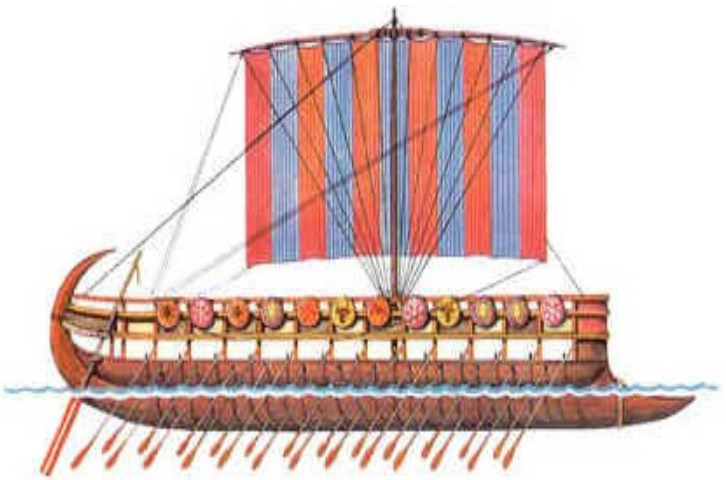
Este conjunto se completaba con el dibujo de los cincuenta remos que hacían el total que propulsaría a la nave, veinticinco por banda, repartidos a su vez en dos hileras, con trece remos en la hilera superior y doce en la hilera inferior. Dos remeros se alojarían en la parte del banco, que quedaba en el interior ahuecado del tronco, y uno a cada banda, en la parte de los bancos que hacían la función de baos.

Lo visto y comentado hasta ahora ya me había transmitido un conjunto de sentimientos, en los que se mezclaban los términos de robustez y velocidad, líneas estilizadas y estabilidad, reducido mantenimiento y fácil acceso para futuras reparaciones… pero sigamos con el resto de los dibujos.

En el siguiente papiro, el dibujo detallaba, cómo quince troncos por banda, de algo más de dos metros de altura y más gruesos que un brazo, servían de soporte, a un corredor o puente, del mismo ancho que el tronco que era la parte central del casco, y que terminaba en el caracol de popa, comenzando en la proa con un balcón semicircular de madera, forrado exteriormente con una plancha de cobre. En las bordas de este puente irían, colgados por fuera, los escudos de guerra. Dos timones de tipo espadilla, con las palancas horizontales, uno a cada banda de la popa, gobernarían la nave, situados los timoneles en este corredor.

La arboladura, y las jarcias firme y de labor, estaban dibujadas o descritas en sus mínimos detalles y, si no aportaban muchas novedades sobre las características generalmente conocidas, no se dejaba ni un resquicio a la improvisación. La cabuyería sería hecha de cáñamo, anunciaba que en su momento se embrearía toda la jarcia

firme, y señalaba al proveedor de más confianza. La vela del mejor lino posible, una vez más el proveedor de confianza, sus medidas, y el número y disposición de los brioles. Un minucioso detalle del racamento, que une la verga al mástil facilitando la labor de izar y arriar la vela, que es bien sabido cuánto se deteriora, con el número de unidades de repuesto previstas… Y así todo el conjunto. Como ya tendré ocasión de ir contando otros detalles, cuando ya nos encontremos navegando, voy a resumir mi impresión con el mínimo número de palabras: Era un trabajo perfecto.



Banda de estribor.

La mar puede volverse por un tiempo insoportable. El barco siempre soportará las inclemencias mejor que tú.
No lo abandones.

Sin ninguna dificultad digna que destacar, se fueron asentando todos los operarios, con sus familias, en los alojamientos preparados para ellos. La realidad es que me ocupé personalmente, de que todo fuera tan bien como yo tenía previsto, tanto por mi firme convicción de que solamente trabaja bien quien está satisfecho, como por la necesidad de que considerasen que una vez más habían acertado, aceptando las iniciativas propuestas por su patrón.

Inicialmente, toda la cuadrilla estaba calificada como carpinteros de ribera, pero con el tiempo pude comprobar que sus trabajos eran muy especializados, y aunque se ayudaban mutuamente, alguno no hizo durante toda la construcción del barco otra función que doblar adecuadamente, al fuego y al vapor, tablones para las cuadernas, y otros, coser con clavos los forros, o lo que fuesen requiriendo las distintas fases del montaje. Los aserradores tenían que considerarse aparte, porque aun dependiendo, al igual que todo el resto, del maestro constructor, ellos eran responsables de decidir la longitud y grosor adecuado de cada tablón obtenido, y el mejor aprovechamiento de los costosos troncos.

Hanunu, fue una decisión suya, se desplazó a la cordillera del Tauro, en Anatolia, para comprar los cedros y los cipreses, que había calculado que se necesitaban. Los primeros para la parte central del barco, así como para los diferentes componentes de su estructura principal, y los cipreses para obtener los remos, los timones y otros elementos complementarios. No era una pura cuestión de

mejor precio de compra, el pago del transporte terminó por igualar una posible diferencia inicial. Era evidente que los cedros de los bosques de nuestras montañas más próximas, ofrecían una menor variedad donde poder elegir, tenías que obtener los permisos de Palacio a partir de unas medidas, y además no había tantos con el tamaño que nosotros necesitábamos.

Del resto del aprovisionamiento previsto me ocupé yo. Encargué la vela, y otras dos de repuesto, toda la cabuyería, los clavos de cobre y arandelas de plomo, las toldillas que cubrirían, desde el suelo del puente o corredor, hasta la regala de los costados añadidos, la toldilla principal para el propio puente, las ánforas y otros recipiente de transporte, los veintiséis escudos de bronce, y otra enormidad de cosas, como la brea, la pintura, herramientas, barras de bronce… que Hanunu me había encargado.

Fueron casi seis meses en total, el tiempo que se tardó en construir el barco, desde que tuvimos el material necesario acopiado, y otro mes más el que empleó Hanunu y su cuadrilla para dejarlo rematado en los detalles, pero los dibujos y descripciones se habían convertido en realidad, y yo hacía días que mi primera actividad era pasearme por el barco varado, dando vía libre a mi imaginación, con los proyectos que hasta ese momento no había compartido con nadie.

He dicho que el barco ya estaba terminado, pero había algo que Hanunu tenía previsto y diseñado, aunque no participase en su construcción y montaje. Después de las pruebas, y en nuestra primera escala en Chipre, (dónde estos trabajos mejor y a menor coste se hacían) el espolón de proa se iba a cubrir con una funda de bronce, que

ayudaría a equilibrar pesos, disuadiría a posibles atacantes y protegería de los objetos flotantes, con que pudiésemos toparnos en nuestras singladuras.

Que la mar no sea el destino de todas tus ilusiones, porque la mar siempre termina devolviendo lo que no le pertenece.

Habían pasado cuatro meses desde la primera vez que comenté con Himilcón mis secretas intenciones, de una forma más que discreta inicialmente, y ampliando los detalles, según iban creciendo su grado de interés, y la aceptación inicial del proyecto.

Sus referencias no podrían ser mejores, si hubiera sido necesario contrastarlas, pero no era el caso, ya que el conocimiento mutuo existente entre nuestras dos familias se remontaba hasta perderse en el pasado, y su integridad personal y reputación como capitán, le situaban en una posición de privilegio, siempre que se hacía mención de los mejores que conformaban su gremio.

Supongo que unos diez años mayor que yo, hacía ya alguno que se dedicaba a administrar su bien ganada fortuna, a transmitir los secretos de su profesión a los suyos, y a navegar por placer o por esa necesidad de estar en contacto con la mar, que el marinero nunca pierde del todo.

Mis primeras insinuaciones, que le dejaban ver la posibilidad de que nuevamente se hiciese cargo de un barco, obtuvieron negativas tan corteses como tajantes, y solamente cuando le expuse, de una forma abierta los objetivos finales, fue iniciándose su interés, y por ahora solo me queda decir que tiene, prácticamente, reclutada al total de la tripulación, con la excepción de aquellos que yo me he reservado incluir, pero que de todas las formas, necesitarán de su aprobación. Aunque tendré ocasión sobrada de referirme a ellos en muy diferentes ocasiones,

puedo avanzar, que fueron solamente cuatro los hombres, que seleccionados por mí, se integraron en la tripulación: Ennión el vidriero, que figuran entre sus conocimientos, además de los propios de su gremio, otros como los de la talla del alabastro, la pintura de miniaturas sobre huevos de avestruz, el saber sobre las piedras preciosas, su valor y propiedades, y aún algunos más. Adonbaal el alfarero, perteneciente a una familia de cuyo alfar procedía toda la vajilla común de mi casa, la que empleábamos en las ocasiones especiales, así como la, que desde que yo sepa, se había utilizado siempre en los ritos funerarios de mi familia. Azmilk el herrero, era un buen conocedor de su oficio, dispuesto siempre para aplicar todas aquellas novedades que llegaban a Tiro relacionas con su arte, y un hombre tan fuerte como noble, que para los que no le conocían bien, pasaba por excesivamente discreto, quizás porque no sabían que era mudo. Amílcar, mi escriba y contable en aquel entonces, no el que está pasando ahora al papiro mis dictados, que está contratado solamente para esto, y que lo prefiero así, ya que al no haber vivido él las experiencias, no va a contrariarme, ni influir en lo que le dicte. También nos acompañó, como ya he tenido ocasión de mencionar, mi hermano Mattán, que desde muy joven siempre ha estado enrolado en los barcos pertenecientes a los negocios familiares, o que mantenían relación con los nuestros, y aunque yo no poseía un conocimiento muy directo de su persona, debido posiblemente a esa misma razón, había adquirido fama de buen marinero.

El resto de la tripulación, aunque procedentes de todas las especialidades, que se sabía que iban a hacer falta durante la duración del periplo, yo mismo, y los que yo había elegido, teníamos por aceptado que desde que

estuviésemos navegando, nuestro objetivo era para todos el mismo, y nuestra principal ocupación el poder lograrlo.

Nosotros, los Cananeos, estamos repartidos en distintas ciudades de esta costa, y es sabido, que nuestra presencia se manifiesta con mayor o menor grado de aceptación o pactada influencia, en todos los imperios conocidos e incluso en tan lejanos lugares, de los que solo algunos pocos tienen noticias.

Sé que Byblos, Sidón, Ugarit y otras ciudades nos precedieron en importancia, y seguramente puedo estar condicionado por mi origen, pero nadie se atrevería a negarme, que desde antes de que yo naciera, y hasta hoy, ninguna otra ciudad reúne las características tan singulares como las que se dan en Tiro.

Todos conocéis la importancia de sus tres templos, en los que rendimos culto a Melqart, Astarté, y a Baal-Shamem. Las altas murallas y sus torreones. La gran plaza con su prestigioso mercado. El Palacio real, y sobre todo ello la importancia de sus dos puertos, tan próximos, pero a la vez tan diferenciados entre sí, por sus características y sus particularidades.

Pero si tuviera qué destacar que hace distinta a Tiro, no dudaría en manifestar, que lo son sus pobladores. Desde luego, la gran mayoría de los más de treinta mil que viven en la isla son, como yo, Cananeos, pero los Asirios, Egipcios, Israelitas, Chipriotas, y las gentes del Norte, con importantes ocupaciones algunos, y otros realizando los diversos trabajos que la actividad de Tiro requiere, hacen de la ciudad un crisol, donde se funden a diario, todas las noticias, todos los conocimientos y todas

las lenguas de este mundo. Podría decirse que nada de importancia sucede sin que se termine sabiendo en Tiro.

Creo que no existe ningún otro sitio, en que tan pocos ciudadanos, ejerzan una marcada influencia, sobre tantos otros y a tanta distancia, y es sabido que nuestras expediciones comerciales, en particular por la mar, no tienen parangón con las de ningún otro pueblo. Llevamos a lejanas tierras las más bellas vajillas, moldeadas en los tornos de nuestros maestros alfareros, delicados objetos hechos de vidrio y alabastro, los útiles de hierro que en tantos lugares desconocen, las sedas y otras telas tan finamente elaboradas. Maestros de muy distintos gremios, prestan sus servicios en las cortes más importantes, trabajando, muchas veces, la materia prima que antes les hemos proporcionado, sea de nuestros propios recursos, o de los de otras tierras. Nuestras mercancías van, desde el oro y la plata, a los animales y alimentos tan apreciados por nuestros compradores, y aunque en tantos círculos de poder, se nos critica el haber aprendido de ellos mismos algunos saberes, son muy pocos los regentes que podrían librarse de nuestros quehaceres, e incluso no podrían seguir en sus privilegiadas posiciones, sin nuestro efectivo apoyo.

Casi todos los pueblos dan diferentes colores a las telas con las que confeccionan sus vestimentas, aunque solamente nosotros hemos desarrollado, hasta lograr el esplendor que todos conocéis, la capacidad de dar a los tejidos el exclusivo color púrpura, que si bien el secreto no ha sido posible mantenerlo, y el uso del mismo ha tenido que ser protegido por otros medios, para que solo adorne a quienes lo merecen por su rango -y son capaces de pagarlo- únicamente el producto final, que sale de los

talleres de los tintoreros cananeos, goza del merecido prestigio y reconocimiento.

Hemos sido siempre capaces de apropiarnos los conocimientos que nos han interesado, de cada lugar, sea próximo o remoto, de los que visitamos para llevar a cabo nuestro comercio, y son bastantes de ellos los que hemos mejorado, o cuando menos aplicado con más beneficioso interés, y aunque cada familia, cada gremio o profesión, mantienen sus secretos, al fin, pocas son las novedades de las que no terminamos sirviéndonos todos.

Si crees en algún momento, que has olvidado para siempre a los dioses, embárcate y volverás a nombrarlos.

Creo que puede ser oportuno iniciaros ya en lo que en aquellos momentos constituía, como os he dicho, mi obsesión. Cómo se la estaba trasmitiendo a quienes consideraba congruente, y aunque la realidad estuvo muchas veces, bastante alejada de todo lo que eran mis previsiones y proyectos, podéis constatar que lo estoy contando, y en consecuencia, sino en su totalidad, la misión, puede decirse que fue cumplida con suficiente éxito.

Era mi intención llegar al templo de Melqart, que la copia de los antiguos escritos, que poseía del notable Sakkunyatón, aseguraban sin duda, que habían erigido antepasados del pueblo Cananeo, allí donde nuestra mar se acaba, y donde otra mar da comienzo, con un aspecto y comportamiento, que nos son sorprendentes, de cuyas tierras al Norte y al Sur, a partir del templo, nadie ha comunicado hasta el día de hoy noticia alguna, pero de cuyo averiguar, y por alguna de esas historias que se cuentan, al calor de una buena lumbre en invierno, o de un buen vino escanciado generosamente, cuando las conversaciones han pasado de los datos concretos y las cortesías, a las confidencias y a las fantasías, podría desprenderse, que manteniéndose siempre rumbo al Norte, se encontraban fabulosos yacimientos de estaño y del apreciado ámbar.

No era, como de costumbre, mi intención fletar un barco de carga para comerciar con nuestros productos, y volver a este puerto con la mercancía obtenida.

Quería navegar nuestra mar, como he dicho, hasta sus confines, y a continuación seguir siempre hacia el Norte, limitándome a tomar las debidas referencias y generalidades, que fuesen beneficiosas sobre los lugares visitados y que pudieran proporcionarnos materias de interés -maderas, metales u otras- pero que por su peso no íbamos a cargar en nuestro barco.

A nuestro regreso, el beneficio inmediato estaría centrado exclusivamente, en el oro, la plata, y sobre todo, en la abundancia de ámbar, que yo estaba seguro que obtendríamos.

Entenderéis ahora con más claridad el por qué de las novedosas características del barco. El cuidado y la atención a su diseño, y los materiales de construcción. La necesidad de su velocidad de desplazamiento, ataque, o defensa si fuese necesario, muy importantes durante nuestra ida, pero más importantes aún a nuestra vuelta, cargados con los tesoros, con las muestras de nuestros hallazgos, y sobre todo, nuestros secretos.

Ya he recalcado que se sacrificaban los indicadores acostumbrados como la capacidad de carga, la comodidad e intimidad para alguno, o todo aquello que no fuese eminentemente práctico, duradero, y se ajustase a los fines que se habían propuesto.

Hanunu había cumplido su parte, construyendo el que fue el primero de un magnífico tipo de barcos.

Himilcón sabría obtener de la tripulación cuanto se esperaba, lo que creíamos que no sería difícil, ya que se incorporaban como hombres capaces y libres.

Yo ponía en riesgo una considerable suma, muy por encima de lo que era normalmente aceptable, pero mi corazón me hablaba de éxito, y de dar mayor sentido a mi vida.

Se había realizado el armamento del barco en tierra, sin dejar ningún resquicio a la improvisación.

En lo referente a la distribución de las funciones de cada uno de los hombres, las prácticas necesarias para arbolar y desarbolar el barco, la asignación inicial de guardias, y en resumen, de todo lo que es imprescindible para que una tripulación, que se formaba por primera vez como tal, iniciara con el debido orden su primera singladura fue repetido cada ejercicio sin descanso hasta en sus más mínimos detalles, y las suficientes veces, para que nadie albergara la menor duda, sirviendo también para que se fomentara un buen ambiente de equipo, que Himilcón deseaba inculcar.

Ánfora Fenicia.
s. X - IX a.C.

Jarra de almacenamiento Fenicia.
Decoración bicrome. s. IX a.C.

Fueron estibadas a popa, en el espacio disponible que quedaba entre el último banco de los remeros y el caracol que la formaba, las clásicas ánforas alojadas en sus poyetes, así como las grandes jarras de almacenamiento, conteniendo los alimentos que habíamos seleccionado, que aunque apreciareis que no difieren mucho de los que comúnmente se embarcan en las expediciones de cierta importancia, quiero hacer relación de ellos por seguir con la meticulosidad, que deseo comunicar en toda mi exposición.

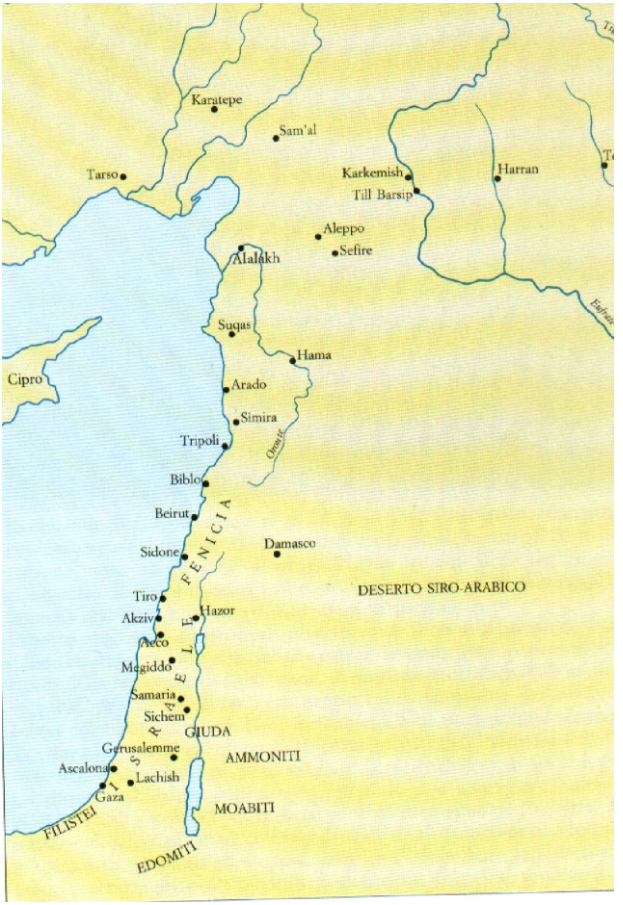
Los líquidos se resumieron al agua, el vino y el aceite. Los frutos secos estaban repartidos, casi a partes iguales, por aceitunas, higos, almendras, pasas, nueces y dátiles. La fruta fresca estaba compuesta por naranjas, limones y granadas. Cargamos, variedad y cantidad, de pescados en salazón y cecina de cabra, oveja, cerdo, vaca y perro, que supondrían, junto a las lentejas, garbanzos y judías, la base consistente de nuestra alimentación.

Completaban la lista el trigo, el mijo y el arroz como cereales, y por último, la miel y los quesos.

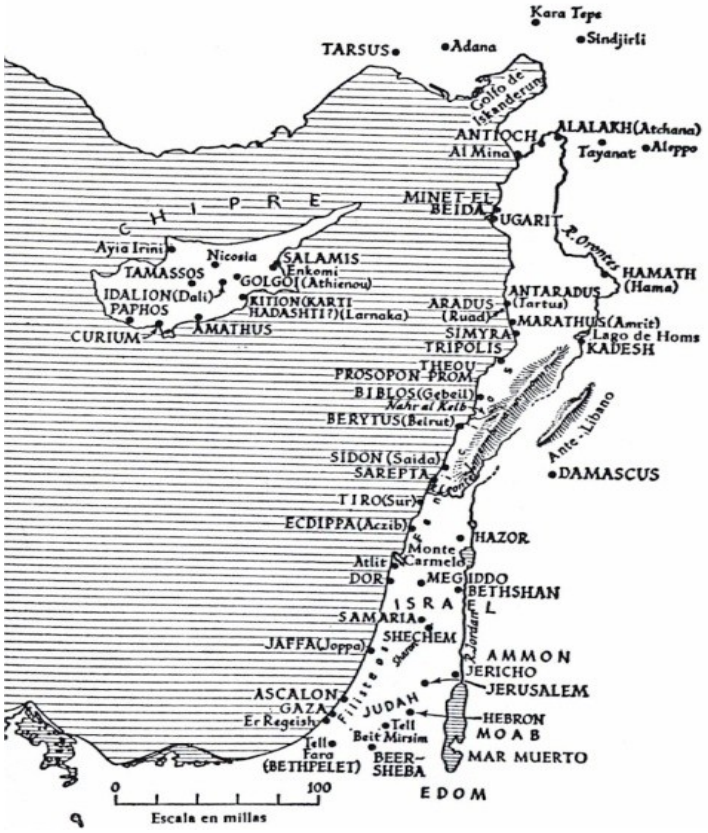
Pensábamos, como es acostumbrado, proveernos durante la travesía de pescado fresco y de las exquisitas tortugas que tanto provecho ofrecen.

Se había dispuesto todo lo que era previsible. Los dos últimos días se dedicaron a las tristes despedidas, a cumplir con los ritos religiosos necesarios, y a que cada uno rogase a sus dioses más cercanos.

Hanunu nos entregó el barco con la misma ilusión, y pesar al mismo tiempo, con que hubiera enrolado a su primogénito en la tripulación. Nos intentó transmitir las últimas recomendaciones, convencionales en estos casos, que la verdad sea dicha no escuchábamos con mucha atención, y puede que a causa de todo esto se marchó antes de nuestra partida.



Israel y Fenicia.



Franja de la costa - Próximo Oriente en época Fenicia.

Con la mar en calma todos somos capitanes.

Kitión estaba, para un barco con las características del nuestro, a un día y medio completos de navegación, incluso teniendo condiciones que no fuesen favorables. Situada exactamente al Oeste de Arvad, navegaríamos en la mar abierta, desde que abandonáramos la ensenada en la pequeña isla, hasta atracar en el seguro Karum de Kitión.

Como ya he comentado, el principal motivo de nuestra estancia en Kitión, era el de cubrir el espolón de nuestro barco con una funda de bronce, para que lo protegiese, dándole más resistencia y efectividad en caso de embestida a otro barco o choque fortuito con algún objeto flotante.

A pesar de las numerosas pruebas que hicimos, navegando a vela y a remo, repitiendo las maniobras y alterando y recuperando el rumbo para comprobar el comportamiento del barco, y también la adaptación de la tripulación, la adecuada distribución de las cargas y de las provisiones, que sufrieron alguna pequeña modificación, llegamos como habíamos previsto, al día siguiente de nuestra temprana partida. Teníamos al Sol en la vertical de nuestras cabezas, estábamos llenos de satisfacción, con mucho cansancio en nuestros cuerpos, mucha fantasía en nuestras mentes, los primeros pasos dados para que un conjunto de hombres llegaran a configurarse como una verdadera tripulación, y también esa pequeña reserva de dudas y miedos que se crea, cuando se presiente que se ha dado inicio a un reto importante, cuyo escenario van a ser lugares desconocidos y sobre todo la mar.

Varamos el barco en la zona reservada para las reparaciones, fuera de los puntos de atraque propios del Karum, donde la presencia de una muchedumbre de ocupados, y también la de los ociosos, que siempre se encuentra en estos lugares es mucho menor, pero pasó muy poco tiempo antes de que nos viéramos rodeados por un montón de curiosos a los que, aunque deberíamos suponer curados de esta capacidad, sorprendía y hacía motivo de mil comentarios el diseño de nuestro barco.

Hanunu se había ocupado en su momento de encargar la funda del espolón, aportando su diseño y medidas. Ahora Himilcón mandaba a Azmilk el herrero que fuese a la fundición y arreglase todo lo necesario para hacer llegar la pieza al varadero y que, después de secar y tratar toda la zona que cubrirá el espolón, se procediese a su montaje. Esto podría necesitar al menos tres días,

permitiéndonos cumplir con las obligaciones religiosas, sociales y profesionales, que todo hombre de honor debe llevar a cabo.

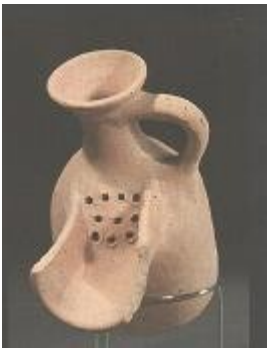
Ruinas en Kitión del Templo de Astarté.
s. IX a.C. (Edificado sobre otro Micénico).

Tras un reposo que nos evitó las horas de más calor, mi hermano Mattán y yo decidimos ir al templo que esta ciudad ha erigido a la diosa Astarté, cuya fama ha traspasado sus fronteras, siendo motivo de visita de ciudadanos de toda la isla, e incluso desde muchos otros lugares de la tierra firme. Pagamos el sacrificio de una cabra, haciendo saber a la sacerdotisa oficiante, que solicitábamos el favor de la Diosa para que velase por la buena suerte y salud de toda nuestra tripulación en un inmediato viaje, y una vez terminado el sacrificio y la correspondiente interpretación de los diferentes augurios que esta ofrenda había proporcionado, se nos aseguró la bondad del mismo.

Esto ya sabemos que casi siempre es así, pero en todo caso reconforta, y los miedos y las dudas del alma deben acallarse cada vez que se pueda, y siempre que se vaya a afrontar una situación especial. El coste de la ofrenda fue el mismo que hubiéramos tenido que pagar en los templos de Tiro.

Mattán y yo nos habíamos alojado en un albergue para gente de mar, limpio y con buena cocina, que a diferencia de los preferidos por los viajeros de tierra adentro, no tenía los establos necesarios para las bestias de transporte y carga, librándonos de sus ruidos y olores, lo que siempre es de agradecer. Ocupamos un cuarto en la segunda planta de la vivienda, desde cuya ventana alcanzábamos a divisar el barco, aunque sin mucho detalle, pero su vista y la mucha expectación que creaba, alegraban nuestro espíritu.

Puede parecer de poca importancia el detalle que ahora me viene a la memoria, pero recuerdo que estos días fueron los últimos, en muchísimo tiempo, en los que disfruté de una buena cerveza, bien elaborada y bien servida, en las jarras habituales de nuestra tierra.



Jarra cervecera
de canalón con colador.
s. X- IX a.C.

Al día siguiente de nuestra llegada fuimos a encontrarnos con el responsable de la Bit Karum de Kitión, porque no habiendo pasado desapercibida nuestra llegada -un barco de diseño novedoso y una cuantiosa tripulación no podía hacerlo- esta visita era obligada.

La que iniciamos como una visita puramente de compromiso responsable a esta Casa de Comercio, pasó a convertirse, sin esperarlo, en un agradable encuentro con el representante de la misma, que se prolongó durante gran parte del día con una comida y sobremesa de por medio, y una ronda final por esas casas que se encuentran en todas las ciudades de este tipo, donde fuimos tratados con la atención y la delicadeza que las mujeres que ejercen esta profesión, saben proporcionar a los hombres de espíritu solitario, que pueden pagarlas. A tanto llegó la espontánea amistad, que tan contadas veces surge, en un encuentro como este.

Su nombre era Zakarbaal, su edad avanzada como correspondía a su notable ocupación, y aunque no había viajado tanto como podría esperarse, el saber escuchar, su curiosidad y el respeto que emanaba, le convertían de inmediato en una persona entrañable

No tardé mucho en confesarle que el barco no era un nuevo diseño que estábamos probando, y cuyo fin último era su venta a nuestra flota Real, o a los estados amigos o aliados, a los que la Casa Real nos permitiera ofrecerlos.

Manteniendo las reservas naturales, situé el fin de nuestro viaje en la colonia de Gadir, en el otro extremo de la mar, desde donde buscaríamos nuevas minas de oro, de cobre y de estaño, y en el lugar considerado más propicio, estableceríamos de manera permanente un asentamiento estable, que debería ser fundamentalmente minero, desde el que suministrar regularmente de estos minerales, a la continuamente en alza demanda, que era solicitada por los estados vecinos y por nuestra propia comunidad.

Esta explicación, con las mentiras, las verdades y medias verdades que son implícitamente consentidas, y características de estas conversaciones, el diseño del barco -más propio de una flota de guerra que de una mercante-, el número tan alto de tripulantes y que estos fuesen exclusivamente hombres, cuando todas las expediciones coloniales incluían lógicamente familias enteras, así como hombres y mujeres en edad de formarlas, y la importancia de una alta inversión sin esperar un resultado económico inmediato, justificaban todas las susceptibilidades, que sin lugar a dudas, pasaron por la mente de Zakarbaal.

El caso es que ofreció participar en la inversión, a lo que me negué alegando la necesidad de ser aprobada por toda mi familia y no disponer de tiempo para ello, y me propuso y acepté, dejar en sus arcas una cantidad importante de la plata que transportaba para realizar los pagos que fuesen necesarios, extendiéndome él, por el mismo importe (su beneficio lo lograba con el tiempo que pasaría entre mi depósito y su recuperación) un pagaré que podría hacer valer en la colonia de Malaka, casi al final previsto de mi viaje de ida.

Así lo hice en esta ocasión por primera vez, y posteriormente en alguna otra, evitando no solamente los riesgos del pillaje, sino los que son tan frecuentes, de hundimientos, o pérdida de las cargas, por motivo de la mala mar.

Habían pasado unos cuatro días. Himilcón había supervisado el trabajo principal de la colocación de su protección de bronce al espolón, y también de otros asuntos necesarios para considerar terminado nuestro barco. Se cumplió el ritual de pintar los ojos en las amuras y colgar los dos cuernos de bóvido en el mástil, que tan necesario es hacerlo para atraernos la buena suerte, y se recordaron repetidamente todas aquellas prácticas que no deben hacerse a bordo, en particular cortarse las uñas o tener relaciones sexuales, que son de sobra conocidas por todos, pero que aún así se olvidan a veces, aumentando las desgracias a que ya están sometidos todos los que se arriesgan aventurándose en la mar.

Lo único que faltaba, y me correspondía a mí cumplirlo, era poner nombre a nuestro barco y como creo que ya lo tenía elegido desde que solo era una idea en mi cabeza, lo comuniqué en un grito fuerte y seco a toda la

tripulación, para que desde ese momento, solamente así se refiriesen a él. Lo llamé Therso, que es el nombre que desde siempre damos a la temporada favorable para la navegación, y le puse este nombre porque íbamos a navegar en todas las épocas del año, y a bordo, tendría que ser siempre Therso.

Antes del amanecer, con la tripulación dispuesta, botamos el barco y se dirigió a un punto de atraque. Se hicieron las últimas comprobaciones necesarias sobre la carga, y cuanto necesitaba una definitiva supervisión.

Antes de que el Sol apareciera por el horizonte poníamos rumbo Noreste, dirección a Salamis, porque habíamos decidido circunnavegar la costa Este de Chipre, buscando las corrientes favorables que van paralelas a la costa de Anatolia y en sentido de Levante a Poniente. Los dos días de navegación que supondrían este recorrido, se verían compensados con el efecto de esa corriente a nuestro favor, sobre todo si era necesario que remáramos. Navegaríamos a vista de la costa, y tendríamos la elección de continuar la navegación, fondear o atracar en puertos conocidos, considerando que estábamos dando comienzo a la adaptación de la tripulación entre sí, y de ésta a Therso.

Himilcón realizaba todo tipo de comprobaciones sobre el comportamiento del barco y de la tripulación. Se quedaba a proa estático un tiempo, que me parecía eterno cuando permanecía observándole, y luego me explicaba que intentaba comprobar si el barco tenía tendencia a caer a babor o estribor, lo que le haría recapacitar sobre una mejor distribución de las cargas, el trimado del mástil y el ajuste de la vela.

Con la mar en calma, sin viento ni corriente en contra o a favor, Therso se desplazaba a una velocidad muy aceptable con los veinticuatro remeros de las hileras inferiores, y se mantenía sin problema este ritmo durante dos ampollas de arena, lo que era muy esperanzador, pensando que estábamos en los inicios de todo. Ya habría tiempo de poner a prueba el comportamiento y los rendimientos, con casi toda la tripulación en los cincuenta remos, o con vientos de distinta intensidad.

No hay mucho más que destacar, y esto es lo destacable. El barco navegaba tan bien o mejor de lo que podíamos esperar, el día era apacible con una ligera brisa de Levante, ninguna discusión que reseñar, el tiempo corría a nuestro favor y cada cual se ocupaba en su tarea.

Atracamos en Salamis, el periodo necesario para completar las provisiones de alimentos y bebida, en las mismas proporciones en que los habíamos consumido los últimos días, debiendo reponer las cantidades de almacenamiento previstas, que teníamos calculadas para un periodo aproximado de unos diez o doce días en circunstancias normales, y de hasta un mes entero si éstas nos obligasen a tener que mantener un racionamiento, lo que demuestra que no escatimamos cuando se pensó en la composición de cada comida, pero no voy a dejar esto así y detallaré qué y cuánto comíamos, cada uno de los hombres y todos por igual.

Hacíamos una comida caliente al día, cuando el Sol ya era totalmente visible en el horizonte, repartida en dos turnos, con el tiempo un poco mayor que el necesario para comer reposados. Constaba de una sopa espesa con garbanzos, lentejas y judías, con carne de cabra y oveja, o de vaca y perro, o a veces con un poco de todas las que

teníamos conservadas en sal, según hubiera dispuesto el responsable, Eululaios el Cocinero, un hombre grande y sudoroso al que nadie había visto jamás de buen humor, siempre acompañado de los únicos dos niños enrolados, que cumplían sus encargos y al que ayudaban, con una atención y disciplina más propia de discípulos de un sacerdote de Baal, que de unos ayudantes de cocinero. Estos ayudantes habían sido una imposición de Eululaios, y es sabido, que las exigencias de un buen cocinero de barco son inapelables.

Al mediodía comíamos un revuelto de aceitunas, higos y almendras, o pasas, nueces y dátiles, o un poco de todo, en cantidad suficiente para no tener hambre, pero tampoco todo lo que un hombre normal pudiera comer, pensando que mal se pueden pasar las horas de mayor actividad con la barriga llena. Solía ser a esta hora cuando formaban parte de la comida, las naranjas, limones y granadas. Caída la tarde, casi al oscurecer, volvíamos a comer, esta vez pescado en salazón, con trigo, mijo o arroz hechos como una pasta o galleta, acompañado por una taza de vino.

Como un premio, a petición de Himilcón o de mí mismo, y para toda la tripulación o solo para alguno en particular, se servía queso, miel y vino. Esto es válido para toda la tripulación, excepto para el cocinero y para sus ayudantes, que como siempre sucede comen, cuándo y todo lo que éste quiere, sin que nadie se haya atrevido jamás a regularlo.

Nada está a favor para que la convivencia en un barco sea agradable. No hay ningún elemento de tu barco, que sujeto a la posibilidad de dar problemas, no termine dándolos. Que la buena armonía se vea alterada y que los

componentes requieran reparación es solo cuestión de tiempo. Las únicas armas que se emplean, para intentar paliar esta realidad, son la ocupación continua con el reposo suficiente, pero no más que el necesario, y la disciplina, como los elementos tangibles y cotidianos, además del menos visible, pero no menos importante, y que cada hombre de forma individual administra, que es la natural codicia que se provoca con motivo de los bienes que promete una misión bien planteada.

Habíamos navegado dos días enteros desde Salamis a Kyrenia, bordeando Chipre por el Este, y después de una corta estancia, fondeados en una caleta próxima al puerto, pero sin atracar en él para no ceder cuando al menos una parte de la tripulación reclamara el ir a tierra, decidimos hacer una singladura sin descanso hasta las costas de Rodas, navegando día y noche, a remos o vela, y con el cálculo hecho de que al tercer día completo de navegación, veríamos tierra por la proa. El viento, como siempre, no era para nada previsible, pero tendríamos de nuestro lado la corriente que impulsaría a nuestro barco, y que sabemos que corre constante hacia Poniente, paralela a la costa de Anatolia.

Navegando durante las horas de luz, solamente por un corto espacio de tiempo, dejamos de ver por la banda de estribor algún monte, o algún punto de referencia, que permitiera que Himilcón estimase con acierto nuestra situación, comentando las inquietudes con mi hermano Mattán, con el que desde los primeros momentos de nuestra relación había intimado, y que ya era el objeto destacado de estas apreciaciones y también de sus enseñanzas, lo que convenía a mi hermano, a nuestra familia y a todo el barco en general. Durante la noche,

marcar nuestro rumbo necesitaba una mayor atención y se fijaba partiendo de la estrella Polar, cuya posición nos marca siempre el Norte y que como todos saben, algunos pueblos de nuestro entorno llaman la Estrella Fenicia, porque nos otorgan a los marinos Cananeos el ser los primeros en su utilización como referente para navegar en la noche, y cuyo conocimiento creo que nosotros lo adquirimos de los Magos Caldeos.

En la noche cerrada, disponemos ánforas fijamente sujetas a proa y en las bandas, perforadas para que las llamas del fuego que se enciende dentro de sus panzas proyecte la luz al interior del barco, con el menor riesgo posible de que se llegue a provocar el temido incendio, permitiendo, cuando los ojos se habitúan a ella, una percepción difusa de los hombres y el barco, que incitan a dejar volar todo tipo de fantasías y que te alegrarán o entristecerán, según se encuentre tu estado de ánimo. En el silencio de la noche, el sonido que crean los remos o el espolón, penetrando en las aguas de la mar, es la más reconfortante de las músicas para los oídos del marino. El vigía, desde la cofa, rompe algunas veces esta calma, comunicando la advertencia, con estridentes gritos, del avistamiento de un barco, o avisando a los hombres del timón de un posible riesgo.

Magón, el carpintero, ha ido revisando de forma continuada el calafateado desde el momento en que se comenzó a navegar, teniendo tanta ocupación como habíamos supuesto, y el tiempo que no se emplea en calafatear, tiene siempre a qué aplicarlo.

Herramientas de carpintero.
Barco del s. XII a.C.

Como en todo momento requiere ayuda, es mejor no estar cerca de él cuando se está libre de faena.

Azmilk ha construido un nuevo artilugio en hierro, a modo de hogar, más manejable que el que tenemos fijo a popa, para calentar la comida situándolo en el lugar del barco más conveniente cuando tengamos de verdad mala mar, o para el caso de que el viento dificulte la labor de Eululaios y sus ayudantes.

Se hará todo lo posible para que la comida caliente y cuando se espera, nos falte las menos veces posibles.

Los hombres que están libres de faena se quedan en los bancos que tienen asignados, se agrupan para participar en distintos juegos, haciendo apuestas o no, o suben a la cubierta superior para otear el horizonte y conversar, o sencillamente descansan. A las amistades anteriores a que se formarse la tripulación se han añadido algunas nuevas creadas con esta ocasión, incluida la de dos apuestos jóvenes, que al parecer no se conocían con

anterioridad, y hoy dejan a todos ver que entre ellos ha surgido el amor. Saben que no pueden tener relaciones sexuales a bordo porque atraerían con seguridad la mala suerte a Therso y a toda su tripulación.

Isla de Rodas.

Al amanecer del tercer día de navegación, tal como habíamos previsto, teníamos a proa la costa de Rodas. Antes de la noche cerrada de ayer, el vigía aseguró, que cuando el cielo se despejó había podido ver la silueta del monte Ataviros, que es el más alto de esta soleada isla. Aunque no pensábamos tener ningún encuentro hostil, puesto que la mayor parte de la población de Rodas está compuesta por los hombres llamados Telchinos, que según algunos, formaron parte de nuestro pueblo, y que en consecuencia tendríamos un favorable recibimiento, si nuestra información estaba actualizada. A las órdenes de Himilcón, y también de Mattán, pusimos rumbo al Sur de la isla, con la intención de fondear en una cala protegida de una pequeña isla que ya conocíamos, y suponíamos deshabitada. Empleamos todo el tiempo de luz en llegar

al punto que elegimos para fondear, sin ninguna corriente a favor o en contra, navegando con una suave brisa, que paralela a la costa recibíamos por la aleta, y era suficiente para mantener a nuestra vela hinchada.

No puedo destacar nada en particular, al menos de la zona de la isla en que fondeamos. Ni aun puede decirse que viéramos serpientes, por las que tan comentada es, en un mayor número que en cualquier otro lugar de nuestro entorno. Nadie vino a nuestro encuentro durante las dos noches y el día entero, que pasamos en tierra buena parte de la tripulación.

Esta había sido la decisión tomada por Himilcón, los responsables de cada oficio y sus ayudantes revisarían a fondo cada componente de nuestro barco, tomando nota de las incidencias que se hubiesen detectado, o si era posible solucionándolas sobre la marcha. Los que más lo necesitaban repitiendo las faenas ordinarias durante la navegación, y el resto de la tripulación, yendo a tierra, aprovisionar agua fresca, y realizar las prácticas de lucha, que nos mantienen en buen estado físico, y también calman el espíritu de los más fogosos.

Cuando al alba del siguiente día levásemos anclas, la duración y las características de la que sería nuestra próxima singladura, empezarían a poner a prueba nuestro barco, a la tripulación en su conjunto y a cada uno de nosotros como uno mismo, y en la relación con los demás.

En mi residencia de Ushu, tercer año del reinado de Pigmalión.

Esta mañana, mi sirviente, como es costumbre, entró en mis aposentos para con la calma habitual ir permitiendo a los primeros rayos de luz que iluminasen la estancia, y a mi maltrecho cuerpo iniciar con la dificultad propia de mi edad, la paulatina respuesta de mis brazos y piernas. Ahora que el amo se despertaba y no había riesgo de perturbar su sueño, toda la casa iniciaba su actividad diaria.

Encendido el horno, la molienda del grano, con el sonido ancestral del roce de la piedra con la piedra, marca el inicio de las labores que se desarrollarán a lo largo del día. Se hará lo necesario en el huerto y con los árboles frutales que proveen a nuestras necesidades. Alimentarán a los animales domésticos, prestando cuidada atención a mi caballo favorito, que aunque hace algunos años ya que no cabalgo, goza de mi favor desinteresado.

Molino de mano.

Pebetero.

Mientras me preparan la primera comida del día he rezado, como cada mañana, a los dioses protectores de la casa, quemando el aceite en la lámpara y perfume en el pebetero, pidiendo que mi salud y la de mis allegados sea buena, que mis bienes, y los de mis allegados prosperen, y que mis enemigos y competidores no acierten con sus proyectos, al menos cuando estos sean coincidentes con los míos.

Tengo una reunión al mediodía con un influyente hombre de Palacio, y como estoy consciente de que mi apariencia no se encuentra en sus mejores momentos, dedicaré buena parte de esta agradable mañana a recibir un masaje tonificador en todo el cuerpo, que el color y el Khol realce el brillo que ya han perdido mis ojos, y que los pendientes, brazaletes, anillos y collares, den fe de mi posición social. Siempre he sido muy consciente de la necesidad de transmitir una impresión positiva a mis invitados, en particular a los que ejercen influencia en cualquiera de los ámbitos del poder, y entienden a la perfección el lenguaje de las apariencias.

De su nombre, sobre el asunto que vamos a tratar, o lo que tengo en mente ofrecerle, si creo que el discurrir de nuestra conversación lo permite, no voy a comentar aquí lo más mínimo, porque nunca se sabe lo que queda escrito hasta quién puede llegar, y mi prudencia es conocida por todos, en cuanto a la discreción sobre los tratos y las personas con quienes hago negocios.

Me anuncia el sirviente la llegada de mi invitado, debo comprobar personalmente que no se olvida nada, y todo está dispuesto, para que se encuentre debidamente agasajado. No me perdonaría el no estar a la altura, a la que mi intención y mi posición obligan que alcance mi hospitalidad.

Dicen que los Cananeos solemos ser exquisitamente hospitalarios con nuestros invitados, pero no creo que puedan hacerse estas cosas de otra manera.

No culpes a la mar de tu segundo naufragio.

Levamos anclas, iniciamos la navegación a remo, y con el Sol en el horizonte, Himilcón indicó el rumbo que debían mantener los timoneles.

Cuando ya hacía tiempo que estábamos navegando, habíamos hecho la primera de las comidas del día, y la mayor parte de la tripulación se lo estaba preguntando sin decirlo, Himilcón transmitió a todos cuál sería la siguiente etapa de nuestro viaje.

Desestimamos la que sería la lógica ruta para un barco que se dirigiese a Poniente, atravesando el mar de Creta con rumbo a Sicilia, para bordearla por el Sur, o cruzando el estrecho de Messina con rumbo Noroeste, navegar prácticamente de continuo con la protección y a la vista del litoral.

Habíamos tomado un rumbo Sur, que nos iba a permitir atisbar la isla de Creta, en la lejanía, por estribor, y recibir el suave Sol de la mañana por babor, lo que confirmaba, para aquellos de la tripulación que tienen la experiencia necesaria, lo anteriormente comentado.

El objetivo era mantenernos en este rumbo hasta acercarnos a las costas de Libia, pero sin entrar en la corriente, que sabíamos que discurre de modo constante de Poniente a Levante, y dificultaría nuestra navegación. Una vez en la situación adecuada, pondríamos nuestro rumbo a Poniente, para navegando paralelos a la costa llegar a la vieja colonia de Útica.

Amanecido el segundo día, llevábamos navegando prácticamente toda la mañana a remo, con una extraña

calma en el ambiente, sin una brizna de viento y desde luego nada, que al menos para el profano como era yo, presagiara lo que para una parte de la tripulación y tan al comienzo de nuestro viaje, iba a ser la ceremonia de iniciación para empezar a considerarnos partícipes del gremio de los hombres vinculados a esta inmensidad.

Se oscurecía a Poniente de una forma repentina y anómala, parecía talmente como si una alfombra gigante se estuviese desplegando hacia nosotros, y que tomando a la mar como suelo se alzara hasta el cielo, creando por este costado la noche, que se iba manifestando por momentos. A Levante, todavía el Sol hacía acto de presencia, pero fue en muy poco tiempo que la alfombra lo ocultó, y se hizo la noche profunda en pleno día.

La mar, plana como un plato hasta hacía solo un momento, comenzó a formar olas altas y cortas de seno, que chocaban entre sí como si cada una tuviera un rumbo propio. El viento, envolviendo, azotando la jarcia y haciendo volar incontrolados algunos cabos, que barrían toda la cubierta, producía sonidos, y un riesgo real, que paralizaba nuestra voluntad.

Himilcón había ordenado a tiempo, aunque muy justo, hacer firme todo aquello que podía desplazarse en el barco, y prácticamente así era, pero más de un ánfora corría desde un lado a otro de la bodega y ahora, con un riesgo añadido, se tuvo que abatir el mástil, porque aun desnudo ayudaba, presentando resistencia al viento, a una mayor escora del barco.

Durante una parte del día restante y toda la noche, que se hicieron infinitos, los timoneles en coordinación con los remeros, a los que intentaba llegar Himilcón con

sus órdenes dadas a gritos, y que repetían los ayudantes de proa a popa, lo único que intentaban era mantener el barco a favor del viento, tomando las olas con el menor de los riesgos posible, encontrándose unas veces en la cresta, como al borde de un abismo, y otras en el seno, tal que si dos paredes inmensas de agua fueran a cerrarse aplastando al barco, cuya fragilidad se hacía patente a nuestros ojos, borrando cualquier atisbo de soberbia, que nos hubiera producido su majestuosidad, cuando lo vimos terminado por primera vez.

Es cierto lo que dicen los marinos experimentados, y después de la tempestad siempre viene la calma, pero es prácticamente imposible explicar a nadie que no lo haya vivido, e incluso en cada caso es distinto, lo que puede sentirse en un barco sometido a los embates de una tormenta, durante el tiempo que pasa entre calma y calma, si esta ha podido calificarse de verdad como una tempestad en la mar.

Terminó la tormenta como había llegado, comenzó el día como cualquier otro e hízose la luz, y si no fuera por el desorden general, hombres aún atados a todo lo que ofreciera seguridad, y los daños causados aquí y allá, se diría que todo fue un mal sueño, como una pesadilla a olvidar.

Al barco que no sabe hacia qué puerto navega, ningún viento le es favorable.

La tierra que divisábamos al Sur, después de que estuviéramos a la deriva durante una buena parte de la mañana, poniendo en el necesario orden al barco y a nosotros mismos, sabíamos que se encontraba a Poniente de Egipto, que pertenecía a la misma masa de tierra firme, y nada más. Pusimos proa a tierra, y en aquella calma absoluta, remamos con la acusada merma de fuerzas que sufríamos, producto del lógico agotamiento, en busca de un fondeadero que nos permitiese reponer energías con la necesaria seguridad, ante los hombres o los elementos que pudiéramos encontrar adversos. Los dioses, por ahora no nos preocupaban, porque durante la tormenta les habíamos rezado tanto, y prometido tal número de sacrificios, como para que nos sintiéramos protegidos por muchísimo tiempo.

Navegamos cercanos a la costa, hasta encontrar un paraje conveniente para poder varar en la playa, pero ya escaseaba la luz, y con ello la falta de visibilidad, que aminoraba la seguridad que es necesaria, para ejecutar la maniobra con éxito, por lo que decidimos fondear a una distancia prudente, y echando por la borda, a proa y a popa, las dos grandes piedras preparadas a este fin, nos dispusimos a pasar la noche, manteniendo las guardias necesarias. Prudentemente no se encendió ningún fuego a bordo, dificultaba nuestra vigilancia, pero ocultábamos nuestra situación a potenciales enemigos, a los que en el caso de que los hubiera, seguramente no habría pasado desapercibida nuestra presencia en estas tierras que tan escasamente se visitaban.

En comparación con los de las riberas del Norte, que recientemente abandonamos, en estas regiones sus pobladores carecían de toda clase de refinamiento, se encontraban diseminados formando pequeños núcleos familiares distantes y a menudo enfrentados unos con otros. Posiblemente no tenían más contacto con otros pueblos diferentes, que el que se produce con el fondear de los barcos en sus ensenadas, cuando de regreso del lejano Poniente, los barcos navegan hacia nuestras tierras, o hacia Egipto, beneficiándose con las corrientes que discurren prácticamente constantes en esta dirección, favoreciendo la navegación y sobre todo acortándola en el tiempo, aunque se desperdicia la posibilidad de atracar en los puertos de las ciudades de la otra margen, al Norte de esta mar, que nos son conocidas y propicias, disfrutando de todo aquello que pueden ofrecernos.

Fondeado el barco a escasa distancia de la playa, sin ninguna protección que nos librase de ser observados ya que durante muchas horas de navegación el litoral no presentaba ninguna cala natural que pudiera ofrecerla, se decidió que una veintena de hombres realizasen una expedición tierra adentro, mientras que el resto de la tripulación terminaba de reparar los desperfectos que se habían ocasionado.

Yo mismo decidí incorporarme a la expedición, preparándome para ser capaz de distanciarme de mi barco, enriquecerme con las experiencias de todo tipo que me aportase el desplazamiento, conocer de primera mano cualquier información que fuese provechosa, y que de éste se pudiera obtener.

En cuanto tuvimos la suficiente luz, armados y pertrechados con aquellos elementos que se consideraron

necesarios, iniciamos la marcha al Sur dejando la playa a nuestras espaldas.

No encontramos en tres días de marcha nada que destacar sobre el territorio que recorríamos, y lo único que se hacía notar eran las ausencias. Ausencia de ríos o pozos de agua, ausencia de hombres y de animales.

Después de unos días más de marcha, siempre al Sur, apareció antes nosotros el desierto, vacío de todo hasta donde nuestra vista alcanzaba, recordándonos la otra inmensidad, la de la mar, y haciendo que pareciera un vergel a la estrecha franja que habíamos atravesado.

Sabíamos que estas tierras estaban pobladas, que grupos de hombres se habían contratado para combatir en los ejércitos del Faraón, destacando por su arrojo en las batallas, terriblemente hábiles con la espada y con una capacidad poco común para soportar las inclemencias más adversas.

Sabíamos que estaban pobladas, pero pasaron varios días sin encontrarnos con nadie, aunque teníamos la sensación de ser observados.

Decidimos acampar y dejar transcurrir otro día completo, sin otra actividad que la que es propia del entretenimiento, y tal como era la práctica común en nuestros intentos para establecer los primeros contactos, cuando nuestros barcos llegaban a tierras desconocidas con la intención de comerciar, esperar que nuestra buena fama hubiera llegado antes que nosotros hasta nuestros posibles observadores, y fuesen ellos quienes se acercaran a nuestro campamento. Eran ya muchos los años, que nuestros comerciantes utilizaban esta estrategia, para los primeros encuentros con las tribus de los más recónditos

lugares, de todas las áreas de nuestra mar, e incluso de tierras adentro, dejando algunos regalos depositados en las playas, sin utilizar jamás la fuerza para saquear una aldea o hacernos con esclavos. El hecho es, que aun siendo lo previsible que el recelo y el miedo hicieran que esto no fuese así, cuando somos reconocidos por los vistosos colores de las velas y los de nuestros vestidos, termina, en la mayoría de las veces, produciéndose el encuentro. Hay conocimientos de interés general, que sin saber cómo se pasan de tribu a tribu hasta más allá de lo que uno pueda imaginarse.

Apenas había amanecido y sin que los hombres de guardia hubieran visto u oído nada extraño, a no mayor distancia que un tiro de piedra, se encontraban los tres hombres sentados en el suelo, abrigados con ropas cuyos colores les hacían confundirse con la tierra, esperando que nos acercáramos.

Me aproximé despacio con mi hermano y Azmilk y tranquilamente nos sentamos a su lado. Nos ofrecieron agua, leche y miel y como es la costumbre, tomamos cada uno lo que nos estaban ofreciendo, haciendo los gestos convencionales, para dar las muestras de satisfacción y agradecimiento. Nosotros pusimos delante de ellos un paño con un vistoso collar de cuentas de vidrio, y dos pulseras de bronce claramente de inferior valor que el collar, y dejamos que los cogieran pudiendo apreciar de esta forma quién era el jefe (y se quedaba con el collar), ya que al no hablar ni notar alguna diferencia en sus ropas no éramos capaces de saberlo, y estos matices siempre es muy conveniente tenerlos en cuenta.

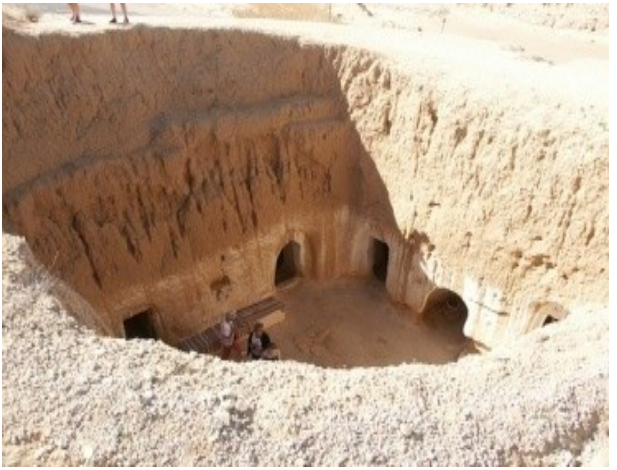
Pasado un tiempo de contemplación mutua, el hombre que se había quedado con el collar, y con el paño,

se puso de pie, haciendo nosotros lo mismo y atendiendo a sus gestos les seguimos sin mediar palabra, tomando dirección hacia unas pequeñas colinas que se destacaban a poca distancia.

Cuando llegamos a las colinas comprendimos por qué podríamos haber estado a la mínima distancia de su aldea, y que nos hubieran pasado del todo desapercibidos. Ninguna construcción se elevaba sobre el suelo, ni casa, ni almacén ni ninguna otra. A poca distancia entre cada una de ellas, en las cimas de las colinas, excavan un pozo circular amplio y con una profundidad como de tres hombres, al que dan un acceso lateral estrecho y fácil de enmascarar. En las paredes hacen cuevas de suficiente tamaño para ellos, para los animales, y como almacenes. También tienen un hoyo, con las paredes trabajadas a ese efecto, que utilizan como aljibe, pero que no recibe directamente el agua de lluvia ya que pude observar, que difíciles de apreciar sin fijarse mucho, había canales poco profundos por el suelo que cuando lloviese, llevarían el agua a un pozo común excavado en un sitio adecuado. El agua que bebimos estaba fría y todo el conjunto era de lo más acogedor, tan fresco y confortable como podría serlo la mejor de las tiendas o construcciones que se hubieran hecho sobre el suelo.

Nos llevaron a una de estas edificaciones que he comentado, donde fuimos atendidos con una hospitalidad que a todas luces estaba por encima de sus posibilidades reales. Con las habilidades que se nos reconocen, pero siempre con un alto grado de esfuerzo, explicamos de dónde procedíamos y nuestra intención de abandonar de inmediato estos lugares, a los que nos había traído una tormenta. Nos hicieron saber que su tribu se repartía

entre la montaña y los límites con el gran desierto, pastoreando ganado en la montaña y cultivando pequeños huertos en los sitios que eran adecuados. No hizo falta mucho tiempo para hacer valer nuestra capacidad de observación, y que la experiencia nos dijera que nada de interés podíamos obtener de estos lugares o estas gentes, acorde con los motivos de nuestro viaje.



Viviendas trogloditas de Matmata (Túnez).

No, no es del todo cierto. Recuerdo que llevamos al barco tres grandes piedras de color negro recogidas en el desierto, pesadas y muy resistentes a la rotura, con las que se fabricaron dos anclas y un molino. Puede que las anclas todavía estén realizando su función si no se han perdido en algún fondeo.

A nuestro regreso, olvidado el desconsuelo que creó nuestro relato acerca de lo visto, y dejando atrás cualquier posible perspectiva de poder obtener alguna ganancia, o cuando menos, que los que eran más fogosos disfrutaran alguna oportunidad de confrontación con adversarios ocasionales, que permitieran confirmar sus creíbles habilidades y cierta valentía, participamos de las diversas actividades que se estaban desarrollando en el campamento.

Himilcón había decidido varar el barco en la arena, sacando a tierra todo su contenido, para hacer una mejor revisión de todas las provisiones, y alguna variación en su estiba, que recomendaron las observaciones realizadas durante la tormenta.

Se desarboló el barco, pasando revista con el mayor detalle al mástil y a la jarcia firme y de labor, sustituyendo sin dudar cualquier elemento afectado, o reforzándolo, según se consideró oportuno. La vela no presentaba daños aparentes y lo único que se hizo fue lavar los nocivos rociones de sal. Todo el trabajo se estaba concluyendo en un buen ambiente y con espíritu de camaradería, estando la tripulación muy consciente de lo moderadamente bien que había sobrellevado Therso su primera confrontación seria con la mar.

No teníamos plazos establecidos, pero terminadas todas las actividades comentadas, y otras más o menos importantes, en el ánimo estaba el volver a hacernos a la mar en busca de la oportunidad de enriquecernos que todos dábamos por segura.

Seguimos navegando paralelos a la costa pero a bastante distancia de la misma, para tratar de evitar así la

corriente de sentido contrario que de tanto en tanto nos encontrábamos y que dificultaba enormemente, cuando no detenía totalmente nuestro avance, fuese éste a remo o a vela.

El sentimiento común era que hacía una eternidad que habíamos abandonado nuestras casas y familias, para iniciar esta expedición. En todo caso ya se habían dado tiempo y circunstancias suficientes, para que se definieran los comportamientos y particularidades de cada miembro de la tripulación, y para que dos de nuestros compañeros tomaran la firme decisión de abandonarnos, en el momento que fuese posible, y un tercero se viera forzado a hacerlo por haber sufrido el penoso mal de la mar, desde los primeros momentos en que se iniciara la navegación, vomitando cuanto comía.

Como también era oportuno que el resto pudiese informar a los suyos de la buena marcha que el viaje tenía hasta el momento, les ratificamos que el rumbo que seguiríamos debería llevarnos, avante en este mismo litoral, hasta la ciudad de Útica, que mis compatriotas establecieron hace ya muchos años, al dar la vuelta a un enorme cabo, que adentrándose en la mar se encuentra a una jornada escasa de navegación de la gran isla de Sicilia. Allí podríamos contactar con nuestros afines, participar de nuestras costumbres a la hora de comer y beber, también el enorme júbilo de rezar a nuestros dioses, representados en sus estatuas situadas en los lugares de culto, enviar los escritos a nuestras familias, y dejar en tierra, a la espera de un pronto regreso a sus casas, a los tres compañeros a los que he hecho referencia.

Como pensaba aprovechar nuestra estancia en esta ciudad, para actualizar o enriquecer en lo posible, la información de que disponíamos para el mejor fin de nuestra expedición, y esto no se logra más que creando buenos contactos y ganando o comprando la confianza de quienes pueden hacerlo, estábamos en disposición de pasar el periodo que fuese preciso en ella.

Quiero recordar que a los cinco días de navegación, cercanos a la costa para apreciar las características de la misma, tomando los dibujos y notas que consideramos de interés, a la vez que encontrar el emplazamiento de la ciudad que ninguno habíamos tenido ocasión de visitar con anterioridad, nuestros vigías alertaron de la aparición en tierra firme de la ciudad de Útica, su Karum y en él la presencia de los mástiles de los barcos atracados.

Fondeamos frente a la bocana del puerto, y como era preceptivo, esperamos hasta que nos visitó la barca que trajo al funcionario y sus ayudantes, para recabar toda la información sobre nuestro barco y sobre la tripulación, lo que tomó todo el resto de aquella mañana porque la meticulosidad podía estar justificada pero era excesiva. Respondimos a todas las preguntas, hasta que no dejamos lugar a la menor duda sobre nuestro origen y propósitos, concluyendo que seguiríamos fondeados en este lugar el resto de este día y la noche, pudiendo atracar en el punto de amarre que nos indicarían, al llegar el nuevo amanecer.

Desde la borda de Therso alcanzábamos a apreciar la extensión de la ciudad, parte de ella en lo alto de un montículo al que bordeaba un río. Veíamos los edificios más significativos, y por encima de todo imaginábamos las delicias que nos estábamos perdiendo, en forma de grandes jarras de rica cerveza, acompañados por bellas

mujeres que nos deleitaran con sus dulces voces y sus expertos favores. Mañana también tendría su atardecer.

Con la aparición del Sol, nos visitó de nuevo la barca y el marinero se limitó esta vez a indicarnos que le siguiéramos, llevándonos hasta el lugar del muelle que se nos había asignado, dirigiendo y ayudándonos con la faena de atraque.

Himilcón, Mattán y yo mismo nos encaminamos hacia la Bit Karum, donde fuimos recibidos sin mucha demora por el representante en la ciudad del Wakil Tamkari, y aunque nuestra expedición no había sido financiada ni tampoco organizada por ningún mercader gubernamental, tuvimos que dar debida cuenta de nuestras intenciones generales, rutas a seguir y toda otra cantidad de detalles, sin olvidar las particularidades de nuestro barco, que durante los siguientes días fueron dibujadas y descritas, sin ningún disimulo, por algún esclavo capacitado para ello del Wakil Tamkari. Fue mucho el tiempo destinado para gestionar estos trámites, pero como compensación recibimos un documento oficial, que concluía con exquisito detalle cual era la naturaleza de nuestra expedición, y que más tarde nos resultaría eficaz cuando llegásemos a otras ciudades, en las que lo mostraríamos a los funcionarios de los puertos visitados y las formalidades quedarían entonces resumidas al mínimo. Todas las apariencias hacían parecer que hubiéramos abandonado nuestra patria igual que si de una partida de prófugos se tratara.

Voy a relatar, sin más orden que el que me venga a la mente, según dicto a mi escriba, los hechos y las cosas que llamaron mi atención en aquel momento, o por lo menos me sorprendieron lo suficiente para recordarlas todavía.

La ciudad se había fundado hacía ya tanto tiempo como para que sus más significados representantes, con cargos en la administración, o al frente de florecientes negocios, fuesen los nietos de los primeros pobladores, que llegados desde nuestras tierras, quizás empujados por alguna guerra, o solo con motivo de la busca de un mejor vivir, decidieron asentarse en este lugar, creando una próspera colonia, que siendo capaz de satisfacer desde el principio las necesidades más básicas de sus pobladores, terminó prosperando hasta alcanzar los resultados que nosotros podemos sopesar en esta visita, manteniendo siempre el contacto con Tiro, Sidón o Byblos, para recibir los productos que luego mercadeaban con los poblados del interior de aquellas tierras, vendiendo a su vez a los mercaderes que volvían de regreso a Oriente, sobre todo los animales exóticos y los minerales, que los pueblos del interior les suministraban.

Se podía notar fácilmente, que a diferencia de las colonias recientemente creadas, los trozos de terreno rodeando las casas, que en aquellas se aprovechaban para cultivar alimentos o para criar animales, aquí se ocupan con el sembrado de flores y otras delicadezas propias de ciudades prósperas.

Encontramos representación y un buen número de todos los oficios comunes que se pueden hallar en una ciudad en auge, tintoreros, herreros, alfareros, vidrieros,

carpinteros,… en el puerto, y en los barrios de la urbe, donde se habían agrupado por gremios.

La actividad era mucha, desde que se anunciaba el alba hasta que se ocultaba el Sol.

El mercado estaba bien provisto de carnes, verduras, legumbres y pescados variados, de los que no pudimos identificar algunas de las especies, pero que no despreciamos probar cuando nos eran ofrecidos en las muchas casas de comidas que frecuentábamos, o en las ocasiones que fuimos invitados a degustarlos en las residencias de los conocidos que terminamos haciendo, alguno entre los habitantes de siempre de estas tierras, que si no vivían en el núcleo central de la ciudad, la visitaban constantemente.

Rezamos a nuestros dioses en sus lugares de culto, y en particular ofrendamos a Melqart los sacrificios que le satisfacen, tanto como convienen a sus sacerdotes, con la frecuencia y devoción que nos es tradicional a todos los que ponemos nuestras vidas y fortuna en sus manos, navegando por mares tenebrosos y llegando a lugares que pueden ocultar los peligros más terribles.

Aquí, por primera vez, oramos a la diosa Astarté bajo una forma desconocida y con el nombre de Tánit, que es el nombre que le daban, sin que supiéramos por qué ni cuándo había empezado.

Supimos que desde los primeros momentos en los que nuestros antepasados se instalaron en esta remota plaza, cuando no eran más que un campamento en tierra y un barco fondeado en la mar, que ofrecía alguna seguridad, la mejor y más sólida forma para hacer de aquel lugar la ciudad que hoy es, sin que se produjeran los

intentos imaginables de desalojo por las tribus con que se encontraron, no lo lograron únicamente los mercaderes y funcionarios que venían en el barco, ni siquiera los sacerdotes y su reconocida capacidad para convencer. Todos ellos serían imprescindibles, pero bastante más tarde. Fueron los maestros de oficios, con su interés por encontrar las materias necesarias para hacer su trabajo, y enseñando a los lugareños lo que con estas se podía hacer y ellos desconocían, los que facilitaron los encuentros y el grado de confianza que han perdurado hasta nuestros días.

El alfarero creó en un principio sorpresa, y más tarde transformó todos los viejos hábitos propios de los lugareños, cuando con su herramienta, de una aparente sencillez pero extremadamente eficaz, demostró a los interesados cómo podían fabricarse, tan rápido y con tanta perfección, las piezas de vajilla que antes les habían enseñado. El torno del alfarero permitía abastecer de una forma rápida todas las necesidades, y en pocos años, la fabricación de la vajilla a mano, superponiendo cordones de arcilla y alisando con los dedos sus paredes, quedó relegada a lugares perdidos o a la ocupación exclusiva, como había sido siempre, de las ancianas de las tribus. En las casas y en las tabernas se utilizaban nuestras jarras, platos, ollas, y tazas de siempre, y otras con formas más o menos bellas, que quizás se parecían a las que siempre habían fabricado en esta zona a mano y ahora lo hacían en el torno.

Si el alfarero aportó novedad y comodidad, el herrero permitió que todos los hábitos de vida de los pueblos que tomaron contacto con nuestra colonia se trastocaran. Su desconocimiento sobre el hierro, que para

nosotros era de uso común desde hacía tanto tiempo, y su aplicación sustituyendo desde sus armas, a todo tipo de utensilios y de herramientas, les permitió un nuevo desarrollo en su capacidad de producir los bienes, que transformaba toda su forma anterior de vida.

Una cosa condujo a la otra y también así, los tintoreros, vidrieros, carpinteros y todo el resto de los oficios terminaron siendo muy ventajosos, o satisfaciendo las nuevas necesidades que se habían creado los jefes y principales de aquellas gentes, que recibieron a los primeros de nuestros venerados ancestros, a quienes, probablemente los dioses, aconsejaron instalarse aquí.

Nuestros sacerdotes no tardaron en convencer a las gentes del lugar de la relación existente entre nuestro bienestar y los poderosos dioses que nos protegían, brindándoles la posibilidad de ampliar el número de los que ellos tuvieran, y guiándoles a la necesidad de hacer los necesarios sacrificios y ofrendas para de esta forma atraer su protección. Cada cual hace su función y si todos la hacen bien la bonanza se llega a notar.

El tiempo pasó rápido y aunque gozamos con un cierto grado de ociosidad, aprovechamos las facilidades del lugar para repasar algunas partes de nuestro barco, y aprovisionar los víveres que consideramos necesarios, para completar las reservas. Negociamos el regreso de nuestros tres hombres a sus casas, y cumpliendo con las normas de cortesía con cada uno de los que habíamos establecido amistad, anunciamos al representante del Wakil Tamkari nuestra intención firme de poner rumbo a Poniente en el plazo de tres días.

Fue en Útica donde se incorporó a la tripulación, después de mantener varias conversaciones con Himilcón y mi hermano Mattán, un hombre de mediana edad y buena posición, que aunque se hacía llamar Baalbazer no era de origen fenicio, ni tampoco lo era de estos lugares, viniendo al parecer de alguno de los pueblos del extremo Occidente al que nos dirigíamos. Fue de gran provecho y una magnífica compañía mientras quiso permanecer entre nosotros.

Ruinas de Útica (Túnez).

http://es.wikipedia.org/wiki/%C3%9Atica

En mi residencia de Ushu, tercer año del reinado de Pigmalión.

Hoy no voy a dictar nada a mi escriba, estos días me encuentro algo más cansado de lo que es normal, y probablemente esto tenga que ver con la entrevista que mantuve con el hombre de Palacio. Continúo sin querer ofrecer ningún detalle sobre la persona ni el tema que tratamos, pero sí puedo decir que era su intranquilidad personal la que motivaba nuestro encuentro, y la cierta posibilidad de que con mis medios pusiéramos parte de su fortuna a buen recaudo, simplemente guardándola o invirtiéndola en alguna de las colonias de Poniente que mis barcos visitaban, y en las que tan buenos contactos tenía yo establecidos desde hacía tantísimo tiempo.

El caso es, que los conocimientos a que tenía acceso dada su elevada posición, aventuraban malos momentos para nuestros negocios, y esto siempre creaba malestar en Palacio, con las consecuencias imprevisibles de los ascensos y de las pérdidas de poder, para unos y otros, e incluso la relegación al total olvido si se caía en desgracia, por muchos que fueran los favores o servicios que se hubieran hecho.

En Palacio solo tienen valor los favores por hacer, los ya hechos, se olvidan pronto por quienes los han recibido y adquieren deuda de agradecimiento.

Los israelitas, como todos saben, al morir el rey Jedidias con el que tan prósperos negocios hizo mi pueblo, aportando los maestros de oficios y materiales preciosos para la construcción del templo, y para su flota de naves, se dividieron en dos reinos no siempre en la mejor relación, y siempre con las envidias propias que se

generan. Esto hace debilitar y empobrecer a los pueblos y nosotros lo que necesitamos es que los pueblos crezcan poderosos para que nuestro comercio crezca con ellos.

Ya en la época en que iniciaba mi viaje, nuestro rey Ethobaal casó a su hija Jezabel con el rey Acad, del reino de Israel, lo que para Josafat, rey en aquel entonces del reino de Judea, supuso cuando menos un desaire y un alejamiento, en el mejor de los casos solo temporalmente, entre su pueblo y el nuestro, o dicho de una forma más directa, de los negocios entre nuestros reinos.

Hoy reinan Joás en Judea y Jehú en Israel, y a éste último se comenta que su salud no le permitirá reinar por mucho más tiempo. Aunque gobierna con mano fuerte y se rumorea que su hijo Joacaz heredará el trono sin oposición, los enfrentamientos internos, las guerras, y el pago de tributos al rey Asirio Salmanasar III, hacen que su reino no tenga por ahora, atractivo para nosotros. Hace ya mucho tiempo que nuestros pasos se orientan hacia el Norte, y hacia las tierras del lejano Poniente.

Nosotros preferimos pagar los tributos antes que guerrear, nuestros servicios, aunque nos beneficiemos, son necesarios para las naciones de Asiria y Egipto, nuestras ciudades no se enfrentan entre sí, y esto es lo que nos ha permitido prosperar.

Solamente, y aquí viene el motivo relacionado con mi visitante, cuando tenemos problemas en Palacio son muchos los que tienen que mantener una constante alerta, y el extendido rumor del enfrentamiento entre nuestro rey Pigmalión y su hermana Elisa, o por ser más concreto con su marido Akerbas, primer sacerdote de Melqart, ha dejado de ser un vil rumor y se ha convertido en una

realidad preocupante. El que no puede mantenerse ajeno tiene que tomar partido y en esto está el peligro.

No creo que tenga que ser más claro, se lo he contado a mi escriba, que aunque he dicho que no le dictaba, le he hecho venir porque con alguien tengo que hablar y cada vez me es más engorroso hacerlo con mis amigos o allegados.

No puedo cambiar la dirección del viento, pero sí orientar mis velas, para llegar siempre a mi destino.

Llegó el tercer día y nos dispusimos a abandonar la ciudad de Útica, con la nostalgia que creaba el hecho de que tres de nuestros hombres nos abandonaban para volver al hogar, la novedad de un nuevo tripulante, del que aún no conocíamos demasiadas cosas, y un barco revisado a conciencia en cada uno de sus componentes, transmitiéndonos una gran confianza, al menos hasta que sufriéramos una nueva tempestad.

Seguimos navegando con el rumbo a Poniente, la mayor parte de las veces alejados de la costa para no encontrar la conocida corriente de sentido contrario, y otras navegando bastante cercanos a ella, logrando este mismo objetivo, y permitiéndonos su observación, bien para anotar aquellos detalles que consideramos de interés, o fondear en los lugares adecuados para una vez en tierra hacer las aguadas y también otros aprovisionamientos, si encontrábamos caza o frutos salvajes, sin dejar de realizar tentativas de contacto con los habitantes de aquellas zonas donde desembarcábamos.

Se navega generalmente durante el día, a vela o a remo, según tengamos suficiente viento y éste entre de forma que nuestra vela lo recoja sin dificultad, prefiriendo recurrir a los remos que vernos obligados a realizar constantes cambios de rumbo y maniobra con la vela, si tenemos viento pero éste nos sopla desde Poniente. No perdemos la oportunidad de navegar durante la noche si los vientos son propicios, porque aun estando lejos de la costa nos guiamos por la que todos los pueblos llaman ya

la Estrella Fenicia, y que nos permite mantener el rumbo si está visible en el cielo.

Cada mañana al amanecer se baldea el puente superior y la cubierta inferior, limpiándola de todos los restos que se han acumulado durante el día y también de la noche, ya que no todos dan siempre salida a sus necesidades por la borda, ya sea por el frío, el miedo, o cualquier otro motivo, faltando a una de las normas que intentamos que se cumpla sin excusa. Siempre que lo logramos, se castiga con estas labores a los culpables que son descubiertos en falta.

También cada mañana achicamos agua y se vigila que no se haya embarcado más agua de la que se puede considerar aceptable, buscando en caso contrario alguna vía que se haya podido ocasionar, reparándola interior o exteriormente, según sea lo recomendable. Todo barco necesita tener una atención permanente, y Therso debe mantenerse como si lo hubiéramos echado a la mar en este preciso momento.

La revisión del estado de la carga, en particular de las provisiones, se hace también a diario, desechando cualquier producto que no se conserve en buen estado, y detectando la posible presencia de ratones y otros bichos, tan difíciles de eliminar totalmente de nuestros barcos.

Las armas y los pertrechos propios de cada uno, se mantienen bien estibados y con un riguroso orden, aprovechando al máximo el espacio que hay utilizable, para que en consecuencia, la capacidad de movimiento por el barco sea lo más cómoda posible.

En estas faenas participa la tripulación en pleno, con diferencia de otras expediciones en las que los remeros y el resto de la marinería están formadas por hombres contratados o esclavos, con la excepción lógica de Himilcón, Mattán o yo mismo, y los maestros de oficios como Azmilk el herrero o Magón el carpintero, que con los hombres que se han ido quedando con ellos como ayudantes, por inclinación hacia el oficio o afinidad con la persona, y que tienen suficiente trabajo con dedicarse a lo suyo. No hay que olvidar a Eululaios el cocinero y a los dos jovencitos que le ayudan, que como sabemos es siempre un grupo aparte.

Himilcón, Mattán y yo mantenemos una reunión cada día, al caer la tarde, en la que comentamos las particularidades que ha tenido la jornada, y planeamos cómo debe desarrollarse la del día siguiente, repasando los temas rutinarios y viendo con más detalle aquellos que merecen alguna atención especial. Decidimos que era conveniente crear una aproximación con Baalbazer, en quien seguían teniendo gran confianza Himilcón y mi hermano, y yo empezaba a tenerla, comunicándole todo lo posible sobre los motivos de nuestro viaje, pidiéndole una total franqueza sobre sus orígenes, y sobre sus conocimientos que nos podrían ser de tanta de ayuda, comprometiéndole con nuestros objetivos, y haciéndole partícipe, con el resto de la tripulación, de los beneficios que seguramente obtendríamos. Así lo hicimos, Baalbazer aceptó con tal rapidez y agrado que se podría pensar que la propuesta no fuese totalmente novedosa para él, y que en las reuniones mantenidas desde que embarcó, con Himilcón y mi hermano, no se hablaba solo sobre las añoradas mujeres, el vino y otros placenteros asuntos.

Baalbazer tenía su origen en Iberia, en un pueblo ubicado, a muchas jornadas, andando tierras adentro, de la colonia que mi gente había establecido en el litoral, con el nombre de Malaka.

Un pueblo con el que la colonia estableció pronto contactos, sobre el que voy a tener la oportunidad de comentar sus peculiaridades más adelante, y que a nuestro hombre le sirvió, para que desde que apenas era un niño frecuentara a nuestra gente, y ya siendo joven se quedara a vivir entre ellos.

Su facilidad para aprender las diferentes lenguas de otros pueblos, su carácter afable y servicial, junto al interés que manifestaba por todo lo que era nuevo, le hicieron encontrar pronto un sitio en nuestra colonia.

El trabajo y la suerte hicieron que lograse hacer suficiente fortuna para poder vivir, dedicándose hasta ahora a negocios ocasionales de no demasiado riesgo.

Viviendo en nuestra colonia formó parte de las expediciones que se llevaban a término para la búsqueda principalmente de metales y otros productos de interés, facilitando el entendimiento en las negociaciones que se mantenían con los pueblos que entraban en contacto, o a los que de una forma intencionada les dirigía Baalbazer, conocedor de los sitios dónde se encontraban aunque muchas veces estuviesen a grandes distancias, e incluso avanzando la naturaleza de los productos que podrían provocar su afán de trueque.

Se había establecido en Útica hacía ya algunos años, a donde había llegado procedente de Malaka, de la que se marchó motivado al parecer por algún asunto no muy claro, sobre el que no quiso aportar detalles. Nuestra

propuesta de incorporarse a la expedición le permitía regresar a esa colonia, en la que teníamos planeado que nuestra estancia se prolongase durante algún tiempo, solucionar él aquellos temas que tenía pendientes, y continuar con nosotros el resto del viaje.

Desde la propuesta y su aceptación Baalbazer pasó a formar parte de las reuniones diarias, que hasta ahora manteníamos Mattán, Himilcón y yo, y día a día fue enriqueciéndonos con los convenientes conocimientos sobre los pueblos y las gentes de aquellas tierras que íbamos a visitar, sorprendiéndonos con las curiosidades que caracterizaban a algunos de ellos. Además de lo provechoso de estos conocimientos, sus interesantes relatos amenizaron los días que a veces en la mar se hacen interminables.

Navegábamos desde hacía varios días sin fondear para bajar a tierra, y sin que el escriba destacara nada sobre Therso o la tripulación, limitándose solamente a recoger información general, que él creía conveniente, sobre el clima, referencias de cabos, ríos o montes en tierra, actividad de la tripulación, y algún tema en particular que yo le pedía que incluyera en los escritos.

Tábnit, uno de los primeros componentes que Himilcón incorporó a la tripulación, primer hijo de otro capitán de barco con el que había navegado en numerosas ocasiones, se encontró muy enfermo una noche, con su cuerpo despidiendo mucho calor, aunque él sintiera escalofríos, y sufriendo de unas diarreas continuas que consumían a simple vista su fortaleza. Se le estaban prodigando todas las atenciones que éramos capaces de darle, pero los presagios no eran muy halagüeños.

En la reunión que mantuvimos esta mañana Mattán, Himilcón, Baalbazer y yo, fue el tema principal a tratar la presumible muerte de nuestro querido Tábnit y las probabilidades que teníamos de llevar a cabo un rito funerario acorde con nuestros deseos, pero dentro de los numerosos condicionantes que marcaban la adversa situación en que nos hallábamos. Aunque Tábnit se repusiera, esta discusión podía servir para afrontar otra situación similar en el futuro, que muy previsiblemente acontecería.

Descartamos desde el primer momento entregar su cuerpo a la mar. Tampoco se consideró dejar sus restos en los parajes desconocidos que veíamos, ni volver a Útica. Malaka estaba todavía muy lejos, y no podíamos prever con que grado de aceptación íbamos a ser recibidos por los funcionarios locales llegando, si fuese el caso, con el cuerpo del compañero muerto hacía días y sin un tratamiento adecuado de conservación.

Después de numerosas conjeturas, Baalbazer nos pidió que escucháramos una sorprendente propuesta, que en un principio estimamos desmesurada, pero que tras algunos momentos para reconsiderarlo empezamos a encontrarla factible, y terminamos por aceptarla de pleno, como la solución que se ajustaba a nuestros mejores deseos para Tábnit, si los dioses no impedían que su tiempo entre los vivos terminara en estos días.

Su propuesta fue que desviándonos del rumbo que teníamos acordado, dentro de los próximos dos días de navegación según sus estimaciones, encontraríamos una referencia en la costa, y a partir de la cual, con un rumbo Norte llegaríamos navegando, en un máximo de cinco o seis días a una isla, en la que las cenizas de Tábnit

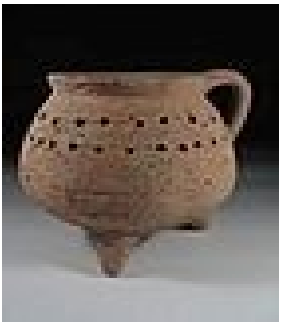
podrían tener el culto habitual que todos deseábamos. Así lo hicimos, porque Tábnit no logró superar el mal que alojaba su cuerpo y murió esa misma noche.

Pasado el trance necesario para acallar los francos lamentos de sus más cercanos, y las muestras de pesar de todos, dirigimos nuestro barco hacía tierra, y encontrado un fondeadero adecuado echamos anclas, disponiéndonos a preparar su cuerpo, a la vez que iniciar los ruegos habituales a los dioses, para que con su benevolencia permitiesen a Tábnit una estancia placentera entre los espíritus.

Himilcón hizo las alabanzas, que son propias de estas tristes circunstancias, sobre las acciones de Tábnit durante su corta vida, algunas conocidas, dada su estrecha vinculación con la familia, y otras supuestas o deseadas, en alta voz para que fueran escuchadas por toda la tripulación y en especial por Melqart, aquel de los dioses al que los espíritus de todos los sufridos marineros están encomendados. Recordó a su familia y la tierra que había dejado, lo que sirvió para añadir a nuestra tristeza una profunda sensación de nostalgia, creándose un verdadero sentido de pesar, muy por encima de cualquier otro que se hubiera dado si su fallecimiento hubiese acaecido junto a los suyos, cualquiera que hubiera sido la causa que lo motivara. Este resignado y sincero sentimiento siempre es bien recibido por los dioses y ayuda, en el acercamiento a su destino, al difunto.

Lavamos su cuerpo, lo perfumamos y ungimos con los aceites que disponemos a bordo. Puesta su túnica envolvimos el cuerpo con un trozo amplio de lino de los reservados para la reparación de la vela, que se cosió minuciosamente. Hecho esto se embadurnó toda la tela

con varias capas de brea calentada, de nuestra reserva para el calafateado de los fondos del barco, y volvimos a envolverlo todo, con un nuevo paño como el anterior que igualmente cosimos a conciencia. Situamos sus restos sobre el banco de remos que tenía asignado, y con la llama constante de una lámpara de aceite, y el aroma del incienso quemándose en un pebetero, levamos anclas, dejando que Baalbazer marcara desde este momento el rumbo a seguir.



Quemador de perfumes (s. XI-VIII a.C.).

Lucerna de cuatro mecheros.

No tuvimos mucha suerte con el viento, pero tampoco padecimos las consecuencias de una mala mar, y creo que pasado el tiempo que había previsto Baalbazer, divisamos por la proa el litoral de la isla a la que nos dirigíamos.

Isla de Ibiza-Ebussus –Eivissa. (España).
(www.eivissaweb.com)

El contorno que desde la lejanía hacía pensar que se trataba de una sola isla, al aproximarnos comprobamos que en realidad eran dos, y atravesamos el estrecho que las separaba, dejando a estribor la más pequeña, y la mayor a babor, para costeando hacia el Norte, buscar el fondeadero, con un pequeño puerto, del que Baalbazer

tenía información sobre su existencia aunque nunca había estado en este lugar.

Se encontraba el puerto en una pequeña ensenada bien protegida, y atracamos con el desconcierto de no encontrar a nadie que nos recibiera para realizar algún trámite pertinente, ni siquiera veíamos algún necesario almacén o los aposentos, que sirvieran de albergue a aquellas personas que tendrían que participar en el ritual que veníamos a realizar, por lo que nos dispusimos a repartir entre la tripulación las faenas necesarias de atraque, además de prepararnos todos para la dolorosa ceremonia que nos había traído hasta este sitio.

Estaba a punto de terminar el día, cuando vimos descender de la colina próxima al puerto a un hombre de edad respetable, al que acompañaban otros dos más jóvenes, que por el parecido entre ellos presumimos que serían sus hijos, lo que de forma inmediata se confirmó al presentarse él como Abdastrato, y hacernos saber que eran sus dos hijos quienes le escoltaban, de los que no mencionó sus nombres.

Embarcamos ellos tres, junto a Baalbazer y yo mismo que nos adelantamos a recibirles, mientras que Himilcón y mi hermano se ocupaban en el barco del cuerpo de Tábnit, liberándole de las amarras con que se fijó a su banco, y trasladándolo a una mesa dispuesta a popa, en el puente, y colocando a sus costados los pebeteros y lámparas de aceite.

Abdastrato nos contó que desde hacía más de treinta años, una Hubur de Tiro cuyos barcos navegaban con frecuencia a estos confines de la mar, decidieron establecer una necrópolis, que estando apartada de las

rutas que normalmente eran utilizadas por sus barcos, se convirtiese en un lugar de enterramiento para aquellos marinos que fallecieran, en circunstancias como la que nos ocupa, o cualquier otra que forzase a hacerlo lejos de alguna de nuestras colonias, y fue esta isla, que se conoce como Eivissa, la elegida para este fin, cumpliendo, por su situación y falta de interés para cualquier otro tipo de aprovechamientos, con los requisitos previstos. Una vez terminadas todas las construcciones necesarias para los albergues de Abdastrato, su esposa, sirvientes, y para la realización del ritual funerario, se quedaron ellos en la isla, en un principio únicamente acompañados por los dos sirvientes, y posteriormente con estos dos hijos que ahora conocíamos y con una hija bastante más joven.

Amaneció el nuevo día. La tripulación se agrupó en formación, constituyendo un impresionante cortejo fúnebre, solemne y silencioso, con Abdastrato y sus hijos a la cabeza de la marcha fúnebre, engalanados con las llamativas vestimentas de culto. Llevamos en andas la parihuela con el cadáver de nuestro compañero, ahora adecuadamente amortajado y cubierto con su mejor túnica, hasta el edificio preparado para ejecutar el ritual funerario. Todo el que lo creyó oportuno dijo en alta voz cuánto sentía esta pérdida y alabó las virtudes del muerto. Todos sufríamos en nuestro interior un profundo desconsuelo por su ausencia.

Himilcón realizaba las peticiones de rigor a los dioses, y nosotros las confirmábamos a coro, realzando y puede que exagerando algo, cuanto de valor Tábnit había hecho a lo largo y ancho de su corta vida. Mientras tanto, Abdastrato y su familia disponían todo lo necesario para el banquete funerario que Eululaios, sus ayudantes y los

sirvientes de Abdastrato cocinaban en el hogar preparado en este recinto, que era muy amplio y pertrechado de todo lo necesario, para cocinar de una vez para el total de los comensales, sin las estrecheces e incomodidades del barco. Sacrificamos un toro y dos cabras del corral de Abdastrato, además de otras viandas de las que él disponía, y de alguna de nuestras propias reservas.

Comimos, pero sobre todo bebimos, hasta que se embotaron nuestros sentidos y se logró olvidar parte de nuestro pesar. Empezaba a ocultarse el Sol, y trasladamos el cuerpo de Tábnit hasta la pira funeraria, donde lo depositamos y se procedió a su incineración, guardando todos los presentes un profundo silencio, conocedores de que era en estos momentos cuando su espíritu se confrontaba con los dioses, y se encontraba junto a los de sus antepasados. Extinguida la pira funeraria se recogieron sus cenizas y depositaron en una urna que proveyó Abdastrato. Velamos sus cenizas el resto de la noche, comiendo, bebiendo, pensando y hablando, o durmiendo a ratos cuando nos vencía el sueño.

Al aparecer el Sol llevamos la urna a la fosa, que estaba excavada a este efecto en una ladera de la colina en que nos encontrábamos. La depositamos acompañándola de su espada, que previamente se había partido en dos, de la fíbula que usaba habitualmente, alimentos del banquete que habíamos celebrado y una lucerna. Dijimos nuestro último adiós y se cubrió la fosa con lascas planas de piedra y tierra, haciendo que prácticamente desapareciese de nuestra vista.

Permanecimos durante otros dos días más en la isla disfrutando de una calma que necesitábamos y de la hospitalidad de aquella afable familia, aprovechando para

proveernos de agua en un río que se encontraba a una jornada de marcha, ya que nos recomendó Abdastrato que lo hiciéramos así por las propiedades que ésta tenía. Como en cada ocasión que atracamos, repasamos nuestro barco saneando cualquier componente que lo requiriese.

Al tercer día pagamos los servicios prestados sin discutir para nada el precio pedido, porque además de ser bastante inferior a lo que estimábamos, el trato que recibimos fue de nuestro total agrado y las cenizas de nuestro compañero, quedarían a su exclusivo cuidado y sin otra supervisión ni control, durante muchísimos años.

Hechos los trámites y formalizadas las despedidas levamos anclas poniendo rumbo al Sur, para volver a cruzar el estrecho por el que llegamos a este particular lugar, que no podríamos olvidar nunca.

Las conversaciones mantenidas con Baalbazer en esos días hicieron que los planes previstos cambiasen, decidiendo que navegaríamos durante un par de días con rumbo Suroeste en la mar abierta, para a continuación tomar rumbo a Poniente y arribar así a las costas de Iberia.

La idea anterior había sido volver hasta el litoral de África para seguir a Poniente hasta llegar a los dos cabos, que cercanos entre sí dan salida a la tenebrosa mar de la que tantas cosas se comentaban, buscando algún motivo de nuestro interés en la extensión de tierras que hubiera desde el punto en que decidimos poner rumbo a Eivissa, para el noble fin que os he contado con todo detalle. Navegaríamos por esa otra zona cuando estuviéramos de regreso a nuestra patria (eso creía yo en aquel momento).

Levamos anclas antes de que el Sol apareciese por Levante, y cuando su presencia alegraba ya a nuestros corazones y calentaba nuestros huesos -la noche en la mar siempre es fría- habíamos perdido de vista las islas que nos dieron el cobijo y reposo a los que podíamos contarlo, y un lugar en la tierra para el descanso eterno de nuestro compañero.

Navegamos rumbo Sur dos días de luz completos, quedando durante la noche al pairo, lo suficientemente alejados de la costa para no ser identificados, y con los necesarios acercamientos puntuales para que Baalbazer reconociera algún punto de referencia, que le sirviera para llevarnos hasta la zona en la que había propuesto que atracásemos.

Pasado el medio día, después de intentar bordear un enorme cabo, aproximándonos a su línea de costa, y al encontrarnos con vientos fuertes en contra, que nos hicieron abrirnos a la mar para con más comodidad seguir rumbo Sur, consideramos que era mejor esperar a tener al menos el viento a favor. Pusimos rumbo Norte cercanos a la costa y viendo la desembocadura de un río de amplio cauce, aunque no de tanto caudal, y buscando un lugar de abrigo adecuado, fondeamos y nos dispusimos a pasar la noche, en la confianza de que nos encontrábamos en tierras con pobladores para nada belicosos, desde antiguo visitadas y colonizadas por nuestro pueblo, en las que no era en absoluto extraño ver llegar una nueva flotilla de barcos, muchas de las veces numerosa, sin que, cuando se identificaba nuestro origen por el color de las velas y la forma de las naves, este hecho supusiera motivo de alarma para los habitantes de los numerosos poblados diseminados por estos lugares. Lo que si era siempre es

un motivo de expectativas y alegría para el gran número de colonias que habíamos fundado, desde el sitio en dónde ahora nos encontrábamos hasta la más oriental ciudad de Gadir que con el tiempo visitaremos.

Poblados Fenicios del Sur de España

Algo extraño era un barco solitario y con el diseño del nuestro. Por eso nuestra prudencia, fondeando en un lugar apartado y quedando desarbolados (aunque siempre en estado de alerta), a la espera de quien quisiera entablar contacto.

No pasó mucho tiempo. A los tres días de haber establecido un campamento en tierra, a media mañana, recibíamos la prevista visita de un grupo de unas veinte personas, que espontáneamente y sin ofrecer ninguna muestra de las formalidades que son usuales, nos daban la bienvenida y nos invitaban a que visitáramos su poblado para intercambiar todas las novedades, los conocimientos y las mercancías que a las dos partes fuera conveniente.

Recuerdo ahora aquel encuentro como algo que llamó mi atención por muy diferentes motivos, que voy a tratar de contar, y que si algo que pudiera ser interesante de reflejar aquí se me olvida, lo que puedo asegurar es que cuanto refiero, por sorprendente que se muestre a nuestro entendimiento, así sucedió y se ajusta en todo a como aquí lo describo.

Aquel grupo que nos visitaba, parecía más un grupo de amigos reunidos de forma circunstancial, que una comisión formada para dar la bienvenida, y estando claro que al menos algunos de los visitantes tenían su origen entre las gentes de nuestros pueblos, los rasgos de varios de los otros delataban sin género de duda, que su procedencia se encontraba entre los pueblos indígenas que pertenecen a las tierras que estábamos visitando. Era de notar que todos vestían muy similar, con túnicas que nos resultaban muy familiares, y otros lucían adornos y complementos con una apariencia más o menos exótica, en comparación con los que nosotros solemos emplear.

Compartían la presentación hablando a la vez dos o tres de nuestros visitantes, interrumpiéndose sin reparo o completando las frases del que en ese momento hablaba, claramente en nuestro propio idioma, aunque apreciamos algún acento, giros y ciertas palabras que suponemos propias de la lengua local y que para nosotros eran totalmente ajenas.

Mi hermano, Himilcón, y sobre todo Baalbazer, a quien obviamente más familiar le resultaba toda esta situación, escuchábamos atentamente, y sabedores de que seríamos con seguridad invitados a acompañarles no nos preocupamos en hacer demasiadas preguntas, sino al contrario, prestamos máxima atención a todo lo que nos

contaban y demostramos un enorme interés por mejor conocerles, aceptar su generosa hospitalidad, y ofrecer cuanto estuviera a nuestro alcance y pudiera atraerles, de forma inmediata o en un futuro.

A sabiendas de que no debíamos de estar a mucha distancia del poblado, optamos porque el barco se quedara varado en el fondeadero con la mayor parte de la tripulación a su cargo, realizando cada una de aquellas faenas que tan tediosas pero tan necesarias son, y un grupo elegido, conmigo mismo, mi hermano y Baalbazer encabezando la marcha (Himilcón se quedó en el barco), acompañamos a nuestros anfitriones a su poblado.

Se encontraba su núcleo principal en una colina situada en la margen derecha de un río, que si en estos momentos no tenía demasiada agua, el ancho de su cauce daba fe de que al menos en las épocas de lluvia su caudal sería nada despreciable. Sus casas, todas muy similares, del tamaño común para alojar a una familia, con un corral anexo, se alineaban sin un orden claro ajustándose al perfil de la colina. Pudimos observar que algunas de las construcciones tenían un uso común o de servicio a la comunidad, al igual que en nuestras ciudades, como seguro eran la herrería, los molinos de cereales, la alfarería con su horno, los silos y aljibes, así como otros almacenes que seguramente administraban aquellos que eran los responsables de estas funciones. Los lavaderos comunes, una pequeña zona con los pozos que se construyen para uso de los tintoreros, y otro conjunto de pozos para preparar el pescado en salazón, se encontraban próximos a la desembocadura del río.

Las casas y estas edificaciones comunes estaban construidas de fábrica hasta casi la altura de un hombre, y

el resto de adobe con un tejado de vigas de madera cubierto con brezo, que lograba mantener su interior confortable incluso cuando en el exterior el frío o el calor hacían notar su fastidiosa presencia.

En la otra margen del río, en otra pequeña colina, se había erigido la necrópolis de este poblado, en la que habían recibido sepultura los cuerpos, no solamente de aquellos de nuestros semejantes que formaron parte del grupo que desde un principio se había establecido en estas tierras, sino también de alguno de los principales de los poblados originales de este lugar, lo que motivaba que en un mismo espacio se encontrasen tumbas en forma de hipogeo, con ricos ajuares acompañando a los restos de los difuntos, así como el enterramiento de los cuerpos en fosas abiertas directamente en el suelo de piedra, y el depósito de las cenizas (como nosotros habíamos hecho con nuestro añorado compañero) guardadas en las jarras funerarias, enterradas igualmente en un hoyo excavado en el suelo y cubiertas con lascas de piedra y con tierra.

Los diferentes ritos y ajuares que acompañaban a aquellos muertos, manifestaban, como acontece hasta hoy, la diversidad de los orígenes de quienes formaban las expediciones que terminaban constituyendo una colonia de las que se establecían tan lejos de nuestras ciudades de Tiro, de Byblos o de Sidón, y que por ir siempre bajo el pabellón de uno de nuestros barcos, y terminar por tener un patrón de comportamiento que es semejante en todos los asentamientos, siempre se solía identificar al conjunto como colonias Fenicias, cuando la realidad era otra, y el elemento común, en este caso siempre Fenicio, eran los barcos que hacían las travesías.

Por lo que nos comentaron, todo hace pensar que el patriarca de la familia que originó esta colonia fuese ciudadano de Egipto (aunque su procedencia estuviera en los territorios desérticos próximos), y eso justificase la presencia de varios huevos de avestruz decorados que acompañaban a sus restos y a los de algunos otros de sus familiares.

Ahora quiero dejar reflejado lo que nos contaron, sin ninguna reserva, mientras estuvimos acogidos a su hospitalidad, y lo que nosotros mismos aprendimos y que tanta sorpresa nos causó en su momento, aunque cada vez sean menos cosas las que son capaces de sorprender a un viejo, que ha vivido una dilatada y emocionante vida, y hoy la distancia haga que no dé tanta importancia a lo que os refiero a continuación.

Entendimos que denominaban a su pueblo con el nombre de Baria, o al menos así sonó a nuestros oídos. Había sido fundada la colonia por los abuelos de algunos de los presentes, y la elección del lugar se debía, como en otras muchas ocasiones, al conjunto de acontecimientos que se tienen que dar para que esto ocurra. Fueron, entre los principales, el hundimiento a escasos metros de la playa de uno de los barcos que componían la expedición, la calidad del lugar, su enorme parecido con nuestras tierras de origen y la interpretación positiva de la consulta hecha a los dioses protectores de la expedición, y otros augurios que igualmente se entendieron como de buena fortuna.

Desde un principio, como era natural y fin último de toda expedición, buscaron los objetivos que podían enriquecerles, esperando encontrar pronto alguno de los productos, especialmente metales, con los que poder

comerciar a cambio de los que ellos traían, fabricarían en el lugar y seguirían recibiendo de Tiro o de otras ciudades hermanas.

La suerte no pudo ser más madrugadora, los habitantes de los poblados locales, que les recibieron no solo sin hostilidad, sino con una cálida acogida y ayuda real durante los primeros momentos del establecimiento del campamento, sin ningún recato contestaron a sus muestras de interés, enseñándoles sus adornos y útiles de plata y cobre, y llevándoles a las montañas próximas para mostrarles los lugares en que habían sido extraídos los minerales con que estaban elaborados.

De otra parte, la espontáneamente forma afable de comportamiento de los indígenas y lo rápido que la experiencia demostraba que estos actos allanaban la buena convivencia, se establecieron uniones de pareja, de jóvenes varones que venían en la expedición con mujeres de los poblados próximos.

El caso es que pasado el tiempo necesario para que se consolidaran todas las circunstancias adecuadas, seguros de poder transmitir su intención sin lugar a ningún equívoco, y a la espera de una aceptación fuera de toda duda, pidieron que se convocara una reunión con la asistencia de los principales representantes de todos los poblados vecinos.

Durante dos días, con las naturales pausas de descanso, expusieron con toda clase de detalles posibles cómo, al igual que otras colonias importantes establecidas hacía muchos años, tales que la de Gadir o la más reciente de Malaka, podían obtener a cambio de sus metales y otros productos locales, ayudados con la mediación de

gentes como ellos, los diferentes útiles y adornos, que en forma de vajillas, armas, joyas con incrustaciones de distintas piedras y pasta vítrea, ricos tejidos teñidos en vivos colores, así como otros muchos productos, tan apreciados por aquellos pueblos que están cercanos a las ciudades mencionadas.

No olvidaron manifestar que una actividad como la que proponían daría lugar a un firme crecimiento y seguro enriquecimiento de sus poblados actuales, con el establecimiento de otras gentes venidas de diferentes lugares, y la consecuencia previsible de una forma de vivir con aquellas bondades, tan apetecibles como éstas que describían, comunes a todas sus ciudades de origen.

De casi todo lo que se les estaba contando tenían ya noticia, aunque tal vez no fuese demasiado riguroso el conocimiento. Manifestaron haber entendido cuanto se les quería comunicar, y a continuación, durante casi otros dos días, describieron cuanto era común a los distintos poblados que estaban representados en el encuentro, y a otros tantos que no se encontraban demasiado lejos.

Olvidados los detalles, y a una gran distancia en el tiempo de lo que la memoria puede recordar, sabían que el lugar de origen de la mayoría de ellos se encontraba cauce arriba de un importante río, a unos cuantos días de marcha, hacia donde el Sol desaparece. Se trataba de un lugar que todavía conservaba las huellas de su pasada grandeza, en el que ahora habitaban, no siempre de forma continua, algunos grupos de gentes, y al que proponían que lo visitasen juntos, para entender más fácilmente lo que ahora ellos estaban contándoles.

Eran entonces un enorme poblado con gran número de habitantes, cuya actividad principal era la obtención del mineral de las montañas próximas, su tratamiento y elaboración, tarea ésta para la que tenían conocimientos suficientes, y su posterior intercambio con pueblos, algunos no muy lejanos, y otros de tierras al menos tan distantes como podían ser aquellas de las que nosotros veníamos.

Esta actividad y el valor del material almacenado provocaban, o podían llevar a provocar, la codicia de otros pueblos, lo que dio lugar a que se protegieran con innumerables murallas, y con fortines inexpugnables, manteniendo un estado constante de alerta, con grupos de hombres continuamente armados para garantizar la defensa, no dejando de recordar que la seguridad podía estar en peligro.

No se podía decir con precisión por qué se había terminado con aquella actividad, y abandonado unas construcciones tan costosas, pero el hecho era que así había sucedido.

Ahora, como se podía apreciar, vivían diseminados en clanes que no eran demasiado numerosos. Cultivaban huertos comunes o individuales además de pescar en sus pequeñas barcas de piel y madera, estando el uso de las armas limitado a la abundante caza existente en los bosques de los alrededores y en sus actos rituales, de los que ya habíamos tenido ocasión de conocer alguno dado que estas ceremonias eran frecuentes entre ellos. Cuando extraían mineral, lo obtenían únicamente en la cantidad necesaria para puntualmente fabricarse algún utensilio concreto.

Estaban satisfechos con la forma de vida elegida y no encontraban motivos para que ésta cambiase.

Se podían hacer todas las conjeturas que cada uno quisiera, y aunque ellos en aquel entonces, se quedaron tan sorprendidos como lo estábamos siendo nosotros ahora cuando nos recuerdan esta historia, la conclusión era solamente una y muy definida.

Si no había hombres dispuestos a extraer el mineral no habría posible comercio que hacer, con lo que la decisión a tomar de nuestros iguales, en aquellos momentos, pasaba por levantar el poblado, yendo a la busca de otras tierras en las que poder alcanzar los fines que motivaron su viaje, o quedarse en estos lugares para compartir aquella forma de vida, estableciéndose como lugareños de estas prósperas y ricas tierras. Hicieron esto último.

Ayudados porque su poblado está situado bastante a Poniente y al Norte de estas riberas, distante de las colonias principales, que están lejanas a Poniente, y quedando fuera de las rutas habituales, la consecuencia es que se han dado los motivos para que se haya creado un asentamiento, cuyo resultado es la mezcla de dos orígenes muy distintos, ahora unidos en una forma de vida común, diferente a su vez a la que tenían cada uno de ellos anteriormente a su fusión.

Al igual que hicieron ellos en el pasado, Baalbazer, mi hermano y yo mismo, con un grupo seleccionado de nuestros hombres, vamos a acompañar a nuestros nuevos amigos en una visita al gran poblado minero, que pudo ser el lugar de origen para algunos de los hombres que ahora nos acogen.

Con las primeras luces de la mañana iniciamos la marcha en dirección Sur, prácticamente todo el camino con los pies bañados por la mar, disfrutando de un tiempo apacible, sin que el calor agobiase a nuestro buen ánimo, y aun estando próximo el inicio del periodo en que se consideraba que nuestra mar estaba cerrada a la navegación (al menos a la navegación prudente y protegida por los seguros que cubrían las pérdidas de barcos y de mercancías) los días tenían una luz y una calma, que nos invitaba a planificar, cualquier clase de actividades.

Habíamos concluido cuatro días de marcha, sin reparo para detenernos cuantas veces lo consideramos oportuno, para de esta manera poder observar todo aquello que llamó nuestra atención, y en particular las características de aquel enorme cabo en el que, ante las dificultades que se nos presentaron para rebasarlo, corregimos en su día nuestro rumbo, para terminar por encontrarnos con el poblado de Baria, lo que tanta satisfacción nos está produciendo. En esta ocasión el viento es una suave brisa y la mar está en calma chicha.

Habíamos llegado a la desembocadura de otro río, cuyo cauce anunciaba que en las temporadas propicias para ello, su caudal debería ser considerable, posiblemente navegable tierra adentro, y sin ninguna duda, un lugar protegido para el atraque desahogado de los barcos de buen tamaño, en todas las épocas del año.

Descansamos la tarde de la llegada. Dormimos con una sensación de total tranquilidad y seguridad que aprovechan al cuerpo, y ayudados por la mejor de las disposiciones, comenzamos a remontar el cauce para toparnos con la que sería para nosotros una de las

mayores sorpresas a destacar de todo nuestro viaje, y lo que consideramos un conocimiento que podría con el tiempo propiciar pingües beneficios.

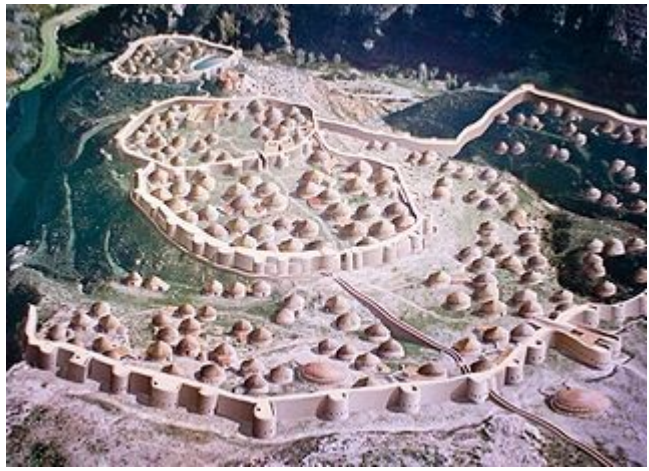
La vegetación era mucha, y además de la propia del terreno podía verse que gran parte del arbolado, unos frutales y otros no, aunque ahora no se les prodigaba el cuidado necesario, habían estado cultivados por la mano del hombre y su aprovechamiento era aún hoy de estimar.

También pudimos valorar la abundancia de caza, teniendo que concluir que la zona que atravesamos, salvo por no estar ubicada en la misma costa, lo que parece determinante para que los lugareños sitúen ahora sus asentamientos estables, con certeza reunía las mejores condiciones, para alojar a una población por importante que fuese.

Me esforzaré por recordar, y sacar información de las anotaciones hechas entonces, para transmitir lo más claramente posible todo lo que observamos, aunque las sensaciones del momento ya no sea posible revivirlas.

Apareció a nuestra vista una pequeña meseta, que no siendo muy pronunciada, permitía dominar el control de acceso desde todos los llanos, con vegas cultivadas, en su andadura hacia la mar, sentido éste desde el que nosotros veníamos, y que a su vez era el único posible de utilizar por encontrarse el cauce encajado entre las montañas próximas. Estas mismas montañas son las que esconden en su interior las importantes minas, que aquí son de mineral de cobre principalmente, que estas gentes extraía en cantidades considerables, lo trataba, utilizaba para uso propio y empleaba como elemento de cambio, como ya hemos comentado.

La meseta la habían convertido en inexpugnable rodeándola hasta con cuatro murallas, con torres a cada cierta distancia para reforzar la seguridad, que debieron además de servir como silos y de aljibes. Dentro de los recintos creados por estas murallas podían apreciarse restos de viviendas, en un número tal, que no habrían alojado a menos de dos mil pobladores de una forma permanente, teniendo que pensar que otro contingente importante viviría en los alrededores, cercano a sus huertos o a sus animales.



Los Millares. Murallas.

http://es.wikipedia.org/wiki/Los_Millares

Los Millares. Cabañas. (Almería – España).

Vimos restos de edificios de gran tamaño, que por sus dimensiones, seguramente eran utilizados para que los diferentes artesanos trabajaran con los productos que eran comunes para todo el poblado, como los alfares y los hornos, la molienda del grano, la fabricación de útiles de metal... y algún otro que ahora no recuerdo.

Nos sorprendieron bastantes más cosas, alguna de aparente poca importancia, como podía ser la calidad y terminación de los restos de vajilla que encontrábamos por todas partes, y que habiendo sido fabricada sin la mediación del torno que utilizan nuestros alfareros, no desmerecía su presencia en la mesa más exigente, o en los rituales necroláticos.

Cerámica de Los Millares.

Los Millares - Tumbas.

Los Millares interior de las tumbas.

Haciendo mención de los rituales necroláticos, referir con el mismo orden de importancia que lo ya anteriormente comentado, que las tumbas que vimos en número más que sorprendente, eran comparables a los más importantes de nuestros hipogeos, guardando como éstos entierros múltiples, y superando alguno de ellos a la mayoría de los nuestros, en sus dimensiones y dificultad de construcción.

No había lugar para la duda sobre la importancia y conocimientos de este pueblo, desaparecido hacía tanto tiempo que a los actuales pobladores de estas tierras, tal como nos manifiestan, se les borra de la memoria, aun siendo, conforme a todos los indicios, sus descendientes naturales, diseminados ahora en grupos humanos más reducidos, y asentados en poblados no tan lejanos entre sí, pero diferenciados, que como en el caso de los que ahora nos acompañan, su mezcla con nuestras gentes les han hecho partícipes de nuestros conocimientos, y también de nuestro refinamiento, buenas costumbres y algún vicio que anteriormente no tenían.

Lo cierto es que su forma de vida llegó a sufrir un retroceso, al menos tal como nosotros lo entendemos, causado por motivos que son desconocidos.

Recogimos muestras del mineral de cobre, y de algunos de los útiles terminados que se encontraban rotos y desperdigados por el terreno. Se tomó nota de todos los detalles que se consideraron necesarios para interpretar lo que veíamos, y para saber volver con acierto cuando nos interesara, aunque para entonces hubiese pasado mucho tiempo. Abandonamos el lugar con la sensación de haber logrado cubrir una de las etapas, entre las que constituyen el interés primordial de nuestro particular viaje.

En mi residencia de Ushu, cuarto año del reinado de Pigmalión.

No son precisamente vientos de sosiego los que envuelven a nuestra hermosa ciudad de Tiro.

De todos es sabido que Akerbas, esposo de Elisa, sacerdote de Melkart, y hombre inmensamente rico e influyente, ha sido asesinado por orden de Mattán, padre de nuestro rey Pigmalión, poniendo fin a todo posible intento de querer reinar en Tiro con el apoyo personal e institucional de su esposa Elisa.

Los acontecimientos se han sucedido de tal forma que, a mi parecer, bien aconsejada y actuando con prudencia, Elisa abandonó en estos días la ciudad de Tiro, acompañada por un importante séquito de sus familiares, sirvientes y amigos, para dirigirse a la colonia de Útica (¡Cuánto tiempo ya desde que nuestro barco atracó en su puerto! ¿Vivirá alguno de los amigos que hicimos en nuestra visita? Aunque te prometes mantener por siempre las amistades que haces en circunstancias como éstas, si la vida es suficientemente larga, solo se mantienen si median intereses que las justifiquen), lugar en el que según se comenta tiene intención de establecerse, olvidándose para siempre de regresar a Tiro, donde pudo ser, o al menos así lo entendió el poder establecido, que la codicia de su esposo podría haber provocado la inestabilidad de este reino.

Será inevitable que todavía nos queden varios días de inseguridad, persecuciones y venganzas que terminen con las vidas y las haciendas de algunos, ya que, como siempre pasa en estos casos, hay quien se aprovecha de la confusión creada, y con mentiras o con medias verdades

encuentra la oportunidad para ello, y termina vengando viejas cuentas pendientes.

El hombre de Palacio que en su día me visitó, hace ya algún tiempo que tiene la mayor parte de su fortuna a recaudo, y su seguridad o su vida y la de los suyos, sujeta a que pasara durante un tiempo lo más desapercibida posible, pero sabedor de que a menor botín a obtener, menor será el empeño de sus enemigos en terminar por cualquier medio con su estirpe, porque de todos es sabido que los odios y envidias se mantienen más fácilmente en el tiempo si están soportados por la codicia.

Hemos llegado a las costas de estas tierras, en las que a Poniente de donde nos encontramos sabemos que se han fundado colonias, desde antes incluso de que Hirám gobernara a nuestro pueblo. Colonias que han prosperado de diferentes maneras, manteniendo unas el contacto con nuestras ciudades de origen y un comercio importante que las hace prósperas, y otras en que su población ha terminado por considerar que estos lugares sean la base firme de su futuro y el de sus descendientes, intercambiando con los lugareños lo mejor y lo peor que cada uno de los grupos tienen. Para éstos, las riquezas naturales, la bonanza del clima y la total ausencia de conflictos y guerras, tan comunes de dónde venimos, hacen que la elección tomada no pueda ser más acertada.

Hay quienes aseguran, no sin razón, que las colonias que establecemos los Cananeos, cuando son el fruto de nuestras expediciones comerciales, realizadas con este fin y sujetas a los planes y las órdenes de los poderosos que las promueven, siempre mantienen su identidad de origen, aunque terminen por llegar a ser importantes ciudades o no dejen de ser un centro comercial perdido en el otro confín de nuestra respetada mar. Cuando las expediciones que organizamos, en muchas ocasiones, están formadas mayormente por gentes de los pueblos Israelitas, Filisteos, Arameos e incluso de otras tierras aún más lejanas, a los que los enfrentamientos entre ellos, o las guerras entre nuestros poderosos vecinos, sitúan en medio impidiendo tener una paz estable, no es raro que si ha pasado el suficiente tiempo se integren con los pobladores locales, y que solo se pueda diferenciar su presencia, por esos pequeños detalles y por los hábitos culturales o religiosos, que no se pierden nunca de forma total.

Nuestra singular expedición no va a transcurrir mucho tiempo antes de que leve anclas, abandonando este emplazamiento, y tratando de establecer contacto con las colonias y zonas con valor, sobre las que nuestros hospitalarios amigos nos han indicado su situación con puntos de referencia que serán fácilmente identificables, empleando todo el tiempo que nos sea necesario para enriquecer nuestros conocimientos sobre todo lo que de nuestro interés pueda encontrarse en las costas que recorreremos. Nuestro próximo punto de destino, en el que establecernos por algún tiempo para realizar aquellas gestiones que hemos previsto, será la colonia de Malaka. En cualquiera de los casos, hemos decidido no continuar navegando a Poniente sin satisfacer la curiosidad que nos ha creado un relato surgido a última hora, durante la cena de hace dos días, cuando de forma imprevista, alguien hizo referencia a otro importante poblado del interior, que si bien era conocido que su antigüedad se perdía en el tiempo, ésta no alcanzaba con mucho a la del que habíamos visitado. Nos aseguraban que los vestigios que podían todavía verse en nada envidiaban a los otros, y lo que más nos interesaba, habían sido notables mineros y trabajadores del metal, fabricando armas, adornos y utensilios con la más reconocida calidad, en un nuevo metal para aquellos tiempos, llamado bronce, que obtuvieron fundiendo el cobre y el estaño juntos. Habían extendido su poder y conocimientos sobre amplísimas tierras del interior y también del litoral, pero su identidad como pueblo se había difuminado con el tiempo.

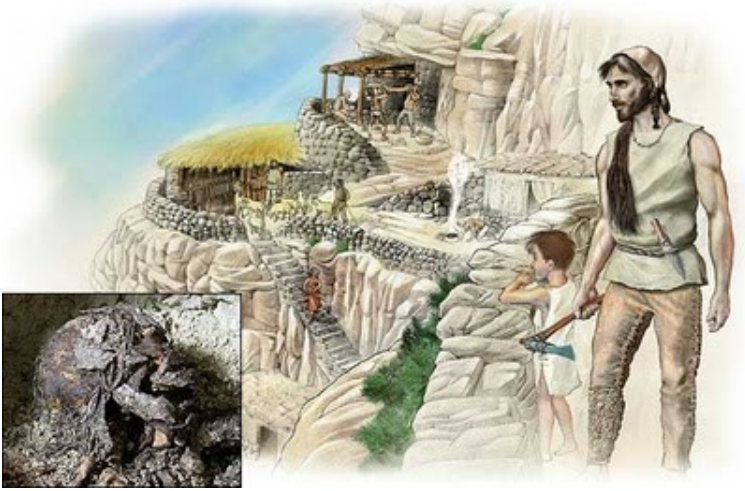
Formamos, como la vez anterior, una caravana bastante numerosa, porque acogimos a los que querían incorporarse, de entre los habitantes de la colonia, por el placer de la aventura. Por nuestra parte éramos unos

veinte los que fuimos, pertrechados de nuestras armas, más como elemento disuasorio de posibles ladrones, que se encuentran en todas partes, que por el riesgo de tropezarnos con algún pueblo hostil, ya que como hemos venido comentando, toda esta tierra parece estar libre de enfrentamientos entre las tribus locales, o del afán de sometimiento por la fuerza que pudieran tener algunas huestes, atraídas hasta aquí desde otros parajes.

Fueron siete u ocho jornadas las que empleamos en llegar al sitio que querían mostrarnos nuestros amigos, y en verdad hay que decir que el destino previsto reunía todos los atractivos necesarios, como a continuación detallaré, para que un poblado importante gozara de los innumerables privilegios que la naturaleza nos puede ofrecer. Todo el recorrido que hicimos era una secuencia de fértiles vegas a las que regaban aguas copiosas y claras, de montes con frondosos bosques que presagiaban abundante caza además de otros recursos naturales y, como más tarde pudimos contrastar, yacimientos de minerales que podrían justificar el asentamiento de importantes colonias para que fueran aprovechados con un estimable beneficio.

Cuando llegamos al lugar concreto que íbamos a reconocer, aunque ya nuestra capacidad de sorpresa estaba bastante resumida, no pudimos, una vez más, dejar de plantearnos la necesidad de encontrar una respuesta lógica para las preguntas que por lo visto aquí, al igual que en el anterior poblado abandonado que visitamos, nos estábamos haciendo.

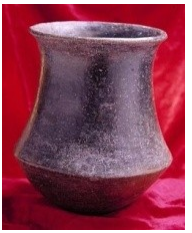
Los restos de este emplazamiento abandonado que estamos visitando, y que se construyó en un monte, aprovechando las terrazas naturales y creando otras de forma artificial, están situados en la margen de un río, cuyo cauce remontábamos, habiendo observado de tanto en tanto los vestigios de pequeños asentamientos cuyos habitantes se ocuparían en faenas agrícolas y ganaderas. Las viviendas estaban adosadas a las laderas del monte, con habitaciones espaciosas, cobertizos independientes para los animales, y al parecer con todo el conjunto protegido con murallas, especialmente la zona más alta del cerro, lo que haría al lugar fácilmente defendible de posibles ataques.



Poblado Argárico de Castellón Alto (Galera-Granada).

http://www.huescar.org/galera8.html

Al tener ocasión de contemplar varios de los enterramientos pertenecientes a sus pobladores, que a diferencia de las enormes tumbas que ya describí del otro poblado minero visitado, aquí eran pequeños huecos excavados en las rocas, para el enterramiento de una persona, o como mucho de dos o tres individuos, que suponemos familia, y que al conservar sus ajuares nos permitió apreciar el grado de conocimiento que habían logrado para fabricar armas, anillos, aretes y colgantes, y no solamente hechos en bronce, sino también alguno en oro y plata. El acabado y las formas de las copas, los vasos, o de los platos y de sus vajillas (modelados sin la ayuda del torno), daban referencia del buen gusto y del refinamiento de quienes las utilizaron.



Olla Argárica

Copa Argárica.

Tumbas de Castellón Alto.

Alabarda.

No empleamos el tiempo que necesitaríamos para localizar y valorar la importancia de las minas que, con toda seguridad, se encuentran cercanas y justifican el establecimiento de todos los poblados mineros como éste. Tomamos las muestras que encontramos sin ninguna dificultad, y anotamos todo lo que parecía de interés y se consideró importante para nuestros fines.

Durante nuestra acampada en la zona pudimos cazar jabalíes, ciervos, numerosos conejos y alguna perdiz. Pescamos en el río y también se recolectaron habas y guisantes que se incluyeron en los guisos, que disfrutamos con una enorme satisfacción. Cuando la tripulación de un barco está en tierra, una comida bien cocinada y con alimentos frescos y variados, es casi el mejor de los placeres que se pueden disfrutar.

Es momento para comentar las preguntas que nos hicimos entonces, ante la muestra de dos pueblos que sin lugar a dudas gozaron de un desarrollo y un poderío incuestionables. Aunque lejanos en el tiempo, debieron dominar durante un largo periodo tierras muy amplias y muy ricas en recursos, que incluso hoy apetecemos pueblos, que como el mío se dedica al comercio, y que sin que lo entendamos desaparecieron.

Nuestros imperios vecinos, algunas veces amigos y otras enfrentados, como son los Asirios, Egipcios, y también los Hicsos, no siempre fueron tan poderosos. Sus habitantes han ejercido, por interés o por la fuerza, su influencia sobre otras naciones próximas a lo largo de los tiempos. Nadie en su sano juicio podría entender que nuestros descendientes, con el paso de un largo tiempo, mostrasen a unos visitantes futuros cómo vivían o cómo enterraban esos pueblos a sus muertos, comentando que

habían desaparecido desde hacía tanto más o menos tiempo. Nosotros mismos, los Cananeos, hace mucho tiempo que hacemos notar nuestra presencia en tierras muy diferentes y distantes, y lo que seremos seguramente es cada vez más y más ricos y poderosos. Dicho esto, no podemos entender cómo o por qué nuestros iguales cuentan, que a su llegada a estas tierras son recibidos por una población que es completamente ajena, en recursos, intereses y evolución, a quienes formaron los pueblos que hemos visitado.

Regresamos al poblado, festejamos durante dos días, sin reposo, y hartos de comer y de beber, la felicidad mutua de nuestro encuentro y después de un día más de tranquilidad y preparativos nos hicimos a la mar. Rumbo a Poniente, navegando a escasa distancia de la orilla.

Aprovechamos, durante casi todo el tiempo de luz, una brisa favorable que nos entraba por la popa, y aunque era suave, llenaba nuestra vela impulsando a Therso con una marcha apacible y constante, sobre una mar prácticamente en calma.

Recuerdo perfectamente cómo nos llamó a todos la atención el hecho de percibir que el litoral, y hasta donde nuestra vista alcanzaba también al interior, estaba densamente ocupado por varios grupos de casas lo suficientemente distantes entre sí como para no formar poblados, y a la vez tan cerca unos de otros como para presumir que la convivencia sería apacible entre todos ellos. Tuvimos la ocasión de contrastar que era así, más tarde, cuando decidimos pasar el invierno entero en Malaka, visitando nosotros mismos los lugares que nos provocaron alguna curiosidad, o para recoger toda aquella

información que nos fue posible sobre otros de los que tuvimos referencias sugestivas.

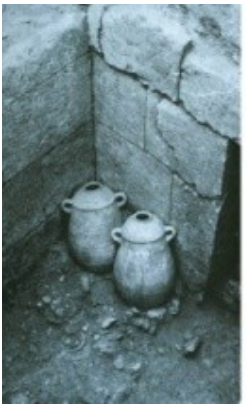
Desde el enorme cabo que bordeamos al divisar estas costas, hasta el estrecho que atravesaríamos más tarde para salir al tenebroso mar que afrontaríamos en su momento, toda la zona estaba extensamente poblada y por gentes de muy diferentes procedencias que habían logrado vivir pacíficamente, y debían de estar seguros de que seguiría siendo así, porque eran realidades más que sorprendentes, la total ausencia de fortificaciones y la de gentes armadas.

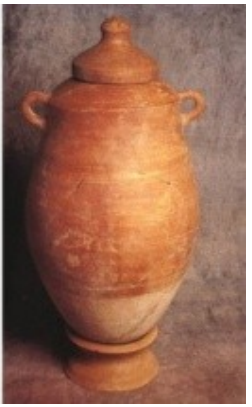
Pudimos ver que aproximadamente a la distancia de un día de navegación para llegar a Malaka, en la bocana de un río se estaba construyendo un puerto de atraque, empleando sillares de un considerable tamaño, y que por encima de éste se encontraba un poblado a simple vista muy importante (a escasa distancia ya vimos otro igualmente amplio, situado en lo alto de una colina sobre la mar, cuya posición podría ser más estratégica desde un punto de vista defensivo, o sencillamente mejor situado, si las intenciones eran poder otear el horizonte buscando barcos de interés, bancos de peces, o incluso las enormes ballenas que aseguran que alguna vez se cazaban.)
http://www.raco.cat/index.php/Pyrenae/article/viewFile/164892/260048 **(Yacimiento de las Chorreras)**

Le he pedido a mi escriba que más adelante me recuerde que tengo que volver a comentar con más detalle, sobre este poblado y puerto a los que estoy haciendo referencia, y también hacer mención de los espléndidos enterramientos que no hace mucho tiempo tuvieron lugar en este paraje. Una muestra de poderío

ofrecida por quienes sin ninguna duda consideraron estas tierras desde entonces ya como las suyas y la de su descendencia, continuando vinculados a sus raíces y creencias, pero habitantes ya para siempre de esta parte de la mar tan lejana de sus orígenes.

http://es.wikipedia.org/wiki/Toscanos **(Toscanos)**





Hipogeos de Trayamar (Vélez-Málaga- Málaga).

http://es.wikipedia.org/wiki/Necr%C3%B3polis_de_Trayamar **(Trayamar)**

Tal como lo habíamos decidido, no atracamos en ninguno de aquellos poblados que divisábamos, aunque llamaban poderosamente nuestra atención, ni tampoco fondeamos en ninguna de las muchas calas que tiene gran parte de este territorio. Atravesamos una ensenada en la que desembocaba un río y se destacaba una suave colina que llegaba a la mar, y que una vez más estaba coronada por un asentamiento de casas, y lo que nos pareció un pequeño templo en su parte más alta. Fue cruzar la ensenada, y como había indicado Baalbazer, encontrarnos en frente de un río caudaloso con amplia desembocadura, y en su delta una isla en la que se veía el núcleo principal de los edificios más importantes, que correspondían a la colonia de Malaka. Dirigimos nuestro barco a su muelle y comprobamos que nos esperaban para ayudarnos con la maniobra de atraque, a la vez que proceder con las formalidades habituales. Fueron estas mucho menos engorrosas que las sufridas en Útica, dado que los documentos que de allí traíamos, ya clarificaban mucha información sobre nuestro barco, y porque, con toda seguridad, la rigidez administrativa de aquella colonia nada tenía que ver con la forma de vida que encontramos aquí, sin saber si es la afabilidad de la clase dirigente la que se transmite a los habitantes de la colonia, o la de los habitantes, que con una envidiable prosperidad y la ausencia de problemas o de intrigas, infunden a los dirigentes, siendo éstos el fiel reflejo de ese estado de ánimo que se percibía inmediatamente.

Terminó la tarde y parte de la noche con una visita a la taberna del poblado donde nos desquitamos de las ansias, que sin saber por qué, a todo marino le entran por beber cerveza o vino (o las dos cosas) cada vez que llega a puerto.

Baalbazer, Mattán y yo mismo nos alojamos en las habitaciones de unos allegados de Baalbazer, donde fuimos acogidos, como es la costumbre, con toda clase de atenciones, que seguro devolveríamos con creces en la forma de algún regalo oportuno, y desde ya, con las noticias, las novedades y los chismorreos, bastante actualizados, de nuestras ciudades de origen. No había ninguna prisa para nada porque finalizaba ya el periodo favorable para la navegación segura, y aunque nuestra intención, ya comentada anteriormente era no acatar este condicionante, pasar una cómoda temporada en Malaka, preparándonos para el inicio de una nueva etapa fuera de nuestra mar conocida (o eso creíamos), y recabar desde aquí toda la información que fuera posible sobre otros emplazamientos de nuestras gentes o indígenas, de la costa y del interior. Revisar y avituallar nuestro barco, podía necesitar, tomándolo con la debida calma, un tiempo que seguramente reconfortaría bien a nuestros espíritus, e incluso podría servir para que por última vez, si alguno de la tripulación quisiera abandonar, poder hacerlo con unas condiciones favorables para tomar cualquier decisión a la que optase. Hasta aquí podía considerarse (también desde Gadir, pero no era seguro que atracáramos en esa colonia) que el ir y venir de nuestros barcos era bastante frecuente, y si ésta era su decisión, en el plazo máximo de seis o nueve Lunas, podría estar navegando de vuelta a su hogar.

Por mi parte, recuerdo como si fuese ahora y con una indescriptible añoranza, como se agitaba mi mente alimentándose con todo lo que había vivido hasta aquí, con lo acertado de mi decisión, y con lo que estaba seguro que me tocaría vivir, llevando adelante nuestro proyecto con todas sus consecuencias.

Recreación de una parte de Malaka según J. M. Gambero.

(Desembocadura del río Guadalhorce - Málaga)

http://es.wikipedia.org/wiki/Cerro_del_Villar

En mi residencia de Ushu, finales del cuarto año del reinado de Pigmalión.

¡Qué lejos está todo lo pasado! y sin embargo puedo recordar muchas situaciones de las que pasamos tal como si me hubieran ocurrido ayer mismo. Curiosamente intento recordar algo que hice hace tres o cuatro días, y puede suceder que no logre en forma alguna encontrar una respuesta.

Todos los negocios contemplan invariablemente un componente de riesgo y suerte a partes iguales, pero especialmente aquel negocio que está vinculado a la mar y supeditado a ésta en todos sus aspectos, se encuentra siempre mucho más condicionado que cualquier otro.

No quiero quejarme por encima de lo aceptable. Mis barcos siguen hasta ahora, prácticamente a partes iguales, llevando a cabo las singladuras para mis propias gestiones de compra y venta, y realizando el transporte de mercancías de otros, por el que recibo una comisión sobre el valor total de la mercancía. Casi siempre es así para los clientes permanentes de nuestra Bit Karum. Hemos tenido, como todos los armadores, algunas cargas perdidas en su totalidad o parcialmente, ya fuese por las condiciones de la travesía o por los asaltos de piratas, y no siempre el seguro cubrió el total del valor de lo perdido, pero como ya digo, haciendo balance hasta los días presentes, los resultados son más que positivos, y mi situación económica es privilegiada. Si no ejerzo más influencia política en mi ciudad, es porque siempre ha sido la intención de la familia el mantenernos a una prudente distancia de los focos del poder, que al igual que

te generan favores, se suscitan envidias que no sabes cuándo o cómo van a reclamar su contrapartida.

Aún flota en el ambiente la marcha de Elisa, con los motivos que la forzaron y la inestabilidad que se creó, pero Pigmalión reina con la fuerza necesaria para que las perniciosas intrigas no lleguen a prosperar. Nuestros vecinos pactan acuerdos, unas veces mejores para unos y otras para los otros, y aunque no se pueda decir que los tiempos son todo lo bueno que quisiéramos para los negocios ¿Alguna vez lo son?

Mañana viene el escriba y comenzaré a detallarle todo lo que tuvo que ver con nuestra estancia en Malaka, y las características a destacar de esta colonia, tan a Poniente de esta ciudad de Tiro, en la que me encuentro.

Son numerosas las circunstancias en que he podido comprobar, aun en conversaciones con hombres que se debe suponer que están documentados, y la ignorancia de la que en muchas ocasiones dan prueba, cuando se manifiestan sobre la forma en que creen que nuestros comerciantes hacen sus negocios con los pueblos que se encuentran en el otro extremo de esta mar, que desde hace tanto tiempo surcan un elevado número de nuestros barcos y que anteriormente, aunque fuese de forma muy reducida, ya surcaron marineros de otros pueblos, de los que tuvimos los Cananeos ocasión de aprender algunos oportunos conocimientos, que hasta el día hoy seguimos aprovechando.

Están muy equivocados quienes creen que la noble actividad del comercio la realizan nuestras naves poco menos que haciendo trueques, con los productos que nos interesan y aquellas baratijas que entregamos de forma

ceremonial, sea en las playas en que varan o en algunos puntos propicios para el encuentro. Esto solamente ha sido válido para establecer los primeros contactos con los pobladores de aquellos lugares remotos a los que hemos llegado, y continúa siendo muy válido incluso hasta hoy mismo, pero únicamente para esos primeros momentos. Para nada sería rentable una expedición que basándose en estas prácticas, tuviera que ocupar todo el tiempo que necesitase, hasta volver con las bodegas suficientemente cargadas.

Fueron nuestros antepasados, en una época ya en el olvido, los que recorriendo la inmensa mar hasta sus confines localizaron los lugares más convenientes para establecer los primeros asentamientos adecuados, y con las argucias comentadas, tener un conocimiento lo más pronto y acertado posible de los minerales que podían encontrarse en esas zonas, pero ya desde los tiempos en que mi abuelo y sus socios, sino antes, comerciaban en esas lejanas tierras, y lo hacían con gentes con nuestro mismo origen, aunque ya ellos o sus padres hubieran nacido en las colonias, pudiendo incluso no conocer los lugares de donde procedían, pero lo hacían hablando en un idioma común y ajustándose a nuestras costumbres.

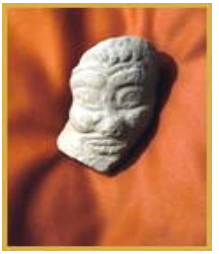
Malaka es un ejemplo perfecto para lo que he comentado, y todo lo que voy a contar sobre esta colonia, en esta parte de la descripción que estoy haciendo de nuestra expedición, también va a servir para clarificar en lo posible las equívocas ideas de mis coetáneos, y de todos aquellos que en algún momento tengan ocasión de leer estos escritos.

Cuando nuestro barco atracó en su puerto, Malaka era todavía una colonia de reciente fundación, aunque no

lo aparentara así por el periodo tan reducido que había necesitado, para convertirse en la ciudad prospera que encontramos.

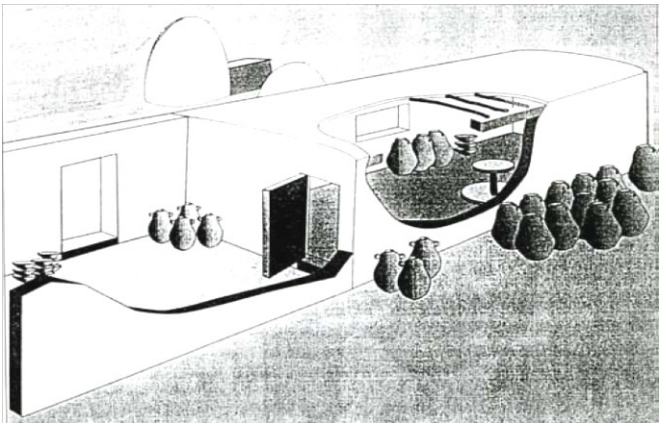
El núcleo principal de la colonia se estableció en una isla que se encuentra en la margen derecha de un río navegable tierras adentro -el más importante en toda esta zona- con una extensión aproximada de un tercio de la de Tiro y en la que en un cortísimo tiempo se había ocupado en toda su superficie con buenas casas, que daban prueba de la prosperidad de sus ocupantes, talleres de alfarería, vidrio y joyería de lujo, hornos de fundición y forja de metales, Bit Karum con distintas especialidades, que se ubicaban unas próximas a otras, como es la costumbre, a lo largo de la amplia vía principal, tabernas y posadas para el alojamiento de los viajeros, así como edificios para el almacenamiento, un varadero y un astillero donde se construyen nuestras conocidas barcas de pesca, y un pequeño templo dedicado a Melqart y a la diosa Tánit. La isla carecía de cualquier muestra de zona de cultivo agrícola o cría de ganado. El acceso desde tierra firme se hacía forzosamente con barcas dedicadas a este fin, sobre unas aguas poco profundas, transportando tanto personas como mercancías, con una actividad considerable.

Área de excavaciones.



Dios Bes y

Escarabeo basculante en plata procedentes de Malaka.



Recreación de un horno alfarero en Malaka (J.M.G.)

En tierra firme, a una y otra margen del río y hasta donde la vista se pierde al interior, se suceden todas las manifestaciones que atestiguan el asentamiento de una colonia Cananea revestida con todos los elementos que determinan su decidida intención de perdurabilidad, identificándose y mezclándose con las gentes del lugar, pero sin que lleguen a perderse sus señas de identidad, manteniéndose en estrecho contacto, interesado, con la metrópoli.

Se repiten en tierra firme todos los elementos comentados, con excepción hecha de las Bit Karum. Encontramos todas las ocupaciones propias de cualquier pueblo Cananeo del entorno de las ciudades como Tiro o Sidón, con la particularidad de que algunas de las actividades que hemos aportado a estas tierras, todavía siguen llamando la atención de los pueblos del interior.

En la margen del río, a lo largo de un buen tramo de una de las riberas, se ha instalado una importante factoría para la elaboración de la salazón de pescado y la producción del garum. También próximo a la margen, pero hacía el interior, se encuentra un conjunto de piletas dedicadas al tinte de los tejidos (incluido el color púrpura) y al tratamiento de las pieles.

http://es.wikipedia.org/wiki/P%C3%BArpura#P.C3.BArpura_de_Tiro **(Datos sobre la púrpura).**

Factoría de salazón de pescado (Almuñécar - Granada).

En tierra firme, en la vega por la que discurre el río, se aprecia la roturación, hecha con el útil de arar traído hasta aquí por nuestros colonos, de amplias zonas de suelo agrícola, en la que se hacen notar los árboles frutales, el olivo, las vides, cereales y legumbres, y en general todos los alimentos que nos son comunes en la metrópoli.

Abundan las vacas, cabras, conejos y ovejas. Se ven corretear a las gallinas y hacer distintos trabajos a los asnos, que por primera vez se trajeron a estas tierras en nuestros barcos, al igual que los cerdos que de tanto provecho son.

Todo transmite al viajero, que llega hasta aquí, una sensación de bonanza, que se termina por confirmar con creces durante el tiempo que se queda para realizar sus tratos, llevando a muchos visitantes a establecerse de una forma permanente, lo que está ocasionando que su crecimiento sea tan importante.

Esta colonia para nada ha tenido en el motivo de su establecimiento la presencia de minerales o metales preciosos, que son inexistentes en las proximidades de esta zona, y aunque las Bit Karum aquí establecidas participen en los tratos que se hacen para su envío y venta en lejanas ciudades, su economía está fundada en las actividades comentadas, que son propias y comunes a los asentamientos colonizadores.

Muy pronto, de la mano de Baalbazer, fuimos Mattán y yo estableciendo válidas relaciones de amistad e interés con las personas más destacadas de la colonia, así como con algunos que otros personajes que por sus particularidades personales o por sus conocimientos atrajeron nuestra curiosidad, y pasábamos muchos días manteniendo conversaciones sobre todos los temas que nos eran muy instructivos, haciendo al principio cortas expediciones, motivadas ora por el interés, ora por el sencillo placer de conocer los lugares que nos anunciaban como de gran belleza u originalidad.

Himilcón se ocupaba de distribuir los turnos en los que nuestros compañeros se repartían el mantener su presencia en el barco, o pasarla en un albergue que contratamos en tierra firme con ese fin, no dejando en ninguna circunstancia de hacer a diario las labores de mantenimiento que Therso siempre reclama, así como los repasos y reparaciones que se programan cada vez que se prevé una varada prolongada. Un calafate del lugar nos comentó lo conveniente de embarcar un tipo de ancla que nos sería mucho más práctica que las que teníamos, cuando fondeáramos más allá del estrecho. Atendimos su consejo y debo reconocer que acertamos de pleno y agradecimos su recomendación.

Con casi todos los conocidos que hacíamos, las conversaciones nos aportaban una valiosa información, pero tal como podía esperarse, las que mantuvimos durante nuestra permanencia en Malaka con Abibaal, el responsable de la Bit Karum en la que gestionamos el pagaré que Zakarbaal nos había entregado, estaban con seguridad bien documentadas y poco propensas a las fantasías o la exageración, que son tan frecuentes entre las gentes vinculadas de una forma u otra con la mar.

Nos habló con detalle de colonias, que como Gadir en este lado de la mar, en la época de las expediciones, antes incluso de que reinase el Gran Hirám, se habían establecido en la costa de enfrente -que desde aquí podíamos ver algunos días, a este lado y más allá del estrecho-, y que habiendo prosperado hasta límites comparables a los de nuestras principales ciudades en el Oriente, mantienen un contacto regular con éstas, pero su independencia administrativa y de gobierno es total y el comportamiento y las costumbres de sus habitantes han

sufrido tal cantidad de cambios que a veces se diría que sus orígenes no parecen Cananeos. Nos recomienda Abibaal que el día en que decidamos iniciar nuestra singladura por la mar, más allá del estrecho, navegando al Norte hasta nuestro objetivo, lo hagamos sin pasar un tiempo, ni siquiera atracar, en Gadir, como aparentaría ser lo más lógico, ya que es tal el número y contenido de las leyendas que circulan entre los marineros que podría afectar al ánimo de nuestra tripulación, e incluso de nosotros mismos, hasta el caso de llevar a abortar nuestra expedición o tener que emprenderla con una parte de la tripulación sustituida por otra de conveniencia, enrolada precipitadamente en el lugar.

No somos mi hermano y yo de naturaleza muy influenciable, pero viniendo de quien venía este oportuno consejo, con el respeto que ante nuestros ojos se había ganado, decidimos que íbamos a obedecer sus sabias indicaciones. Coincidiendo con la eventualidad de nuestro retorno atracaríamos en Gadir, y si en ese momento concreto era pertinente, en alguna de las colonias de la otra costa, que hoy está enfrente, y que en esa ocasión se encontrarán situadas a estribor, antes de que volvamos a cruzar el estrecho, ¡Melqart lo quiera! de regreso a nuestros hogares.

No voy a extenderme demasiado -no sería raro que me olvidara o incluso me confundiese al dar detalles- pero comentaré las expediciones que recuerdo, de las que hicimos durante nuestra estancia en Malaka, todas tan insignificantes a la hora de causarnos sorpresa o interés, en comparación con los tenidos, en las que he contado con anterioridad, visitando aquellos antiguos poblados

mineros con los habitantes de la colonia a la que llamaban Baria.

Por la misma costa, a Levante y como habíamos podido distinguir mientras navegábamos hacia Malaka, visitamos varias colonias, independientes en todos los sentidos entre sí, fundadas con poca diferencia en el tiempo, con indudable intención colonizadora, que un tanto más o menos pobladas y en estrecho contacto con los poblados indígenas que se encuentran muy próximos, llevan una forma de vida que seguramente era la buscada por aquellos que las fundaron, cansados o huyendo de situaciones siempre inestables o inseguras, y que hoy sus descendientes consideran la mejor manera posible de vivir.

Algunos detalles, sobre todo en lo relativo al culto a los muertos y sus enterramientos, nos recuerdan que si todos los barcos y la mayor parte de la tripulación son Cananeos, muchas veces solo actúan como medio de transporte contratado, por gentes de procedencias no lejanas a Tiro, que vienen a establecerse en estas tierras.

Al interior, utilizando los pasos conocidos entre las montañas que tan próximas están de la costa, tuvimos ocasión de visitar varios poblados de gentes locales, que tenían solamente algunos contactos esporádicos con las de nuestras colonias, por no tener interés para una o para las dos partes, pero que en cualquier caso la cordialidad y respeto mutuo son siempre la nota predominante.

Puedo destacar, que a no mucho más de dos días de marcha, coronando hacia el Norte las montañas que más próximas están a Malaka, dominando una campiña cultivada, con numerosos sembrados, árboles frutales y

árboles para el aprovechamiento de su madera, gran variedad y cantidad de animales domésticos y salvajes, visitamos un lugar sagrado construido con enormes bloques de piedra que nos aseguraron eran las tumbas de los antepasados de quienes vivían ahora aquí, y contaban que para su colosal construcción habían sido ayudados por gigantes, que siempre colaboraron con ellos, hasta que un día, sin saber por qué, desaparecieron.

Entrada al Dolmen de Menga.
(Antequera – Málaga).
http://www.juntadeandalucia.es/averroes/sanfaustino/megalitos/megalitismoandaluz/antequera.htm **(El Torcal de Antequera)**

Más al interior, siguiendo esta misma ruta, quiero recordar que como a ocho o diez jornadas de marcha desde Malaka, Baalbazer nos llevó hasta una colonia fundada por Cananeos como nosotros y otras gentes vecinas que se establecieron en una inmensa y rica campiña, en la proximidad de un caudaloso río, con muy poca diferencia en el tiempo a la fundación de Malaka.

Desde entonces prosperaban a ojos vista, aumentando su población y sus bienes, y era curioso como mantenían una relación escasa con las colonias de la costa, y una relación fluida con pueblos situados a Levante, de las tierras adentro como las de ellos, y especialmente con pueblos indígenas del interior, a Poniente, como era el caso del que procedía Baalbazer, y que tal como él nos contó cuando llegó el momento, las gentes de estos pueblos eran poseedores de muchas minas de minerales y de metales preciosos, que sabían trabajar con mucho conocimiento y destreza, logrando armas, adornos y toda clase de utensilios de gran belleza y valor.

(**http://es.wikipedia.org/wiki/Tartessos**)

Ocupaban todos estos poblados una extensión muy amplia, estando diseminados entre ellos, aunque acataban una autoridad única a la hora de discernir sobre los conflictos, o para tomar la representación de todos cuando se establecía algún acuerdo con otros pueblos, como había sido el caso en las oportunidades en que se produjeron los contactos iniciales con los responsables de nuestras primeras expediciones a estos lugares, en busca de lo que aquí se encontró en considerable abundancia, y tan reclamado y tan escaso se había convertido ya para entonces en todo el Levante, del que habían salido nuestros antepasados a la búsqueda de los codiciados metales. El oro y la plata.

Tal como convenimos Mattán y yo mismo con Baalbazer, no se justificaba con ningún sentido efectivo para nuestra expedición el contacto con estos pueblos, ya que desde hacía mucho más tiempo del que podíamos acordarnos, las relaciones artesanales y todos los acuerdos comerciales estaban firmemente establecidos, entre las

gentes de estos lugares y las nuestras, que se encontraban en las colonias de Gadir, y aún más a Poniente, donde llega a la mar el río más grande que se conoce por todas estas tierras, y otros menores pero también navegables, portadores ellos mismos de oro y otros metales que se encuentran en las arenas de sus lechos.

Los meses que pasamos en Malaka nos ofrecieron a todos una clara idea sobre la vida que se llevaba al menos en las colonias de esta zona de la mar, que como he dicho no era fácil de imaginar, por mucho que te lo contaran, desde la distancia y el condicionante de los que vivimos en ciudades que están tan sujetas a los cambios de todo tipo, que en algunas ocasiones se producen sin que se dé el menor signo de apercibimiento para que puedas afrontar sus consecuencias. Yo tenía por cierto, que si los dioses lo permitían, volvería de esta expedición y terminaría mis días en Tiro, pero empecé a entender que aquellas familias que se decidieron a intentar un progreso rápido, viviendo en un ambiente de tranquilidad, trasladasen sus personas, sus bienes y sus esperanzas a estas tierras llenas de oportunidades.

Correspondió nuestra estancia con el periodo más frío y lluvioso del año, pero aun así puedo recordar la bonanza general de unos días plenos de claridad, que nos permitían llevar vestimentas ligeras y que nos animaban a hacer, por mar o tierra, las visitas que programamos y a realizar los trabajos en el barco que ya he repetido tantas veces.

Podría pareceros que estuviese exagerando algo las cualidades que adornan a esta colonia, pero en verdad eran muy envidiables las sensaciones que se percibían.

Además del mantenimiento, equipamos a Therso con dos velas nuevas más pequeñas y resistentes que las que traíamos. Con el modelo diferente de ancla que nos recomendaron, y toda la clase de cuñas, de tablazones, de paquetes de estopa, brea…, y con todo aquello que recomendaba la navegación por una mar sobre la que nos aseguraron que iba a castigar duramente a nuestro barco, poniendo con frecuencia a prueba nuestras capacidades y resistencia.

Pertrechamos a conciencia el barco previendo no solo sus necesidades, también pensamos mucho en las nuestras, embarcando con generosidad gran variedad de alimentos, bebidas, ropas y mantas.

También hicimos acopio de objetos de adorno, cerámicas, armas y otros que pudieran ser deseables como regalos de bienvenida o con motivo de los trueques, y una cantidad prudente de oro y plata en lingotes, que Abibaal nos entregó a cuenta del pagaré, y cuyo saldo restante retiraríamos a nuestra vuelta.

Todo iba preparándose, y aunque sin prisa, el final de nuestra estancia se presentaba inmediato, creando el desasosiego propio que se produce cuando ya te has habituado a un lugar y a una rutina. Incluso a nuevas amistades, nuevos amores, nuevas situaciones que solo superas cuando tienes claro que los motivos, que te han hecho llegar hasta aquí, son tan fuertes como para continuar hasta que el final que se persigue se cumpla.

Temprano, una apacible mañana, después de haber cumplido con el ritual propio de las despedidas de los nuevos amigos, los sacrificios hechos por la tripulación entera, así como los particulares de cada uno a los dioses,

iniciamos la siguiente singladura a Poniente, confiados en que nuestros deseos se lograrían.

Baalbazer, después de cambiar más de una vez de criterio, decidió quedarse en Malaka, donde al parecer había solucionado los asuntos pendientes que pudiera tener, aunque nos aseguró que iría a terminar sus días tierras adentro, en el pueblo del que procedía. Para todos supuso una separación dolorosa, puesto que todo nos hacía suponer que aunque volviéramos a atracar en esta ciudad a nuestra vuelta, él podría no estar ya por estos lugares. Su compañía nos fue beneficiosa desde el primer momento que decidimos formar un grupo, y ahora, sabiendo que nos dejaba, nos proporcionó otra nueva ayuda, que muy pronto tuvimos ocasión de valorar en su justa medida. Tanto Abibaal como Baalbazer no perdían oportunidad de hacer hincapié en las diferencias, que se convertirían en adversidades, que encontraríamos al navegar una mar totalmente desconocida para nosotros, incluyendo a nuestro capitán Himilcón.

Nuestro barco, la tripulación y su capitán reunían las condiciones necesarias para lograr afrontar con éxito cualquier hazaña que nos propusiéramos, pero Baalbazer pensó que una ayuda adicional no vendría mal y actuó en consecuencia. Obtuvo mi aprobación inicial, y nos reunió a mí mismo, a Mattán y a Himilcón con un hombre que procedía de uno de los pueblos que se encontraban más allá del estrecho que atravesaremos.

Pueblos que antes de nuestra llegada con barcos mucho más grandes y resistentes que los que ellos construían, ya navegaban aquella mar, y no cuando las condiciones eran las más propicias, sino cuando lo era la

pesca de la que dependían para su sustento y para los trueques que hacían con pueblos asentados al interior.

Se llamaba Culcas, un hombre de mediana edad, de pequeña estatura, que desde los primeros momentos confirmó el carácter, bondadoso y alegre, que nos anunciaba la expresión de su rostro. Toda su familia, conocida y respetada por Baalbazer, se dedicaba desde siempre que recordaran a la pesca, y eran conocedores de todo lo que se puede saber sobre la mar y los lugares propicios en todo el litoral que se encuentra, entre el gran río que desembocaba al Sur, y el otro igual de importante cuyas aguas veían al Sol ocultarse en la mar, cuando terminaba el día. Incluso, aunque ahora no nos importara, algún conocimiento tenía también sobre las costas, la mar y las ciudades que se ven enfrente de las suyas.

Himilcón y Culcas pasaron varios días completos comunicándose sus conocimientos, preguntándose y respondiendo con camaradería y franqueza todo lo que les interesaba, creándose un lazo de amistad que dio forma a un trato cordial entre iguales que se respetan y admiran mutuamente. Mattán y yo nos alegramos que así ocurriera, y agradecimos el acierto, una vez más, de los quehaceres con los que Baalbazer nos benefició.

En las reuniones mantenidas Culcas aportó gran parte de su conocimiento, y antes de iniciar nuestra singladura ya sabíamos que cruzar el estrecho era en sí una dificultad a vencer, y que la navegación en general a lo largo de la costa, que pretendemos remontar para llegar a nuestro destino, no iba a ser tarea fácil, y en todo caso sería una clase de navegación muy diferente a la que habíamos hecho, y que era la única que se conocía por nuestros capitanes y hombres de mar en general.

A grandes rasgos teníamos que estar preparados para navegar una gran parte del tiempo con vientos del Norte, que pueden alcanzar una fuerza considerable, y que nos obligarán a maniobrar continuamente dando bordos, cuando no a utilizar los remos. La niebla va estar presente muchos días durante las mañanas y al caer la tarde, y la agitación de esta mar, a diferencia de la que conocemos, será casi constante.

Todo lo que nos comentaban, nos hizo entrever que la navegación sería casi siempre próxima al litoral, constantemente atentos para fondear en los muchos casos que las circunstancias nos obligarían a hacerlo. El navegar en la mar abierta, con seguridad se resumiría a algunas jornadas concretas, cuando las condiciones fueran muy favorables.

Contra lo que pudiese considerarse más lógico, toda la tripulación, a la que se hacía participe de estos conocimientos, con el capitán Himilcón a la cabeza, no aparentaban un grado de preocupación acorde con esta parte de la expedición que nos disponíamos a iniciar, y puedo recordar, que era un sentimiento de expectación y de ambición de aventura, el que predominaba entre los hombres.

Zarpamos de Malaka al amanecer con un viento favorable de Levante, y habiendo ignorado todo lo que en la costa pudo llamar nuestra atención. Al atardecer de aquel mismo día fondeamos en una cala bien protegida, teniendo al fondo la majestuosa vista de los montes, que a modo de columnas, presiden uno y otro lado del estrecho y que nos dan paso a la otra mar, que desde ese momento navegaremos.

Pasamos dieciséis días en aquella cala cuando tras un intento de atravesar el estrecho, aun teniendo una brisa favorable de Levante capaz de hinchar nuestra vela y además ayudándonos con los cincuenta remos, nuestro barco apenas era capaz de avanzar, no pudiendo vencer la corriente que corría en contra. No sabíamos durante cuánto tiempo tendríamos que seguir luchando contra esas condiciones adversas, y no estando presionados por nada, desistimos de seguir adelante, planificando mejor la travesía. Esperamos los días comentados, haciendo todo tipo de ejercicios físicos para lograr corregir los efectos perniciosos de aquella vida acomodada durante nuestra estancia en Malaka, y todo tipo de maniobras con el barco. Cuando en la mañana del día dieciséis, el viento de Levante empezó a soplar con fuerza, estando como cada día dispuestos para ello, iniciamos la singladura con el rumbo a Poniente y atravesamos con esfuerzo, gozo y temor contenido, el complicado estrecho.

Dejábamos a Levante las erguidas colinas que delimitaban una y otra mar, y nada cambiaba en nuestro barco, en nuestras personas, ni tampoco en nuestros ánimos. Seguíamos navegando, y salvo haber perdido de vista el litoral que teníamos al Sur, nada extraordinario nos sucedía. Si aparentemente esto era así, puede que las leyendas que difunden quienes han navegado estos mares, no tengan otro fin que atemorizar a cuantos marinos osaran aventurarse a surcarlos, a la busca de los posibles beneficios. Pronto íbamos a saber lo equivocada que era nuestra precipitada reflexión.

Aquel día navegamos durante un largo periodo de tiempo, con la tensión acumulada, y la fuerza del viento que fue en constante aumento, hasta que bordeamos un

pronunciado cabo y a partir de ese momento nuestro rumbo empezó a orientarse al Norte y decidimos fondear en una ensenada, en la que desde nuestro barco la vista alcanzaba un amplio tramo de costa y de tierra adentro.

Apenas a medio día, durante la navegación de la jornada siguiente, fue cuando nuestro vigía, desde la cofa, nos señalaba a Poniente la presencia de dos velas que sin lugar a dudas se dirigían a nuestro encuentro.

De una forma muy velada, porque prometí no hacerlo ni así, diré que nos proveímos de un artilugio fabricado con un aro, tela de vela y forma de cono, que llamaban quienes lo poseían en secreto ancla flotante, que no lo llegamos a utilizar, pero que nos aseguraron que sumergido por la proa hasta una cierta profundidad, hubiera tirado de nuestro barco aprovechando una fuerte corriente existente en las profundidades pero que no se notaba para nada en la superficie. No llegamos a comprobar si esto era realmente efectivo. ¡Olvidemos este asunto que prometí no revelar!

Estrecho de Gibraltar

Vista aérea de la Bahía de Cádiz.

Eran dos barcos pequeños, de los que se utilizan lo mismo para la pesca, que para llevar cargas o personas entre localidades próximas, muy ligeros y marineros con una vela triangular que era tan fácilmente orientable, que su maniobra resultaba sorprendente para quienes no los conocían. Se abarloaron a cada una de nuestras bandas y dos de sus tripulantes subieron a nuestro barco.

Un Dhow (época actual).

Eran dos hombres Cananeos, de porte noble y edad respetable uno, joven y con buen aspecto el otro. Un funcionario de la administración perteneciente a la ciudad de Gadir con su ayudante y escribiente, que de una forma aparentemente poco convencional, iban a cumplir con su función, que ahora detallaré.

Aunque nos preguntaron sobre todo lo que se pueda preguntar en una circunstancia como ésta, era un puro formalismo tendente a confirmar nuestra voluntad de colaboración y la veracidad de nuestras afirmaciones, ya que puedo asegurar que conocían sobre nosotros, y sobre nuestra expedición, todo lo que les interesaba saber. Sino desde Útica, al menos desde nuestra llegada a Malaka, eran conocedores de todas nuestras intenciones, habiendo recibido la información, de manera más formal, por personas como Abibaal u otros principales de la colonia, que llegaron a hacerse nuestros amigos, o de una manera algo menos formal, pero igualmente efectiva, recopilando murmuraciones en las tabernas, al compartir vinos y cervezas con cualquiera de los miembros de la tripulación, que seguramente, unos más y otros menos, pero todos terminan por contar lo que saben, ante un hábil compañero de mesa, preparado para estas labores.

En resumen, puedo recordar que mostramos el escrito de nuestra llegada a Útica, la documentación que probaba nuestra solvencia económica, gestionada en Malaka por Abibaal, información completa sobre las familias de un gran número de los miembros de nuestra tripulación, de Himilcon, mi hermano y yo mismo. Ofrecimos una hospitalidad en todo refinada y exquisita, reconociéndoles su grado de importancia tanto con los productos que se sirvieron en la mesa como en los platos,

copas y jarras que usamos como servicio, y el obsequio que hicimos a uno y otro de dos anillos de manufactura egipcia, los dos hechos de plata, que agradecieron con sinceridad y entusiasmo.

Manifestamos nuestra intención de no atracar en Gadir ni tampoco en Onuba, y esto les produjo una gran satisfacción porque les evitaba una ingente cantidad de gestiones, pero tuvimos que compulsarlo con nuestro sello en un escrito que así lo reflejaba. En otro escrito preparado a ese fin, nos comprometíamos a dar cuenta detallada a la administración de Gadir de todos los pormenores de nuestra travesía, en particular cuando nuestro rumbo tornase a Levante, después de las jornadas que navegaríamos con rumbo Norte, todo ello una vez sobrepasado en muchas jornadas de navegación el gran cabo, que encontraremos al dejar a Onuba por la popa.

Con esta entrevista, sin haber puesto nuestro pie en Gadir ni Onuba, pudimos comprender lo riguroso del control, que desde hacía tanto tiempo, ejercían las gentes de nuestro pueblo sobre los minerales que se explotaban en estas tierras, y sobre la abundancia y regularidad del abastecimiento, que nuestros barcos proveían a la continua demanda de nuestros vecinos, y de nuestras propias metrópolis. Navegamos y fondeamos durante las siguientes jornadas sin ser molestados para nada, pero convencidos de que nuestro barco era motivo de una observación permanente, realizada desde las pequeñas edificaciones levantadas a lo largo de la costa, o desde pequeños montículos, con este mismo objetivo, y posiblemente también, aunque no tuviéramos ocasión de contrastarlo, con el de servir como guía o referencia, mediante fogatas hechas en su parte más alta, a los barcos

que navegaran de noche, o que volvieran de noche a sus puntos de atraque.

No voy a aportar muchos datos, ya que no los tuve al no visitar las ciudades, sobre Gadir y Onuba, y no por poder manifestar la escusa de que ya hay mucha información sobre ellas, porque como si de un pacto de silencio se tratara, ni en aquel momento de nuestro viaje, ni hoy que lo estoy contando, puede decirse que los conocimientos que referentes a estas colonias manejamos (incluidos mis colegas en la actividad comercial) sean amplios y eficaces. Las dos ciudades se establecieron a la orilla de dos ríos muy importantes, que permiten su navegación a las tierras del interior, aunque el río más caudaloso, y navegable varias jornadas al interior, vertía sus aguas a la mar, entre las dos ciudades, casi a la misma distancia de ambas, formando una inmensa marisma.

Ya estábamos empezando a acostumbrarnos a los frecuentes vientos de Poniente, que nos entraban por la proa, haciendo complicada nuestra navegación, pero se alternaban con otros vientos firmes de Levante o brisas costeras que nos eran propicios, y así navegamos cada día ajustándonos a las circunstancias, pero cuando llegamos al extremo más occidental de esta costa, bordeando un inmenso cabo, con lo que nuestro rumbo se convertía en un navegar continuo al Norte, en menos de una jornada se confirmó lo que nos habían advertido, pudiendo decirse que la mar y el viento se convirtieron desde este momento, y por unas cuantas jornadas, en nuestros más contundentes enemigos, haciendo que fondeásemos en la primera cala, que con todas las precauciones dimos por segura, y nos dispusiéramos a reconsiderar toda una serie de medidas a tomar.

Se afianzaron con más firmeza todas las grandes ánforas, conteniendo las reservas de comida y bebidas, y el hogar fijo a popa, así como el hecho por Azmilk que se podía transportar con facilidad al lugar más adecuado para poder cocinar, fueron modificados para hacerlos más seguros. La vela habitual se cambió por una de las nuevas, igual de alta pero bastante más estrecha. Otra de las velas nuevas se hizo aún más estrecha descosiendo dos hileras de paños y reforzando los puños. Se reforzó la jarcia firme y de labor y sustituimos el ancla por uno de los embarcados en Malaka. Todas las ropas y las mantas sobrantes se colocaron evitando que ánforas y otros elementos se golpearan entre sí, cubriendo con los fardos, en que se guardaban los productos más ligeros, todo el conjunto. Aumentamos considerablemente el peso del lastre, añadiendo a lo largo de todo el fondo las piedras adecuadas en forma y peso para este fin que recogimos en los alrededores.

Tomadas todas estas medidas y alguna más que no recuerdo, pasamos unos días, además de los empleados en estas ocupaciones, observando con el máximo interés el comportamiento de la mar en el menor de los detalles, el del viento con su fuerza y orientación durante el día y la noche, y el cielo, sobre el que pronto dedujimos que la niebla iba a imposibilitar una gran parte de los días el que pudiéramos contemplar las estrellas.

Nuestras propias conclusiones, incorporadas a las transmitidas por Culcas, quien, junto a sus efectivos conocimientos, no dejaba de regalarnos con su buen humor y talante positivos, fueron contrastadas entre todos, y tras largas deliberaciones, Himilcón trasladó a cada uno la labor que se le encomendaba.

Una mañana, como si fuera otra vez la primera para la tripulación, cuando despejó la niebla que casi a diario teníamos, abandonamos el fondeo a remo, con el palo desnudo, poniendo el rumbo a Poniente para marcar distancia con las rocas y acantilados, y una vez a la distancia prudente, como siempre con el viento fresco soplando del Norte, realizamos la maniobra necesaria para izar la vela, y afrontar nuestra singladura paralelos a la orilla.

De forma permanente, relevándose por turnos cortos, se dispusieron a dos hombres pendientes de las brazas, que muy atentos a las órdenes constantes de Himilcón, Culcas, o sus ayudantes, orientaban la verga, adecuando la vela según la fuerza y dirección del viento. Las cañas de los timones estaban atendidas de forma constante por cuatro hombres, dos a cada una de ellas, y un ayudante añadido, dispuesto a cambiar un remo que se rompiese por causa de un golpe de mar, por uno de los de repuesto, estibados y dispuestos a la mano, sobre la cubierta. Los dos timones, a babor y estribor, gobiernan normalmente bien el barco, pero se dan momentos en que, la escora que nos provocan el viento o las olas, impiden que la pala de uno esté bien hundida en el agua, y se anule su función. Los vigías que tienen que hacer su trabajo en la cofa son elegidos entre los más aptos, porque solo así lograremos lo que de ellos se debe esperar, y que en estas condiciones de navegación supone la seguridad de todos, barco y tripulación.

En la cubierta inferior, veinticuatro de nuestros hombres están en su banco pendientes de sus remos, y atentos a las órdenes que se les van comunicando.

Eululaios y sus ayudantes, sin esperar momentos más propicios que pueden no llegar en toda la jornada, se ocupan de forma constante en la preparación de nuestras raciones de comida, frías y calientes, según está acordado, soportando ellos también unas condiciones de trabajo llenas de penalidades.

Magón, y cualquiera que puede ayudarle, recorren todo el barco para calafatear las juntas que lo requieren, insertando cuñas donde es necesario, y sustituyendo tablazones, o reparando un banco. No se sabe cuando descansa.

En resumen todos estábamos al límite de nuestras fuerzas, y lo seguimos estando durante varios días porque la distancia que cubrimos, hasta llegar al lugar de atraque previsto, que era el único con esta posibilidad y un cierto grado de seguridad, recorrida una franja del litoral con acantilados de altura tan considerables, y picos de rocas que asomaban en la mar y anunciaban peligrosos bajíos, no podía ser calculada en tiempo con ninguna lógica, pudiendo ser el periodo necesario para ello tan variable, como las circunstancias lo dispusieran.

Llegamos a la altura del lugar, y tal como nos habían comentado los informadores en su momento, y ahora Culcas ratificaba, no íbamos a tener ninguna duda para identificarlo. Así fue, apareció a proa un cabo pronunciado, y sin que necesitásemos bordearlo, la costa cambió completamente en su proximidad, apreciándose la presencia de playas llanas, de arena clara, pequeñas ensenadas acogedoras, y una ensenada mayor en la que fondeamos resguardados del tedioso viento del Norte.

Sintiéndonos bastante agotados, pero seguros, decidimos quedarnos en este lugar al menos tanto tiempo como el que habíamos empleado en llegar hasta aquí, desde que bordeando el gran cabo, nuestro rumbo se tornó completamente al Norte, y el viento no cesó de recibirse por la proa.

Dedicamos esos días a comprobar que las medidas tomadas eran acertadas, corrigiendo o mejorando lo necesario, y a volver a comer y a beber con tranquilidad. Volvimos a hablar en un tono normal y no con los gritos constantes como lo hacíamos navegando, porque era difícil escucharnos con aquel fuerte viento y la mar embravecida. A pescar y a cazar en los alrededores donde logramos piezas como el ciervo, cuya carne apreciamos en lo que se merece. En resumidas, estimando y dando valor a todas las cosas, sean pequeñas o grandes, que navegando en circunstancias difíciles, piensas que puedes no volver a disfrutar jamás.

Algunos estaban también, no pocos, cumpliendo las promesas hechas a los dioses y que podían hacerse ya, o ratificándose en los sacrificios prometidos, y que van a cumplir, cuando llegue el momento oportuno de poder realizarlos.

Tengo que hacer notar que durante los días que permanecimos fondeados, tuvimos la ocasión de ver navegar más de un barco con rumbo Norte, con las mismas dificultades que nosotros, y otros varios rumbo Sur, estos teniendo el viento a favor y una navegación placentera, todos, sin duda, pertenecientes a las flotas Cananeas, que con completa certidumbre detectaban a nuestro barco, sin que les motivara ninguna curiosidad. Todo el que navegaba esta mar había cruzado el estrecho,

y todo aquel que había cruzado el estrecho había sido controlado, con estricto rigor y seguridad, por los medios dedicados a este fin.

También nos encontramos con algún grupo de gentes que iban de aquí para allá, y vimos un pequeño poblado dedicado a la agricultura y al pastoreo -a los que adquirimos productos que consideramos ventajosos para completar nuestras provisiones- sin que nuestra presencia se hiciese notar, lo que nos daba prueba efectiva de las buenas relaciones, que al menos hasta aquí, se hacían palpables.

Pero todo lo bueno se acaba pronto, y más para quien ha apostado como nosotros, por aventurarnos en lo desconocido.

Volvimos a navegar, sufriendo la misma mar y el mismo viento, con las nieblas que tanto limitan, pero una costa cercana, segura y acogedora, totalmente diferente de la que teníamos hasta ahora, en la que los acantilados, se trocaban por suaves dunas que permitían divisar la tierra al interior, en una extensión apreciable.

Sabíamos hacia dónde queríamos dirigirnos, lo que nos íbamos a encontrar, y que no estaba desde aquí a muchas jornadas de navegación, pero ya no hacíamos ningún cálculo en voz alta, para evitar que las previsibles demoras afectasen a nuestro estado de ánimo.

La singladura para llegar hasta este puerto ha sido, como casi todo el tiempo desde que estamos en esta mar, penosa para la tripulación y una prueba constante para Therso.

Con las olas y el viento de frente, los rociones son continuos, manteniendo a nuestros vestidos, y sobre todo a nuestros cansados cuerpos, fríos y húmedos. También se humedecen, o empapan directamente, las mercancías que están estibadas en el ahuecado del tronco, o debajo de nuestros bancos. Los pantocazos son constantes y se diría que el barco se va a desguazar, dejándonos a todos a merced de las tenebrosas aguas que sepultarían nuestros cuerpos en un abrir y cerrar de ojos. Toda maniobra, como he comentado, necesita un esfuerzo continuo, que nos lleva al agotamiento en poco tiempo. Un miedo apreciable se puede percibir en toda la tripulación, pero también es verdad que cada singladura se inicia con un poco más de seguridad y confianza, en nosotros mismos y en el barco, lo que ayuda a que todo se haga mejor y nuestras relaciones vuelvan a niveles de cordialidad aceptables, ya que como se sabe, más allá de aceptables, cuando la navegación es dura, es algo inalcanzable.

Todo lo dicho provocaba, que cuando la costa era propicia, buscásemos un fondeadero quedando todavía bastante tiempo de Sol, aunque no fuese mucha la distancia cubierta ese día, para al calor de unas buenas fogatas, reconfortar nuestros cuerpos, secar todo lo posible o lo más necesario, y comer y dormir en calma y calientes.

Atracamos en un dique que nos señalaban desde tierra, y lamentando el aspecto que teníamos, aun lo corto de la última singladura para llegar hasta aquí, nos dirigimos, Culcas, mi hermano y yo, al grupo que nos recibía y que a primera vista pudimos apreciar que estaba compuesto por unos hombres cuya procedencia era Cananea al igual que la nuestra, y por otros hombres cuyo

origen debía estar en tierras más al Norte, pero que en todo caso no era Cananea.

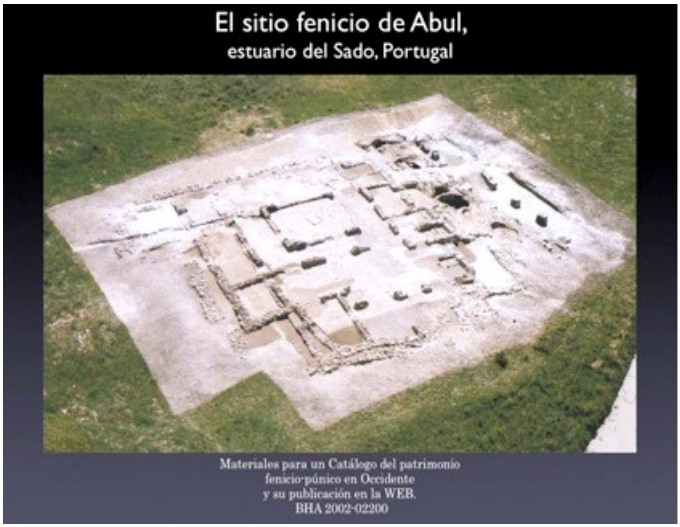
No eran, como podía esperarse, representantes de la administración de la colonia que fuesen a cumplir con las formalidades habituales, cuando una embarcación llega por primera vez a puerto, sino una representación de comerciantes de los distintos gremios que tenían su actividad en esta colonia y en otras próximas, con los que de una manera efectiva y concreta, podíamos despachar nuestros intereses, empleando solamente el tiempo que quisiéramos, ya fuese nuestro objetivo el comercio de mineral de estaño, oro o plata, pieles, sal, garum, o una importante variedad de productos para el trueque, si nuestro destino nos llevaba más al Norte buscando otros mercados.

La colonia daba muestras inconfundibles de una prosperidad creciente, en colaboración para el beneficio mutuo, con otras próximas que visitamos durante nuestra estancia, y que eran igualmente de origen Cananeo, y perfectamente integradas con los poblados de gentes del lugar, con los que mantenían un vínculo interesado, que es la base de las relaciones que más duran en el tiempo.

Al igual que ocurría en Malaka, disponían de cuantas instalaciones les eran necesarias para la extensa labor comercial que realizaban. En su templo tuvimos la ocasión de rezar a nuestros dioses (con un fervor acentuado, por motivo de lo que estábamos pasando) y hacer una generosa ofrenda, ya que era mucho el tiempo pasado desde la última vez que honrábamos así a nuestros protectores.

Cabo de Roca (Portugal).

Madre de Cartago, devuelvo el remo. (Plegaria Fenicia).
Duermo, luego vuelvo a remar. (Plegaria Fenicia).



Visitamos colonias, más o menos notables, al Norte de donde nos encontrábamos, en las márgenes de un río y un estuario mucho más importantes que al que habíamos llegado nosotros, a las que viajamos yendo por tierra, por comodidad y por mejor conocer el terreno. Igualmente a Levante, siguiendo el cauce del río, visitamos otra colonia y el poblado local vecino, teniendo ocasión, en todo lugar al que fuimos, de matizar los acuerdos sobre los que se podían establecer negocios de compra y venta por nuestra parte, con todas las garantías de seguridad necesarias.

Viajamos a diferentes zonas dónde, en casi todos los casos, obtenían el mineral de estaño en el cauce de los ríos, llevándolo a aquellos lugares de almacenamiento en que se procedía desde simplemente a lavarlo, hasta realizar todo el proceso necesario para confeccionar los lingotes de estaño, y enviarlos, desde los puntos últimos de su transporte local, a lejanos lugares, por mar o por tierra. Estos ríos también tenían oro y plata en sus cauces, pero era solo el mineral de estaño el que motivaba su explotación generalizada.

Todavía, a la distancia de muchas jornadas de penosa navegación, confirmaron que se encontraban colonias establecidas en las riberas de otros dos ríos muy caudalosos, de al menos tanta importancia, o más, que las que estábamos conociendo en este lado de la tierra, y que solamente al final de la navegación con rumbo fijo al Norte, cuando después de recorrer un escabroso litoral con una secuencia continua de lenguas de tierra, que entran en la mar, y lenguas de mar que penetran en la tierra, tomaremos rumbo a Levante para ir siguiendo la costa. Desde ese punto no se tiene conocimiento de que los Cananeos hayamos fundado ninguna colonia. Supimos que es en esa mar donde se encuentran las islas que por su abundancia en mineral de estaño son denominadas con este mismo nombre: Islas del mineral de estaño.

Desde hacía tiempo, iba tomando forma en mi interior un convencimiento, compartido tanto con mi hermano Mattán como con Himilcón, con los que maduraba las impresiones que me iban generando las experiencias propias que adquiría, como las que nos

aportaban todos aquellos, a los que reconocíamos el valor de su conocimiento y la franqueza de su espíritu.

Llegado este momento, y en consideración a las intencionadas conversaciones que mantuvimos desde nuestra venida, con todo aquel que hablábamos y que consideramos que nos podía aclarar algo, sopesamos las dos conclusiones que ahora comentaré, dedicando desde ya todos nuestros esfuerzos en ese sentido.

La conclusión primera fue que hasta aquí donde habíamos llegado, con las personas y pueblos que hemos convivido, con los minerales y otros productos que hemos contrastado sus posibilidades de comercio, serían éstas con seguridad provechosas, pero no existía ninguna práctica o mercancía, que por su novedad justificasen las intenciones que conformaban nuestra expedición, el perfil de la tripulación, ni el novedoso diseño de nuestro barco.

La segunda conclusión fue que nuestro destino, a partir de este momento, tendría que ser el de llegar navegando hasta los confines de las tierras del Norte, dónde era cierto que se podría adquirir el apreciado ámbar, directamente a los pueblos locales que nos lo proveerían, sin la mediación de otros comerciantes Cananeos, que nos hayan precedido, regulando los precios y el suministro según sus intereses.

El ámbar reunía todo lo que queríamos, alto precio, poco volumen, ligero de peso y lugares donde encontrarlo que eran aún desconocidos, pudiendo así poner a prueba nuestras artes para comerciar con otros pueblos.

Arena de una playa del mar Báltico donde se encuentra ámbar.

Pulsera de ámbar Báltica.

"Dioses, no me juzguéis como a un dios, sino como a un hombre a quien ha destrozado la mar" (Plegaria fenicia).

El reto era a la vez peligroso e ilusionante, y así lo concluyó la tripulación al termino de las reuniones que mantuvimos, comentando todos los pensamientos y observaciones que cada uno quiso hacer, decidiendo que ese era nuestro destino, y que contaríamos con el amparo de los dioses a los que, especialmente en los últimos tiempos, con tanta frecuencia recordábamos y pedíamos protección, prometiéndoles todo aquello que alcanzaba a ocurrírsenos.

Por otra parte estábamos todos convencidos de que era imposible que pudiéramos encontrarnos con unas condiciones de navegación, que fueran peores a las que estábamos sufriendo y a las que, como se podía comprobar, nos adaptábamos mejor con cada una de las singladuras. No teníamos la más remota idea sobre lo que nos quedaba por experimentar, aunque no hizo falta mucho tiempo para empezar a constatarlo.

Fieles a lo que se había acordado, al comenzar lo que era otra novedosa etapa en la que todas las tribulaciones tenían cabida, se expuso nuevamente la oportunidad de que quien lo considerase conveniente, sin necesidad de mucha explicación por su parte, ni el mínimo rechazo por el resto, anunciara su intención de abandonar aquí la expedición. Con total sorpresa, al menos lo fue para mí, Adonbaal, el maestro alfarero, manifestó su propósito de quedarse en estas tierras, donde probaría fortuna con su arte, dejando al correr del tiempo lo que haría con su vida, según le quisiera

acompañar o no la buena suerte. La despedida fue emocionante y sentida, porque ya eran muchas las penalidades y alegrías pasadas juntos, y sobre todo las primeras unen con fuerza a los hombres, en particular si la seguridad de todo el equipo depende, con tanta frecuencia, del esfuerzo común con plena entrega y sin fisuras.

La época de buen tiempo estaba tocando a su fin. La niebla era más intensa cuanto más al Norte. Quiero recordar que ni uno solo de los días tuvimos un viento favorable que nos permitiese una navegación a vela reconfortante, por contra, cuando intentábamos que el viento nos impulsara, teníamos que navegar a fuerza de dar continuas bordadas, lo que resultaba tan agotador y más peligroso que navegar a los remos, opción a la que optamos la práctica totalidad del resto de las jornadas que todavía empleamos, durante el tiempo que nuestro rumbo fue constante al Norte.

Hacíamos una navegación muy próxima al litoral, utilizando únicamente los veinticuatro remos inferiores, que normalmente no tenían dificultad para hacer su función la mayor parte de los días, en que las olas no superaban la altura de un hombre, y contaba a nuestro favor la falta de corrientes en contra, que hubieran sido el colmo de males a soportar.

Nuestro objetivo había quedado definido y nuestro interés estaba centrado en remontar la costa que nos quedase, hasta alcanzar las islas llamadas Casitérides, inicialmente el destino final de nuestro periplo, para que una vez rebasadas, poniendo rumbo a Levante, como sabíamos por las fuentes e información a que tuvimos acceso, navegar hasta las tierras en que el

ámbar se recogía en la arena de sus playas, como un don de los dioses que éstos ofrecieran a los valientes que se aventurasen a llegar a esos lejanos e inhóspitos lugares.

Vista de las Cíes desde el Monteferro.
(Ría de Vigo- Galicia - España).

Empleamos bastantes más jornadas que las previstas para dejar las islas comentadas por nuestra popa, y cambiar el rumbo. Fueron demasiados los días que pasamos resguardados en alguna cala protectora, o directamente varados en playas que eran apropiadas para hacerlo.

Los días que navegábamos, cada vez con un menor periodo de luz y más neblina, recorríamos distancias cortas que si ya no hacían decaer los ánimos

por estar tan habituados y resignados, hicieron que coincidieran nuestro cambio de rumbo y el comienzo de la estación en que los barcos, con una tripulación sensata, optan por atracar en un puerto seguro y esperar a que lleguen los tiempos más propicios.

Habíamos llegado hasta aquí sin haber realizado ninguna expedición más, que nos diera un cierto conocimiento de las gentes y lugares que dejamos atrás, o tan siquiera disfrutar de aquellos parajes que desde nuestro barco apreciábamos tan bellos y acogedores, cubiertos de un continuo manto verde que entonces empezábamos a ver, sin saber que ese paisaje sería el mismo que tendríamos hasta llegar al destino elegido.

Todavía navegamos bastantes jornadas desde que nuestro rumbo tornó a Levante, y las hicimos animados por encontrar que el viento soplaba, después de tanto tiempo, en sentido favorable como para poder navegar a vela, pero, cuando siguiendo el contorno de la costa nuestro rumbo se volvió nuevamente Norte, nos rendimos a la evidencia de que el frío era cada día más insoportable, y nos obligaba a tomar una decisión, que intuíamos sin mucha vacilación.

Es necesario decir, sin que parezca una excusa o justificación para lo que decidimos todos de acuerdo, y para que sirva de práctica enseñanza para aquellos que lean estos escritos buscando los conocimientos útiles para sus viajes, y si es posible intentar, como yo lo voy a hacer ahora, transmitir a quienes habitan en nuestras templadas tierras, hasta donde puede alcanzar el frío que se llega a sufrir en estos lugares, las consecuencias que se pueden producir, y las habilidades que hay que desarrollar para poder sobrevivir en tales condiciones.

Durante el último periodo de navegación el litoral se manifestó como una secuencia constante de playas de arena o piedra, acantilados inaccesibles al borde de la mar, ríos de importante caudal, que nos obligaban a sortear la fortaleza de su corriente, y las olas que se formaban en sus desembocaduras, con un paisaje en general de bosques y montañas que atraían vivamente nuestro interés.

No atracamos más veces que las necesarias para cazar o recolectar y reponer los víveres de nuestra despensa, agua, y leña para los fuegos a bordo, o las que nos obligó el mal estado de la mar, aquí tan frecuentemente embravecida, que te hace fondear con mucha asiduidad en las, afortunadamente, numerosas calas protectoras.

Tengo que dejar aquí constancia, lo recuerdo perfectamente, que aun todo lo dicho, no habíamos sufrido, hasta el momento que estoy describiendo, ninguna desgracia personal que contar, más allá de las enfermedades lógicas y pasajeras, para las que teníamos los conocimientos y remedios con que mitigarlas, y varios desperfectos ocasionados a Therso por el viento, la mar y algún arrecife que no detectamos a tiempo. ¿Sería causa de tanta fortuna las plegarías continuas a nuestros dioses?...

La decisión que tomamos fue obvia, íbamos a asentarnos en el primer enclave que aceptáramos como adecuado y permanecer en él hasta que este clima cambiara lo suficiente y pudiera considerarse favorable para la navegación, aunque presumíamos que éste nunca sería como aquel otro, tan lejano ya en nuestros recuerdos, y al que estábamos acostumbrados a tener

en nuestras tierras de origen, o en los territorios en que se establecía la fundación de la mayoría de nuestras colonias.

El rumbo era al Norte, en las últimas tres o cuatro jornadas, cuando divisamos a proa la bocana enorme de lo que resultó una formidable ensenada, en la que varamos sin la menor dificultad nuestro barco, en una playa formada por dunas, que mas parecían corresponderse con aquel inmenso desierto que un día visitamos, que con una zona bañada por la mar.

Bahía de Arcachón- Cabo Ferret- AQUITANIA.

Ya teníamos una cierta práctica de casos anteriores y esperamos hasta que la marea fuera la apropiada para lograr penetrar al interior de la bahía, salvamos, las aun así, dificultades que se crean en estas bocanas y varamos sin problemas en aquella playa sin límite que formaba la orilla.

Pensamos que aquel podría ser un buen lugar para pasar el invierno, si como era de prever no nos faltarían la caza y la pesca. Seguramente podríamos recolectar también frutos y algún que otro alimento, necesitando confirmar, antes de convertir aquel lugar en un campamento estacionario, que las gentes que habitaban en estos parajes, tuviéramos la suerte, no solo de que no fueran hostiles, sino esperar además que su buena disposición nos permitiese establecer una colaboración con ellos, que presumíamos conveniente y necesaria.

Transportamos nuestro barco a tierra firme, en la proximidad de un bosque, y sin perder de vista la playa, y empleando unos árboles que cortamos, y las velas que teníamos, montamos un tinglado que nos permitió seguir utilizando al barco como un lugar provisional de refugio, añadiendo la comodidad que proporcionaba el sacar a tierra una gran parte de los utensilios y enseres que utilizamos cada día. Estaba claro lo provisional de esta actuación, pero teníamos que esperar, pacientes, hasta que se produjesen los contactos comentados.

No estaba esta zona poblada por demasiadas gentes, como tuvimos ocasión de comprobar más tarde, pero no pasa desapercibido un barco como el nuestro que durante el día se vara en la playa, y no para

hacer una aguada, poder efectuar una reparación o realizar unas jornadas de caza, sino que se transporta al interior y se habilita como refugio.

Al segundo o tercer día hizo acto de presencia un grupo numeroso de hombres, que sin demasiadas formalidades y dando muestras de estar habituados a ello, nos hicieron toda clase de preguntas, y más que responder a las que nosotros íbamos a hacerles, de propia iniciativa nos contaron casi todo lo que podría interesarnos saber.

Lo primero que nos causó sorpresa fue una cierta facilidad que tuvimos para poder entendernos, al encontrar cierto parecido entre palabras de la lengua que hablaba Culcas, y lo que era más sorprendente, el conocimiento, por parte de alguno de los visitantes, de muchas palabras de nuestra propia lengua Cananea, lo que quiero aclarar porque si no podría pensarse que me estoy inventando algo, o que mi edad está perjudicando a mi memoria, cuando dicto lo que estoy diciendo.

Si creíamos que el estaño con el que nuestros barcos comerciaban procedía de las islas Casitérides, y de las tierras que comenté cercanas a aquellos poblados que visitamos, siendo esto cierto, no lo era al menos en su totalidad, y el hecho es que, como supimos con ocasión de este encuentro, algunos Cananeos, con gran secreto y astucia, llevaban mucho tiempo comerciando con el estaño que obtenían bastante más al Norte del lugar donde nos encontrábamos, para una veces por barco y otras por rutas terrestres hacerlo llegar a los lugares de comercio ventajosos, y si lo que os estoy refiriendo era desconocido para una familia como la mía, seguro que lo era igualmente para la mayor parte

de los comerciantes de Tiro. Me maravilla lo hábiles que podemos ser los Cananeos, aunque en esta ocasión sea a costa de que lo sufra mi propio orgullo.

Nos preguntaron cuanto quisieron y a casi todo pudimos contestarles con una cómoda sinceridad.

Ellos se presentaron como hombres vascones, o esto entendimos, y ciertamente su aspecto físico era más semejante al nuestro que a los que llamábamos hombres del Norte, por lo general más altos que nosotros, con los cabellos de color más claro, y que ya habíamos encontrado en las tribus que poblaban zonas de las islas Casitérides, y de esas tierras que divisamos hasta llegar aquí.

Vivían en pequeños grupos o clanes familiares, algo distanciados entre sí, pero en estrecho contacto entre ellos, abasteciéndose con la pesca y la caza, recolectando en sus bosques, y cultivando durante el corto tiempo que la dureza del clima lo permitía.

Vestían con pieles curtidas, que a nosotros nos parecieron primitivas, pero con seguridad adecuadas para el frío que estábamos pasando, y habitaban chozas en las que se mezclaban personas y animales, nada parecidas a las nuestras, pero que eran las idóneas para mantener el calor necesario para vivir.

Ninguna de nuestras prendas de vestir era capaz ya de cubrir nuestras crudas necesidades. Nos arropábamos con mantas sobre las túnicas, y usábamos todo lo que nos podía servir de abrigo, sin más orden que lograr este fin. Los días que pasamos, con la sola protección del tinglado que hicimos con las velas y el barco, no se pueden describir. Cuando sopla el viento

gélido del Norte y el tremendo frío origina que el agua de las charcas y de los pequeños ríos se transforme en hielo. Solamente vistiendo, viviendo y comiendo como las gentes del lugar, se puede alcanzar a sobrevivir a tanta calamidad, y no siempre.

En el menor plazo de tiempo que pudimos, hicimos un trueque que nos proporcionó la vestimenta precisa y poder compensarles la ayuda y los materiales necesarios, para construir las chozas o cabañas a su propio estilo. Nos surtimos de gran cantidad de carne preparada por ellos y que era tan fácil de conservar. Puede decirse que en muy pocos días estaríamos en condiciones, si los dioses lo permitían, para afrontar todo el periodo que nos fuese obligado, hasta que volviéramos a ser capaces de navegar con un mínimo de garantías.

Por primera vez íbamos a tener que convivir estrechamente con gentes totalmente ajenas a nuestras costumbres, tal como en tantas otras ocasiones han tenido que hacer aquellos de los nuestros que optaron por constituir colonias en tierras lejanas. No teníamos la más mínima experiencia, y éramos un grupo de hombres jóvenes, más capacitados para cualquier otra misión, que la de establecerse por un periodo tan largo de tiempo, en un lugar hostil.

Contra todo pronóstico, nuestra adaptación fue mejor de lo que se podría esperar, y lo que durante este plazo de convivencia aprendimos sirvió para salvar nuestras vidas durante las siguientes etapas de nuestro viaje, ya que, aunque no era en aquellos momentos imaginable para ninguno, lo peor estaba por llegar y las condiciones que hoy solucionábamos, y nos parecían

insoportables, serían en un futuro no lejano algo tan deseable como para añorarlas.

Voy a relatar cómo pasábamos nuestra vida en el refugio, y algunas de las destrezas que aprendimos, y que también enseñamos, durante la estancia entre estas tribus.

Lo primero que hicimos fue sacar a tierra todo el contenido de nuestro barco, acopiando en cada uno de los almacenes, que se construyeron para este propósito, los distintos componentes que agrupamos según entendimos más conveniente para su posterior utilización.

Desmontamos el hogar, fijo a popa, fabricado por Azmilk, y junto al otro que Eululaios empleaba en aquellas ocasiones que era forzoso por culpa del mal tiempo, se colocaron en la choza construida para servir de cocina y de alojamiento al cocinero y a sus dos ayudantes.

Los enseres personales, incluidas las armas y los escudos fueron guardados por cada uno en su choza correspondiente, ocupándose de su mantenimiento y del buen estado general, almacenando bien preparadas y protegidas todas las prendas, túnicas y mantas, que ya no sabíamos cuando volverían a poder utilizarse.

Llevamos a la bodega, construida al lado de la choza de Eululaios, todas las jarras de almacenamiento con los víveres que teníamos, y en este mismo tipo de jarras y ánforas ocultamos el oro, la plata y los objetos, de más o menos valor, que llevábamos dispuestos para los previstos trueques y pagos que tendríamos que hacer. Hemos confiado en la sana hospitalidad de estas

gentes (también en nuestra capacidad de defensa), pero siempre es mejor no alimentar la codicia de nadie, porque con motivo de tu propia imprudencia o por ostentación puedes convertir a alguien en ladrón sin que lo sea.

Desarbolamos y distribuimos el mástil y la verga, junto con los cincuenta remos y los timones, así como la cabuyería, sobre los bancos. Alzamos el barco sobre tablones que lo aislaban del suelo, y se protegió de la lluvia con un techo al estilo de los que cubren las chozas, permitiendo, al estar abierto en dos frentes, que el aire circulara, manteniéndolo tan seco como fuese posible. El espolón de bronce se embadurnó de grasa tantas veces como fue necesario para su protección. Todo quedaría dispuesto de tal forma, que Magón el carpintero, podría hacer cuantas revisiones y labores de mantenimiento, creyese él imprescindibles.

Una vez organizados volvimos a la rutina de cada día, lo más semejante que nos fue posible a la que teníamos navegando. Mantuvimos los ejercicios y las guardias, los turnos de las comidas (nada que ver con los ingredientes de las mismas), la distribución de las faenas comunes, y las propias de cada uno.

Participamos en las batidas diarias de caza y pesca colaborando en todo con nuestros anfitriones, entregándonos estos una parte de las piezas logradas, que siendo bastante inferior a la que ellos se quedaban, aunque participásemos un número igual de hombres, seguro que era superior a la que por nosotros solos hubiéramos logrado. Las artes de pesca y las trampas y trucos para la caza son las propias de cada lugar, y su

resultado, depende de la experiencia que dan muchos aciertos y fracasos.

Nos vestíamos y nos calzábamos al igual que lo hacían ellos, manteniendo las pieles engrasadas para evitar que estas se empapasen con la pertinaz lluvia. Comíamos carnes al fuego, en una cantidad que para nuestros hábitos era exagerada, y los peces, más que una comida por si solos, servían como un condimento añadido de los guisos que se hacían, en los que siempre era la carne el componente principal.

Aprendimos a que se mantuvieran las chozas calientes, terminando por pasarnos desapercibida la presencia de un humo denso, casi constante y que lo impregnaba todo, al que también nos acostumbramos y ya encontrábamos normal.

Castro Celta.

Teníamos que admitirlo, y aunque estuviésemos convencidos de que algunos de nuestros conocimientos podían ser beneficiosos para todos aquellos que no los tuvieran, para una forma de vida tan básica como la de

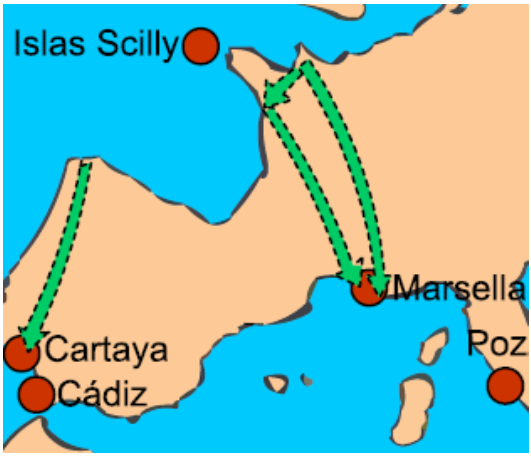
estas gentes, su aplicación era más que difícil, y cada cosa llega en su momento.

Lo que si hicimos, o mejor dicho hizo Azmilk, siguiendo mis instrucciones, fue enseñarles a recoger el mineral de hierro, que aquí era fácil de encontrar, que aprendieran como fundirlo, y empleando los moldes, fabricar los utensilios, que hoy utilizaban en cobre o bronce, con este mineral nuevo para ellos, cuya dureza ya habían tenido ocasión de comprobar en nuestras espadas. Era una forma de regalo más que generoso, y que supieron apreciar en lo que valía.

La convivencia era en general buena, y en algunos casos particulares mejor. Siempre hay quien tiene una soltura natural para aprender las palabras de otras lenguas, y entiende y se hace entender, antes que los demás. Entre ellos se encuentran con facilidad, y es cierto que esto les sirve de forma individual y para que los dos grupos se beneficien.

Pudimos saber con gran cantidad de detalles, y contado por diferentes personas que no dejaban lugar al error o la fantasía, que no mucho más al Norte de donde nos encontrábamos, durante el tiempo con más bonanza, y desde otra margen situada a Poniente de la que nosotros estamos recorriendo, con unas barcazas construidas para este fin, se transporta estaño a esta orilla, y se descarga en pequeños atracaderos, donde se almacena, hasta que gentes de lugares muy lejanos llegan por tierra para comprar el mineral, por el que pagan con diferentes objetos, y en las cantidades que estaban acordadas desde hace muchísimo tiempo. Lo más sorprendente es que estos comerciantes no eran Cananeos. No hablaban ni vestían como nosotros, tal

como aseguraron todos aquellos con los que hablamos de este tema. La información no era concluyente para aquel preciso momento, en que nuestra decisión era la de centrar nuestro objetivo en la obtención del ámbar, pero sí un conocimiento a tener muy en cuenta, porque el precio al que nosotros compramos y vendemos el estaño, siempre estará condicionado por la cantidad de mineral que se ofrezca en el mercado que lo demanda. A nuestro regreso a Tiro investigaremos a fondo este asunto dándole la importancia que se merece.



Rutas terrestres del estaño.

Estas gentes navegan y son conocedoras de las condiciones que se dan en la mar que les rodea, pero a diferencia nuestra, su navegar y condicionamientos, están enfocados a la pesca y al transporte por mar en cortas distancias de las materias, como el mineral de estaño, únicamente cuando les interesa.

Esto lo hacen principalmente en barcas construidas ahuecando grandes troncos de árbol, y en otros casos armadas con tablazones de madera unidos entre sí y atados con cuerdas, que también revisten con pieles y que siempre se desplazan mediante remos. En ninguna conversación nos han manifestado el mínimo interés por llegar a lugares lejanos, y aún menos por comerciar visitando ellos directamente a otras gentes.

Tengo que contar que durante nuestra estancia en esta zona dio lugar a la primera ocasión, hasta ese momento, de tener que emplear todo nuestro coraje y nuestras armas, junto con nuestros anfitriones, para rechazar el ataque que sufrimos de un grupo bastante numeroso de los hombres del Norte (esas tribus de hombres más altos que nosotros y con el pelo más claro) que irrumpió en nuestro asentamiento, pero sin sorpresa porque los vigías, siempre alerta, los habían detectado, y que nos ofrecieron la ocasión de dar prueba de nuestro valor, de nuestra disciplina, y de las técnicas de combate, que de jóvenes nos enseñaban los maestros de armas Egipcios y Asirios, a quienes en un futuro formaríamos parte de las expediciones, como tripulantes de los barcos, que se iban a aventurar a navegar hasta tierras desconocidas.

Duró poco el encuentro, se saldó con algunos heridos de menor importancia por nuestra parte, y es probable que nuestra presencia y la eficacia de nuestras armas, y la forma de lucha de la que dimos muestra, sirviera para disuadir durante algún tiempo a aquellos salvajes de atacar a los que desde ahora eran nuestros aliados y amigos.

Pasamos en este lugar siete Lunas completas, y ya creíamos resignados que nunca llegaría una bonanza que nos permitiese volver a hacernos a la mar.

Nadie tuvo que decirnos cuándo, la naturaleza con el clima más apacible y soportable, la aparición de frutos y flores, los días con más tiempo de luz y la propia mar con más calma, nos indicaban sin duda que había llegado el momento para continuar con nuestro periplo, yendo en busca de los objetivos que habíamos planeado.

Paso de la costa Atlántica al Mar del Norte.

En mi residencia de Ushu, quinto año del reinado de Pigmalión.

Por más que quieran intentar convencerme de lo contrario, yo sé que mi tiempo toca a su fin y que tengo que poner en orden mis asuntos mientras sea aún capaz de razonar con claridad, manteniendo lo suficientemente lúcidos mis recuerdos, y hacer que se respeten mis indicaciones, o al menos mis órdenes más claras.

Tengo dispuesto lo que serán todos los actos que deseo que envuelvan mi funeral, hasta en sus más mínimos detalles. Las responsabilidades que asumirá cada uno de los miembros de mi familia en lo referente a la continuidad de nuestro negocio quedan marcadas por las costumbres y normas establecidas, al no haber determinado yo que alguna circunstancia justificase el que no fuese así.

Están al día el pago de mis tributos a Palacio, y nadie puede manifestar que mantenga alguna cuenta pendiente, conmigo personalmente, o con el negocio de la familia.

Dicho todo lo anterior solo quiero ¡Que dejen terminar mis días en paz! y poder acabar de dictar cuanto ocurrió en el viaje que estoy relatando, y que me doy cuenta que fue por encima de todo el resto de mis actos, la decisión, el hecho en sí y la satisfacción más íntima que he tenido, durante mi paso por esta vida, que está terminando sus días.

Quiero que venga mi escriba y se quede de forma permanente en mis aposentos, porque a partir de ahora voy a dictarle cada vez que pueda hacerlo, y no como hasta hoy, que le llamaba cuando me apetecía. Tengo que ser consciente de mis limitaciones y de que para acabar mi relato debo dictar cada vez que sea capaz y no cuando quiera.

“Los hombres temen a los dioses que ellos mismos han inventado”.

Todas las despedidas, cuando la convivencia ha sido buena, dan oportunidad a momentos tristes. Aquí habíamos pasado más tiempo seguido que en ningún otro lugar, y como es lógico, se crearon firmes lazos de amistad o compañerismo con los que es difícil romper. De todas formas, en esta ocasión, como hemos tenido que emplear bastante tiempo para disponer la partida, se ha dado la ocasión para ir adaptándose a la idea.

Lo primero fue arbolar y arranchar el barco, comprobando Himilcón personalmente cada una de las acciones que se realizaban, aunque todos extremamos nuestra atención, muy conscientes de la mar que nos esperaba. También se calafateó ahora, esperando al último momento, antes de esta nueva botadura, y poco más hubo que hacer, porque Magón, durante toda nuestra estancia, no dejó de revisar y prestar cuidados a Therso como si de un ser querido se tratara.

Aprovisionamos una cantidad importante de diferentes carnes, cocinadas y conservadas en grasa, que almacenamos en nuestras orzas, sellándolas con cera para lograr una mejor preservación, lo que aquí resultaba de todas formas más fácil porque el calor nunca era muy fuerte. Creíamos conveniente seguir comiendo en la forma y cantidad que lo estábamos haciendo desde nuestra llegada a este pueblo, y que sin duda nos estaba sentando bien.

Pensando que Therso, con sus consecuencias, iba a ser el sustituto de nuestras reconfortantes chozas, hicimos acopio de pieles hasta llenar todos los huecos posibles, sin regatear para nada en una inversión que sabíamos a todas luces acertada.

Creo que si hay algo común a casi todos los pueblos es, que cuando se lo pueden permitir, cualquier motivo un poco especial justifica el celebrarlo y dar lugar a comer y beber hasta que el cuerpo aguante, y el de nuestra despedida no iba a ser menos. Durante dos días ininterrumpidos cantamos y bailamos, e hicimos sacrificios y promesas a todos los dioses (a los nuestros y a los suyos), y nos juramos constantemente amistad eterna, pero sobre todo comimos y bebimos hasta la saciedad.

Otros dos días más para poder recuperarnos y despedirnos formalmente, y esa noche nos dormimos pensando en nuestra próxima singladura.

Mar de Norte.

Nos hicimos a la mar a plena luz del día y con la marea a favor para salvar con el mayor acierto posible las dificultades de navegación que se crean en las bocanas, como ya advertimos a nuestra llegada, al desembocar el río en la mar abierta.

Animados por un viento que nos fue favorable la mayor parte del tiempo, la visión de una costa que era una playa continua, y el placer de volver a navegar, hicimos seis o siete jornadas navegando con luz plena, fondeando antes de ocultarse el Sol, hasta que nuestro rumbo para seguir con la costa a la vista se volvió a Poniente, y desapareció la playa continua, dando lugar a un litoral accidentado, con una sucesión permanente de cabos, islas y calas.

Durante el día, con Sol, la temperatura era tan agradable como para que vistiésemos nuestras túnicas y las otras prendas tradicionales, en particular realizando cualquier faena o teniendo que remar, pero durante la noche, tanto a la hora de dormir, encontrándonos ya fondeados, o más todavía quienes estaban de guardia, recurrían a las vestimentas y mantas de piel para lograr resguardarse del frío y de la humedad.

Hemos navegado dos Lunas completas y solo se puede decir, que salvo lo accidentado de la costa, que nos hace mantenernos a una cierta distancia que nos libre de los posibles arrecifes que no avisten los vigías que permanecen constantemente en el púlpito del puente a proa, la navegación no puede ser más placentera, contra todo pronóstico que hubiéramos concebido, incluyendo la falta absoluta de viento, y una mar en calma que llega a desesperar al marino incluso más que la mala mar, al menos cuando ésta se presenta, medianamente soportable. Nuestro rumbo, siempre siguiendo la línea del litoral, ha vuelto a tornar a Levante.

Toda esta información, que estoy dictando a mi escriba actual, es la que recopiló, en el momento que se

estaba produciendo, mi recordado y estimado escriba Amílcar, que continuamente tomaba nota de cuanto sucedía, y que pudiendo no parecer importante en aquel periodo, posteriormente todo ha demostrado que era necesario para completar este escrito, que puede llegar a ser de gran utilidad para quienes tengan acceso a él. Es con sus papiros con los que estoy dictando a mi actual escriba, y no solo en base a mis recuerdos, porque si tengo que reconocer que mi memoria es envidiable, mejor es, ante cualquier duda, repasar la información que de una forma concreta, quedó fielmente registrada entonces.

Estamos navegando sin demostrar interés por nuevos parajes ni por entrar en contacto con ningún pueblo, porque tenemos claro que nuestro objetivo es llegar a las tierras que tenemos como poder identificar, después de toda la información que poseíamos y la que hemos ido recogiendo en cada ocasión que se nos ha propiciado, para considerar todas las oportunidades que podemos alcanzar, llegando a realizar un negocio próspero y estable con el ámbar.

Querría constatar que somos mejores marinos que cuando iniciamos esta aventura, ¡Hace ya tanto tiempo que parece que llevásemos toda una vida navegando juntos!, pero creo que si esto puede ser verdad, más importante es resaltar que lo que si somos es un verdadero equipo de hombres, fuertemente unidos por los lazos que nos han creado las dificultades pasadas, los intereses que nuestros corazones albergan, y que juntos podremos conseguir.

¡Querida Tiro!, añoramos tu puerto, a nuestros vecinos y a nuestras gentes, pero continuamos en pos de la gloria y prosperidad que nos esperan.

A las pocas jornadas de haber tomado rumbo a Levante, a babor y por la proa, podíamos divisar dos pequeñas barcas con remos, que navegaban juntas. Dejaron que las rebasáramos, quedándose a popa y manteniendo una prudente distancia, aunque estaba claro que no pretendían disimular su presencia, sino todo lo contrario. A la misma distancia nos siguieron durante varias de las jornadas posteriores, y cuando menos lo esperábamos, pusieron rumbo a Poniente, lo que nos hizo pensar que en ese rumbo debían de encontrarse tierras a las que pueden llegar sin dificultad barcas de ese tipo, y que su interés fue comprobar que nuestra navegación no se dirigía hacia algún punto situado entre el lugar en que aparecieron y en el que nos dejaron de acompañar.

Islas Scilly – Inglaterra – Posibles islas Casitérides.

Todo hace pensar que muy probablemente nos encontremos a la altura de los puertos, donde en dos orillas, a estribor y babor, se cargue y descargue el mineral de estaño que ahora sabemos que en esta zona también se comercia, como ya he comentado. No es ahora de nuestro interés este curioso tema, y seguimos navegando, sin cruzarnos o sentirnos observados por ninguna otra embarcación.

Navegamos a vela desde hace ya una cuantas jornadas, recibiendo el viento desde Poniente sin haber tenido que recurrir a los remos en ninguna ocasión que yo recuerde, con un clima que nos permite vestir nuestras ropas habituales, al no hacer la mayoría de los días frío, pero es sofocante la frecuente presencia de la lluvia y la ausencia de luz en pleno día, a la que nuestros ojos y nuestros espíritus están acostumbrados, lo que sin duda influye en nuestro estado de ánimo,

menguando el beneficioso grado de júbilo que debería corresponderse con la suerte favorable que los dioses nos están otorgando.

La costa volvió a convertirse, durante algunas jornadas, nuevamente en una secuencia de atractivas playas, a la que interrumpía su continuidad algún río, hasta que nuestro vigía, desde la cofa, advirtió de la presencia de una desembocadura, de tales dimensiones y con corrientes tan fuertes, que nos obligó a navegar mar adentro hasta poder evitar las dificultades que se producen en estas bocanas. Como en otras ocasiones parecidas, hicimos todas las maniobras necesarias para sortearlas.

Vista del Rin a su paso por Cuijk.

Seguimos navegando una jornada tras otra, sin que el paisaje cambiara de aspecto, hasta encontrarnos con que el litoral se convirtió en una serie continua de

islas, que podrían parecer tierra firme, pero que en los momentos que la ausencia de nubes, niebla o lluvia lo posibilitan, siendo estos momentos muy escasos en verdad, podemos comprobar que al fondo se ve la mar y a continuación la tierra firme.

Ninguno de nuestros más avezados vigías han detectado desde el barco señales de vida a lo largo de estas tierras, ni tampoco cuando hemos fondeado en algún lugar protegido, porque el mal tiempo lo exigiera o por la necesidad de hacer una aguada.

Navegando a vista de la costa nuestro rumbo se ha vuelto completamente al Norte, y cuando han pasado ya unas cuantas jornadas el paisaje continua siendo el mismo, pudiendo llevarnos a la creencia de que estuviésemos navegando alrededor de una misma tierra que no va a terminarse nunca, aunque por lo que conocemos, gobernando nuestro barco tal como lo estamos haciendo, debemos llegar a un mar interior al que accederemos entre islas, cruzando un estrecho similar a aquel que atravesamos cuando abandonamos nuestra mar, para salir a la que nos era tan desconocida, y que ahora navegamos desde un tiempo que nos parece que hubiese comenzado a la vez que nuestras vidas. En algunas ocasiones, las particularidades de esta mar, con tal cantidad de islas, nos han motivado a que bordeáramos una creyendo que podía ser un lado del estrecho hacia el que nos dirigimos, para terminar comprobando que era una isla más, y volver a buscar nuestro rumbo.

Cada día que pasa, el periodo con luz es menor y el frío y la humedad se hacen más insoportables, sin que la presencia de un tenue Sol, durante los escasos

momentos que nos acompaña, llegue no ya a calentar nuestros cuerpos, sino al menos a reconfortarlos.

Habíamos acordado continuar alguna jornada más navegando, aunque estábamos conscientes de que no serían muchas porque el empeoramiento del clima era notable, y nuestra decisión coincidió con una fuerte nevada que en un corto plazo cubrió completamente a nuestro barco, obligándonos a fondear de inmediato tomando todas las precauciones porque la distancia que alcanzábamos a ver no era superior a la que se puede lograr arrojando una piedra con la mano.

Ese día, pendientes de que la nevada cesara, quitando continuamente la nieve que se acumulaba en el puente, abrigando al máximo nuestros cuerpos y ocupándonos de proteger del agua y del frío todo lo que tenía que ser protegido, fue el primero de un largo periodo en el que volvimos a acampar en tierra y durante el cual, el pasado en el poblado que dejamos antes de iniciar esta singladura, y que creímos que nada podría haber peor en lo que a frío podía soportarse, era en comparación a lo que nos quedaba por pasar, un ligero contratiempo que superar.

Hacía dos o tres jornadas de navegación que nuestro rumbo había cambiado de ser totalmente al Norte a pasar a Levante, y en cuanto la nevada terminó y pudimos hacerlo, nos dispusimos a buscar un atraque para el barco que nos ofreciese un poco de seguridad, pensando, como ya habíamos hecho anteriormente, llevarlo al interior, en tierra firme, donde protegerlo lo mejor posible, construirnos nuestros propios albergues, y disponernos a esperar mejores tiempos.

No fue difícil decidir el lugar de atraque, porque no había mucho para elegir en lo que era una playa continua, formada en su mayor parte por dunas, aunque precisamente habiendo puesto proa a tierra, a la vista de un pequeño río que en ese día aún llevaba agua, pero que en apenas unos pocos días más se convirtió en una vía de hielo, las playas próximas se encontraban llenas de tantas conchas, y piedras de buen tamaño y redondeadas, como ninguno habíamos visto anteriormente.

Costa Danesa entre Hanstholm y Lokken.

Varamos a Therso en aquella extraña playa y lo transportamos sobre rodillos hasta un bosque muy próximo, que con anterioridad lo había registrado un grupo de nuestros hombres, encontrándolo tan vacío de toda presencia humana como parecía estar la mayor parte de aquellos territorios. Tuvimos que realizar un gran esfuerzo, pero logramos transportarlo solamente desarbolado, con los remos y timones sobre el puente y liberado de unos pocos de los elementos con más peso, ya que el terreno aquí es apenas totalmente llano, apareciendo, si acaso, alguna pequeña colina para interrumpir el horizonte.

Dividida la tripulación en tres grupos de unos veinte hombres, uno se ocupaba de localizar y acarrear los materiales que se iban necesitando, otro se ocupaba de construir el chamizo que sirviera de protección al barco, que por esta vez, a diferencia de lo hecho en la anterior, preferimos que quedara cubierto por velas, hojarasca, ramas y cuanto fuera necesario para aislarlo de las heladas, aunque no se pudieran realizar labores de mantenimiento, ni tuviésemos acceso, salvo que fuese absolutamente necesario. El otro grupo se ocupó de construir nuestro albergue, que en esta ocasión consistió en un cobertizo común para todos, en el que convivimos adoptando una distribución interior muy semejante a la que teníamos en el barco, aunque en un espacio mucho más grande.

La necesidad acuciaba y, aunque posteriormente fuimos completando muchas cosas, en menos de lo que se espera tuvimos acondicionados nuestro albergue y el chamizo para el barco.

Construimos una empalizada, rodeando todo el conjunto, al que equipamos con algunas trampas que nos avisarían de la presencia de extraños que quisieran sorprendernos, facilitando que resultaran más efectivas las guardias de los centinelas, y transmitiendo al resto una cierta sensación de mayor seguridad en su reposo. Nunca sirvió para alertar de otra incidencia que de los diferentes animales que durante aquel duro invierno intentaron robarnos provisiones, convirtiéndose ellos mismos algunas veces en nuestro alimento, sobre todo cuando se trató de ciervos, venados o jabalíes.

Manteníamos varios hogares constantemente con fuego, y ollas con sopa o un guisado, sirviendo para disfrutar del calor necesario y alimentar sin espera a quienes volvían de una expedición de caza o pesca, o sencillamente querían calmar su hambre, ya que no se establecieron unos tiempos concretos para comer por turnos, como se hacía cuando navegábamos.

Las partidas de caza y de pesca eran continuas y efectivas, valiéndonos lo que habíamos aprendido en este sentido viviendo con nuestros anfitriones en aquel otro campamento, y que ahora recogíamos los frutos de sus enseñanzas. Tanto en la pesca como en la caza, además de las actuaciones apropiadas para cobrar las presas, colocábamos trampas que aprendimos a hacer, y cuyo resultado, especialmente en la caza, dependía muchas veces de llegar antes que los lobos u otros predadores o carroñeros, para retirar las piezas que hubiesen caído en ellas.

La caza de patos y otras aves, en los numerosos lagos y lagunas, que rodeaban a nuestro campamento por todas partes, nos resultaba relativamente fácil, por

lo numeroso de estos y su falta de miedo incluso cuando nuestra presencia les resultaba muy cercana, constituyendo una variante para nuestra alimentación y una especie de seguridad para el acopio de nuestras provisiones.

Tuvimos ocasión de divisar ballenas con alguna frecuencia, recordando que se las podía dar caza, pero ni nuestras necesidades lo requerían, ni la idea de correr el mínimo riesgo de zozobra en aquella mar gélida, era contemplado ni como una lejana posibilidad.

Cada nuevo día, la primera actividad consistía en quitar la nieve o el hielo para permitir nuestra salida al exterior por las diferentes puertas de acceso que tenía el albergue, y que durante las noches quedaban bloqueadas, impidiéndonos a nosotros salir y a nadie entrar. Eran los centinelas que hacían sus guardias en las chozas construidas en lo alto de los arboles, situadas en los cuatro puntos estratégicos del campamento, los primeros que entraban, buscando el calor y la apetitosa comida caliente con la que se encontraban a su regreso al refugio.

Creíamos que toda la prudencia era necesaria, aunque un día tras otro la ausencia de cualquier riesgo importante era cada vez más manifiesta, y de esta forma, durante todo el tiempo que perduró nuestro campamento, se mantuvieron a los centinelas en sus puestos, para protegernos a nosotros mismos y a nuestro barco.

Himilcón, Mattán, algunas veces Culcas, y yo mismo mantenemos reuniones para comentar lo que ha sucedido y está sucediendo, y sobre todo para hacer

conjeturas sobre lo que puede suceder, y en qué forma debemos afrontarlo. No han sido demasiados, para lo que podría esperarse, pero hemos tenido que cortar enfrentamientos ya iniciados o que se estaban viendo venir, en la mayoría de los casos por motivos, que sino fuera por cómo y dónde estamos, resultarían hasta grotescos, pero que aquí tienen su importancia, y a veces nos hemos visto obligados a actuar con un rigor desmesurado con quienes los provocan. La verdad sea dicha, hasta el día de hoy podemos contar infinidad de desdichas, y ninguna circunstancia concreta que nos permita pensar que seremos ricos el resto de nuestros días. Ni siquiera que podremos volver a nuestra sagrada Tiro cubiertos de reconocida gloria.

Cuando los días se suceden uno tras otro con el único objetivo de mantenerse alimentado y caliente, si ya te has habituado a verte a ti mismo y a todos tus compañeros vestidos con toscas pieles, que éstas se mantengan secas sea unos de los principales logros a obtener, y cada día pones en duda que de verdad tienes una casa en la bella y tan lejana ciudad de Tiro, donde viven familia, amigos e incluso algunos enemigos, que ahora añoras. Cada Luna que se calcula que pasa, y que te cuesta creer que ciertamente se corresponda con aquella que tú conoces, se vuelve interminable, y todo está predispuesto para que la convivencia se haga muy difícil. ¡Que los dioses sean benevolentes!, ¡Que los dioses oigan a quienes les ruegan!, ¡Que los dioses acepten los sacrificios que les seguimos haciendo, aun en estas circunstancias! En estas tierras tan lejanas y con los cielos siempre ocultos ¿Alcanzará el humo del

sacrificio hasta sus moradas? Esperemos que así sea, porque lo necesitamos.

Hemos pasado tres días y sus noches sin poder salir del albergue por causa del frío, del viento, y de la nevada que lo ha cubierto totalmente. Lo peor ha sido sin duda para los centinelas que se encontraban fuera, que incluso intentando prever todas las circunstancias que se pueden dar, esto es imposible, y aunque han hecho fogatas en sus garitas y han calentado sus comidas, Piteas, uno de nuestros más apreciados hombres, ha muerto durante su turno de guardia como centinela, sin saber si se debe al rigor de la guardia, o a que su salud estaba dañada desde hace tiempo, sin que fuéramos ninguno consciente de ello, incluido quizás él mismo.

Su muerte ha dañado nuestro ánimo, como era de esperar, y ante nuestras dudas, ya comentadas, sobre la posibilidad de que en un cielo como el que tenemos, el humo del sacrificio de los animales llegue a nuestros dioses, nos hace considerar que el alma de nuestro compañero pueda incinerarse y no llegar a su destino, por lo que hemos decidido que su cuerpo se preserve en el frío de estas tierras inhóspitas y lo incineremos según nuestros ritos cuando los cielos, despejados de esta niebla ahora constante, permitan que su espíritu sea recibido por los dioses.

Hemos guardado su cuerpo, duro como la piedra por el frío, en una cavidad preparada a tal fin, vestido con sus más preciadas galas y acompañado por sus armas, protegido con las medidas necesarias para que ningún animal pueda acceder a él, hasta el día que cumplamos con el ritual pertinente.

Llevamos aquí suficiente tiempo para que todos los arboles que rodean nuestro campamento, hasta un ancho pasillo mas allá de la empalizada, hayan sido cortados y quemados en nuestros hogares. Nuestros cuerpos están curtidos por el continuo ejercicio y la alimentación adecuada, y estamos dispuestos a seguir adelante, considerando que nada puede ser peor que lo superado hasta el momento.

Eululaios el cocinero y sus ayudantes (que ya son hombres, puede que a su pesar) aunque cocinan sin pausa se diría que son felices por haber enriquecido su saber con todo lo que están aprendiendo. Magón el carpintero ha construido en este tiempo un pequeño bote que irá remolcado por el barco, y que enviaremos de avanzada, para anticipar que encontraremos avante, cuando lo estimemos prudente o necesario. Ennión el vidriero ha tenido ocasión de recoger en las playas, que hemos dejado atrás, algunas muestras de ámbar que ha cortado y trabajado para poder evaluarlas según sus conocimientos. Amilk el herrero no ha dejado de hacer cada útil que le hemos pedido, encontrando siempre una solución, y Amílcar ha puesto en claro todas sus anotaciones, evitando olvidar algo, y permitiendo que yo pueda hoy hacer uso de los escritos para así contar fielmente lo que sucedió.

No hemos tenido ocasión de encontrarnos con nadie en estas tierras, y seguimos confiando nuestra singladura a lo que creemos haber aprendido de las conversaciones mantenidas donde hemos estado, y con quienes hemos estado, y que les atribuimos en aquellos momentos suficiente credibilidad.

Esta desesperante y tan interminable estancia, parece que está tocando a su fin. Aunque hace unas jornadas se sucedieron tres o cuatro días con menos frío, que nos hicieron pensar que el mal tiempo se acababa, y la triste realidad fue que al siguiente día amanecimos con tanto frío y hielo como de costumbre. Definitivamente se confirma que podemos pensar en nuestra marcha, con lo que de animoso tiene para nuestro alterado talante, también de frenética actividad, para disponernos a navegar en el menor tiempo que nos sea posible, y sobre todo lo dicho, llevar a efecto la penosa obligación a cumplir con el cuerpo y el espíritu de nuestro compañero Piteas.

Lo primero que hicimos fue retirar del barco cuanto habíamos empleado para protegerlo, dejándolo al aire libre, pero cubierto por el techo y paredes laterales del chamizo. Como esperábamos no había sufrido ningún desperfecto, ni tampoco las velas que empleamos para cubrirlo, pero esto último ayudados por una dosis de buena suerte que agradecer a los dioses, porque lo que sí encontramos fueron varios restos de madrigueras, creadas por animales que no llegamos a identificar, y que de ser roedores podrían haber convertido las velas en algo inservible.

Por mayor que sea el intento, nunca se puede prever todo, especialmente cuando las circunstancias que te rodean nos son completamente novedosas.

Arranchamos el barco con serena calma y con conciencia plena de como estibarlo para afrontar lo que ya no iba a sorprendernos, expertos como éramos en sufrir los embates de esta mar, en la que parece que llevamos una eternidad navegando.

De la misma manera que cuando lo trajimos hasta este emplazamiento, pensamos en transportarlo hasta la playa desarbolado, pero con la carga en su interior tal como se encontraba, recordando que no fue excesivo en aquel momento el esfuerzo para trasladarlo hasta aquí. Así empleamos varios días hasta poder tener completada la faena y estar en disposición de hacernos a la mar, y también para que llegara el momento de cumplir con el triste ritual que esperaba recibir el cuerpo de nuestro compañero.

Nos dirigimos hasta la colina más cercana, pensando que siendo éstas tan escasas podrían ser, para quienes pudieran haber vivido o vivieran en estas tierras, un lugar de culto como lo es para nosotros el Bamah, y en ella construimos un altar de sacrificio, y colocamos la piedra, la más adecuada que encontramos a modo de Massebah, completando el lugar con la pira en que se incinerará el cuerpo de Piteas.

Procuramos que el fuego consumiera el cuerpo en el momento más diáfano del día, con el cielo más despejado, para que su alma encontrara las menos dificultades para llegar hasta su destino. En el altar se sacrificaron dos cisnes, que se cazaron el día anterior con bastante engorro, porque no siendo de esperar que reaccione así ningún ave, estos defendieron su libertad, atacando con valentía y decisión a quienes intentaban apresarlos. Por todo ello consideramos que sería un sacrificio del agrado de los dioses.

Guardamos las cenizas de Piteas en una urna y, junto al ajuar habitual, la depositamos en el mismo lugar que se conservó su cuerpo, para que se quedara aquí hasta el resto de los tiempos.

Quizás porque había pasado bastante tiempo desde su muerte, habíamos tenido más plazo para hacernos a la idea de que ya no estaba con nosotros, y también porque estábamos anhelantes por abandonar el lugar, quiero recordar, aunque cueste admitirlo, que el funeral no fue tan sentido como se podría esperar, o como lo había sido el de Tábnit.

A la mañana siguiente nos hicimos a la mar con un viento favorable para nuestro rumbo, un Sol tenue, que sino calentaba al menos nos animaba, y una olas que yendo en la misma dirección que soplaba el viento hacían más cómoda nuestra navegación.

Apenas unas jornadas más de navegación que podíamos considerar placentera, el mismo paisaje de dunas con alguna suave colina al fondo, un río que distinguimos desde el barco, algo más caudaloso que el que dejamos atrás, algún trozo de playa en la que se acumulaba gran cantidad de piedras, cuando de repente bordeamos un cabo y de forma absolutamente brusca, nuestro rumbo se volvió completamente al Sur.

Navegábamos algo más apartados de la costa por haber comprobado que ésta alternaba zonas de arena con otras de piedra, podíamos apreciar algún arrecife amenazador, era escaso el calado, y lo que era peor, había corrientes, que tenían comportamientos irregulares, y que podían condicionar la seguridad de nuestro barco. Himilcón, Mattán, Culcas y yo mismo, sabíamos que aquel cambio de rumbo tan drástico debía suponer que nos estábamos adentrando en un mar interior, cuya bocana natural de entrada estaba compuesta por una serie de islas, y que el paso entre ellas se iría estrechando, hasta formar un fácil punto de

control, para que las gentes que habitan ese lugar, hagan que su mar solo sea accesible a quienes ellos lo permitan, como pudimos comprobar.

Dejamos por babor alguna isla que logramos ver a cierta distancia, y aún alguna más, que nos hacían pensar si nos encontrábamos dentro del mar interior, pero toda duda se disipó cuando, a los pocos días de seguir navegando, teníamos tierra a estribor y a babor, la mar se iba estrechando según avanzábamos, y a la vuelta de una ensenada aparecieron tres barcas, que se aproximaron a Therso, y que situándose a proa y a las bandas, nos hicieron señas para que les siguiéramos hasta donde debíamos atracar.

Eran barcas tan sencillas como aquellas que vimos en otras ocasiones, ocupadas por cinco hombres cada una, de cuatro remos, y uno que la gobernaba y daba las órdenes. Sería de lo más lógico el suponer que la majestuosidad de Therso, aunque ya no izaba nuestra vela multicolor, que desde mucho tiempo atrás se sustituyó por otra más pequeña y blanca, tendría que impresionarles.

Desconociendo por nuestra parte los recursos de hombres y barcos con los que contaban, era nuestra intención manifestar la mejor de las disposiciones a obedecer todas las indicaciones que recibíamos, aunque en ningún momento dejásemos de mantener el estado de alerta.

Nos guiaron hasta un pantalán flotante hecho de troncos y planchas de madera, en el que atracamos con facilidad, fondeando ellos sus tres barcas a nuestro alrededor. A la vez que los propios ocupantes de las

barcas, se acercaron a nosotros, procedentes de tierra, una camarilla no tan numerosa como para crear algún tipo de intimidación, cuando en cualquier caso, nuestro grupo era claramente superior en número al de ellos. Otra cuestión era que podía ocultarse más allá de donde alcanzábamos a ver. Poco a poco, de una forma sosegada, cualquier tensión iba desapareciendo, y empezamos a estar seguros de que nos encontrábamos frente a los representantes de un pueblo, que sabía con certeza cuál era el motivo final de nuestra llegada a sus tierras.

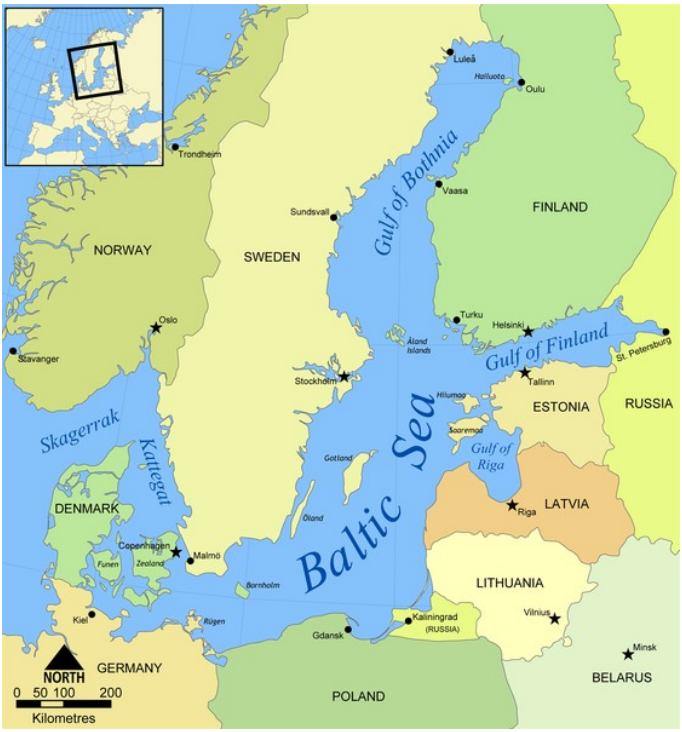
Ellos sabían que queríamos obtener de lo que nos podían proporcionar, y tenían a su vez claro lo que nosotros les podíamos entregar a cambio, consiguiendo con ello un beneficio mutuo.

Más que su estatura, era su corpulencia la que nos diferenciaba, y sobre todo, el color tan claro de su piel y el de sus cabellos. Cultivaban sus tierras y tenían rebaños de animales, al igual que los que nosotros pastoreamos, aunque estos en nada se parecen a los nuestros, pero proporcionan igualmente, carne, leche y pieles. Navegan su mar con las barcas que hemos visto, que gobiernan con destreza incluso con condiciones y corrientes muy adversas que se dan con frecuencia, y hemos llegado a entender, que toda su mar se convierte en hielo, cuando llegan los fríos más fuertes.

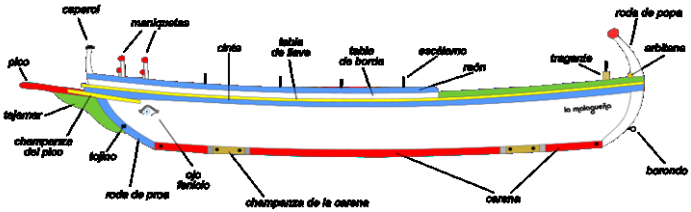
Entregamos, como presentes en agradecimiento de la bienvenida que presumíamos, un buen número de vasijas finamente decoradas, piezas de tela, adornos de pasta vítrea, y un juego de espada y puñal ricamente ornamentados. De forma totalmente imprevista, y con manifestaciones de sorpresa por su parte, Himilcón les

regaló la barca que Magón había construido, y que comprobamos el alto riesgo que suponía el llevarla a remolque, y la imposibilidad por sus dimensiones de estibarla en el barco.

Eran claramente obsequios, en cantidad y valor muy por encima de lo habitual, cualquiera que fuesen las circunstancia y el lugar en que se produjera un encuentro, pero queríamos desde el primer momento dar muestras del deseo de agradar que teníamos, y de ganar su mejor disposición hacia nuestras personas, y asimismo, hacia nuestro interés de comerciar con ellos.


Luleå
Hailuoto
Oulu
Trondheim
Vaasa
Gulf of Bothnia
FINLAND
Sundsvall
NORWAY
SWEDEN
Turku
Helsinki
Oslo
Åland Islands
Gulf of Finland
St. Petersburg
Stavanger
Stockholm
Tallinn
Hiiumaa
ESTONIA
RUSSIA
Saaremaa
Skagerrak
Kattegat
Gotland
Gulf of Riga
DENMARK
Riga
LATVIA
Öland
Baltic Sea
Copenhagen
Malmö
Funen
Zealand
LITHUANIA
Bornholm
Vilnius
Kiel
Rügen
Kaliningrad (RUSSIA)
Gdansk
Minsk
NORTH
GERMANY
BELARUS
0 50 100 200
Kilometres
POLAND

Mar Báltico.



Jábega malagueña, a la que se atribuye un origen Fenicio.

http://es.wikipedia.org/wiki/J%C3%A1bega

En la actualidad se emplean en regatas y en fiestas populares.

Mattán, Culcas, yo mismo, junto a otros cuatro o cinco de los compañeros, acompañamos a nuestros anfitriones a su poblado, quedándose Himilcón, con el resto de la tripulación, en el barco.

Nos recibieron con notoria deferencia, incluso muestras de franca alegría, y sin aparente curiosidad por nuestras personas, vestimentas o adornos, lo que nos llevaba a la conclusión de que, por muy lejano e inhóspito que creyéramos que se encuentra un lugar, se puede asegurar que con una mayor o menor frecuencia, pero siempre hay alguien que lo visita, llegando de una forma u otra, si en él se encuentra algo que provoque la codicia.

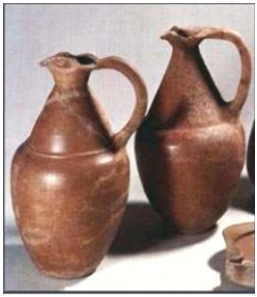
Considerábamos, que el tiempo cumplido de la permanencia en estas tierras, estaría condicionado por el que durase la negociación, y el que ellos necesitasen para proveernos del ámbar, en la mayor cantidad que pudiésemos lograr, contra nuestros productos comunes de trueque. Esta última cuestión quedó aclarada muy pronto, cuando al día siguiente de nuestra llegada, nos mostraron algunos almacenes, que no eran de grandes dimensiones, pero que estaban llenos de trozos de ámbar, clasificados según ellos entendían, y en cuya recogida en las playas de sus islas participaban, de una forma u otra, casi todos los miembros de los poblados que las habitan. Supimos además que tienen minas ocultas en tierra firme, de dónde también lo obtienen.

Convivimos con ellos las jornadas suficientes para enseñarles sin prisa, y con el énfasis que éramos capaces de transmitir con nuestros gestos, a falta de las palabras necesarias, todos aquellos elementos que les podíamos entregar como pago, para que eligieran los

que más motivaran su interés, haciéndonos saber por su parte, la cantidad de ámbar dispuestos a dar, de los distintos almacenes que nos enseñaron, y que Ennión creía que podía apreciar sus diferencias de calidad.

Con los regateos que nos caracterizan, y sin los que según parece no somos capaces de concluir un negocio a plena satisfacción, llegamos a un acuerdo por el que les entregamos, nuevamente, algunos juegos de nuestras más apreciadas vajillas, telas, armas de hierro, adornos de pasta vítrea, espejos de cobre pulido, y brazaletes y torques hechos en plata y bronce, ya que apreciaban el adorno con independencia del metal en que estaba hecho.

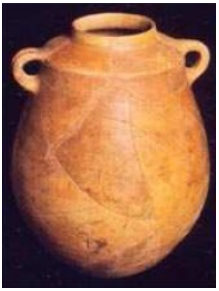
Vajilla Fenicia típica de lujo.



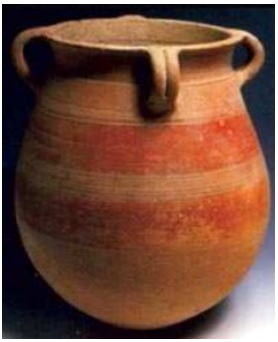
Jarras de boca en forma de seta y trilobulada.

Urna esférica. **Quemador de perfumes.**

Ungüentario. **Plato "pescadero".**



Ánfora. **Lucerna de un mechero.**



Jarra de almacenamiento.

Ya estábamos en disposición de iniciar el regreso, habiendo cumplido el objetivo último que elegimos en su momento. Sabíamos cómo llegar, y el tiempo y las dificultades que teníamos que superar para hacerlo, pueblos con los que contactar, y precio que pagar, para comprar la cantidad de ámbar que quisiéramos, y llevarlo a los más convenientes lugares en que venderlo.

También desechamos otros objetivos, que cuando planeábamos la expedición consideramos de la mayor importancia, y finalmente no fue así, como el caso del estaño. Habíamos enriquecido notoriamente nuestros conocimientos con lugares de insospechado interés, como los que visitamos en las costas antes de llegar a Malaka, pero sobre todo ello, en mi opinión, nada era de más valor que la experiencia que cada uno de nosotros, y como grupo, habíamos adquirido. Y tan solo habíamos recorrido la mitad del camino.

Podíamos regresar por donde vinimos, y por lo tanto no estar sujetos a recibir sorpresas desagradables, e incluso volver a disfrutar con reencuentros que se nos imaginaban entrañables, pero del modo que menos podíamos esperar se presentaba una nueva opción, que pese a la dificultad para comunicarnos, más allá de lo necesario para hacer un trueque o dar las muestras de agradecimiento, sorpresa o desacuerdo, comentamos tantas veces como fue necesario, incluyendo todo tipo de dibujos y gestos, hasta que estuvimos seguros de entender correctamente lo que se nos quería informar.

En resumen, nos aseguraron sin dudarlo que podíamos remontar el río que formaba aquella enorme bocana que divisamos, y evitamos, poco antes de que nuestro rumbo se tornase completamente al Norte. Navegarlo hasta llegar a un sitio muy próximo a su nacimiento en un enorme lago, y salvando unas pocas jornadas por tierra, llegar hasta el otro gran río, que descenderíamos, hasta que desembocáramos en el mar que nosotros conocíamos como el Mar Negro o Mar del Norte, y que como sabemos, comunica con nuestra mar, no lejos, visto desde aquí, de la añorada y amada Tiro. Y lo que era muy importante a destacar, podía incorporarse a nuestra tripulación un hombre, al que pagaríamos un precio acordado, y nos serviría de guía hasta el río, que como he comentado desciende hacia el mar Negro. Esta opción era una sorpresa a considerar, y no era menor la sorpresa y el hecho de que esta posibilidad, no contemplase nada de extraordinario para estas gentes.

Por todo lo comentado, aun repito la dificultad para entendernos, el tiempo para completar nuestro

regreso, podía ser muy inferior al necesario para retornar por donde vinimos. Los posibles peligros eran desconocidos, pero era éste un tema asumido, en nuestra disposición y ánimo, desde que iniciásemos el periplo, al que no dar mayor importancia que la que tiene. En el lado favorable seguiremos visitando nuevos lugares, y puede que se nos den nuevas oportunidades, que poder aprovechar en nuestro beneficio.

La asamblea no tardó mucho en asumir una opinión unánime, eligiendo esta nueva opción. Por primera vez, toda la tripulación de esta expedición, recordando a nuestros respetados vecinos los Egipcios, que navegando su río se consideraban a sí mismos marinos, con nuestro entendible desprecio a que se denominaran como tal, pasábamos a convertirnos en marinos de río. Afortunadamente esto no teníamos por qué contarlo jamás a nadie.

Hicimos alguna singladura, en sus barcas, por el interior de su mar, contorneando el abrupto litoral de sus tierras, de continuos entrantes y salientes, con playas lo mismo de arena que de piedra, en las que se recogía el preciado ámbar. Sacrificamos varios animales a nuestros dioses y a los suyos (sin llegar a entender del todo si se parecían a los nuestros, o sus dioses eran solo los ríos, los montes, los bosques y otros elementos extraños para adorar), y un nuevo día nos hacíamos a la mar.

Entre una cosa y otra el tiempo había pasado, el buen tiempo que tan escaso es por estas tierras, y disponíamos más o menos del plazo necesario para navegar, hasta el campamento en que nos cobijamos durante el invierno último, y que en el supuesto de que

fuéramos merecedores de la inmensa bondad de los dioses, lo encontraríamos en disposición de volver a utilizarlo, ahorrándonos todo el trabajo de edificar otro.

Su nombre era Hakón, su edad era respetable, y si en verdad no era excesivamente comunicativo, su actitud nos transmitía ganas de agradar y una buena disposición. Cuando no llevaba junto a nosotros más que unas jornadas, a cualquiera podría parecerle que mantenía una conversación fluida con Himilcón, con Mattán, o con Culcas, y el hecho es que se entendían.

Llegamos al campamento que abandonamos en su día y, gracias a los dioses, lo encontramos como lo dejamos en su momento. Repetimos todo lo hecho cuando vinimos la primera vez, y nos dispusimos a pasar las Lunas necesarias, hasta que pudiéramos volver a navegar con la seguridad del buen clima. Esta vez las velas las guardamos a buen recaudo, sin utilizarlas para proteger a Therso, recordando el riesgo que corrimos, de que hubieran sido destruidas por los animales, que construyeron sus madrigueras en nuestro barco.

Por nuestra parte recibimos diez odres, hechos con la piel entera y curtida de los animales más grandes que componen sus rebaños, y que al menos son como un buey, que llenaron hasta los topes con las diferentes categorías de ámbar, cosidos perfectamente, y siendo muy fáciles de estibar en el barco.

Son muchos los cálculos que hay que manejar para hacer una estimación del beneficio que se puede obtener, cuando se ha hecho un tipo de trueque sujeto a todas las circunstancias que coinciden en éste, pero

Ennión asegura que sin poder ajustarse mucho, la ganancia, sin dudarlo, será altísima.

Toda la tripulación hicimos un pequeño acopio de trozos de ámbar, que en algún caso se utilizaba como adorno en forma de collar, pero si ésta era una forma ostensible, siempre podíamos guardarlo entre nuestras vestimentas, porque todos sabemos de sus propiedades protectoras contra las enfermedades, y contra el mal de ojo en particular, a los que todos estamos expuestos.

Por primera vez, la tripulación era consciente, de que nuestro barco transportaba una mercancía, de cuyo alto valor, le correspondía a cada uno su parte, teniendo ahora como objetivo llegar con ella, sanos y salvos, al puerto en que se descargase para su venta.

Como es de entender, todo el conjunto de circunstancias comentadas, el comienzo del anhelado regreso, y el ámbar en nuestras bodegas, mantenía a todos en un estado de euforia, sobre el que solamente pesaba el hecho, que se consideraba como un tiempo perdido, de tener que pasar un invierno más en el campamento.

Esta nueva estancia no fue más que una repetición tediosa de la que sufrimos anteriormente. La actividad, para sobrevivir de la mejor forma posible, pasaba por mantener los hogares, cazar y pescar, jugar con los diferentes juegos de azar de que disponemos, contar amenas historias, aquellos que eran más hábiles para hacerlo, y que tanto nos entretenían, cantar y bailar, discutir todos los proyectos que mejor nos convenían al regresar a nuestra tierra, jurarse mutua

lealtad y amistad para el resto de nuestras vidas, después de compartir esta aventura en grupo, y en fin, todo aquello que se viene repitiendo, cada vez que en este mundo, los hombres hemos sufrido en equipo terribles avatares, que nos han obligado a entender, que el éxito final depende del esfuerzo, y del buen saber hacer de todos los que lo componen.

Desde el primer momento en el que nos asentamos, Himilcón, Mattán, Culcas y yo mismo, mantuvimos muchos cambios de parecer con Hakón, intentando recopilar cuanta más información era posible, sobre todo lo que se pudiera prever, de la navegación que haríamos por el primer río, y la verdad es que cada vez era más fácil entrar en detalles, porque era indudable que su conocimiento era amplísimo, nos ayudábamos con toda clase de dibujos y descripciones, para los que nos sobraba tiempo, y aquel hombre estaba dotado con la gracia de los dioses para entender las lenguas, porque era increíble pensar como en tan poco tiempo entre nosotros, era capaz de entenderse y expresarse aceptablemente bien en nuestra lengua.

Como estaba acordado remontaría con nosotros el primer río, y nos guiaría por tierra hasta llegar al que descenderíamos, dejándonos allí, pero informándonos de cuanto necesitábamos saber sobre aquel otro río, del que conocía todo lo que nos podía interesar.

Esta vez no hubo nada que destacar sobre el tiempo de nuestra estancia, especialmente recordando, que aquí se produjo la muerte de Piteas, y que era un lugar de mal recuerdo.

Pasó el periodo necesario para que decidiésemos que volvíamos a navegar. Algo menos del tiempo que nos quedamos, cuando no teníamos conocimiento de que nos encontraríamos por la proa.

Honramos la tumba de nuestro compañero ausente, realizando el rito acostumbrado y con nuestros más sinceros recuerdos, y nos hicimos a la mar una mañana clara, aunque todavía con un frío considerable, que nuestros cuerpos soportaban con voluntad, porque estábamos regresando al hogar.

Magón volvió a construir una barca similar a la que entregamos, porque aun sabiendo que tendríamos que remolcarla, con todos los cuidados necesarios mientras estuviésemos navegando en la mar, como ya intuíamos, Hakón insistió en lo útil que podía sernos navegando en los ríos.

Tuvimos ocasión de comprobar, en diferentes ocasiones, lo acertado de disponer de una barca, que en el río nos permitía que con cuatro hombres a los remos y uno gobernándola, fuese por delante de nuestro barco, cerciorándose sobre lo que nos encontraríamos avante, se varase en las orillas sin que Therso corriera riesgos innecesarios, y en definitiva, nos facilitase el hacer una navegación fluvial, a la que no estamos acostumbrados (¡Ni queremos estarlo!).

En mi residencia de Ushu, sexto año del reinado de Pigmalión.

Estoy verdaderamente enfermo. Tienen razón mi médico, y los que me rodean y me hablan con cruda franqueza. No puedo quejarme de nada en concreto, porque nada se manifiesta en forma, a la que se pueda atribuir mi cada día más claro deterioro, que ha llegado a tenerme postrado en la cama, sin fuerzas ni para dictar a mi escriba, aunque los dioses saben mi interés por dejar concluido este asunto. Sencillamente, la vida en mi cuerpo está agotándose, y en cualquier momento mis ojos se cerrarán definitivamente, y mi espíritu, ayudado por el buen hacer de mi familia y el de mis amigos, llegará a encontrarse con los dioses en sus placenteras moradas.

Mi cuerpo está agotado, pero mi mente se mantiene clara y alerta, lo que es sabido por cuántos me rodean, y supongo, que solamente, si fuese alguna noticia tan mala que pudiera afectar a mi salud, me la ocultarían, pero en todo lo normal me mantienen al corriente de cuanto acontece en Tiro, y en todo lo referente a Tiro, porque mi interés y curiosidad no han menguado en absoluto.

Como ya dije, nada sucede sin que se termine por saber en Tiro, pero además si la noticia es de tal importancia, la difusión de la misma, puede decirse, que se produce a la vez que está sucediendo.

La buena noticia es que la princesa Elisa ha fundado oficialmente una nueva colonia, en la misma costa y no muy lejana a Útica, a la que han puesto el nombre de Cartago. Lo ha hecho acompañada en esta

empresa por gran número de gentes muy principales, que desde el primer momento la acompañaron, y todo hace pensar que la nueva ciudad alcanzará en un plazo corto la importancia a que debe de estar predestinada.

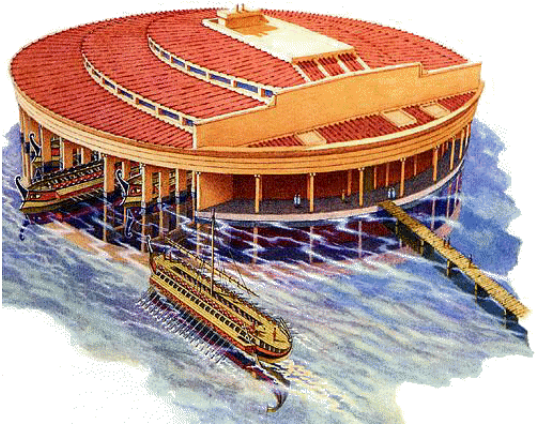
Cuentan, los que difunden esta novedad, que Elisa se valió una vez más de su reconocida habilidad de negociación para hacer creer al jefe de la tribu, al que compró la colina sobre la que se establecería la colonia, que realmente adquiría la tierra que se podía delimitar con la piel de un toro, y que entonces, aceptado el trato, cortó la piel en finísimas tiras, con las que logró abarcar todo el terreno que pretendía. Seguramente esto no sea más que una composición fantasiosa, pero muestra, para cuantos la conocimos, una idea muy certera de las cualidades que la adornan.

http://youtu.be/q7zSHksGaWE

(Enlace infografía del Puerto Militar de Cartago).

Recreación del Puerto Comercial y Puerto Militar de Cartago.

Recreación de la ciudad de Cartago.



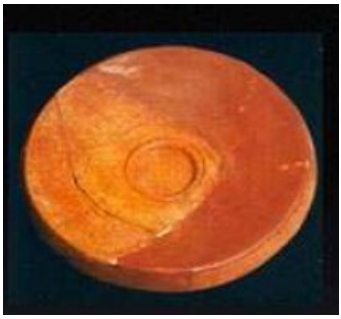
Detalle del varadero del Puerto Militar.

Rampa de varadero.

Vista actual de la Isla central.

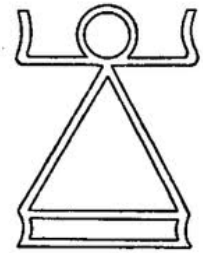
Los oráculos han asegurado, que el poderío de Cartago, será temido en toda la mar y tierras que la rodean, pero también hablan las profecías de que se provocará su destrucción, no llegando a quedar piedra sobre piedra, lo que supondría que, hasta donde se recuerda, por primera vez, una de nuestras colonias participaría de forma activa, en alguna guerra. Nunca son los augurios del todo favorables.

Para mí, y para mi negocio, es sin duda una gran noticia que se funde una nueva colonia, con tanta importancia desde sus inicios y con gentes a las que nos han unido vínculos de interés y afecto. Si la salud me lo permitiese, no dudaría en honrarles con mi presencia y aportar la colaboración que se me pidiera.



Lucerna de dos mecheros (Púnica) - Plato "Pescadero" del mundo Púnico.

Pebetero -Tánit (Astarté en el mundo Púnico).



Símbolo de Tánit.

Elementos típicos del mundo Púnico - Cartaginés.

El que no sabe por qué camino llegará a la mar, debe buscar el río por compañero.

Hemos seguido navegando, sin más pausa que la obligada por un temporal que amenazaba nuestra seguridad, y nos hizo buscar refugio hasta que amainó. Llegamos a la altura de la bocana que ya conocíamos, arriamos la vela, desarbolamos, y aprovechando la marea propicia, remamos sin ningún descanso, durante todo el tiempo necesario, para superar el sin fin de canales, lagunas, y todo tipo de trampas que suponía la enorme delta, que se forma en el brazo del río por el que hemos entrado para remontarlo, y que no es más que uno de los innumerables por los que se puede acceder, lo que desde un punto de vista estratégico, si algún pueblo quiere controlar a quienes lo naveguen, tendrá que hacerlo cuando corra en un solo cauce definido, como sucede en otros ríos enormes al igual que éste, de entre los cuales nosotros conocemos, casi toda la tripulación, el sagrado río Nilo.

Habiéndose hecho de noche, y sin tener claro si navegábamos por el cauce principal, decidimos fondear en medio del lecho, haciendo que nuestra barca bogase rodeando continuamente al barco, y que los vigías se mantuvieran en alerta de cualquier posible peligro que nos acechara. Esa fue la constante durante los siguientes días de navegación, yendo un grupo de hombres con la barca a tierra, para realizar alguna partida de caza y recolectar cuanto de comestible se encontraba, además de hacer acopio de madera para cocinar. También pescaban, una considerable cantidad

y variedad de peces, desde la barca, los hombres que iban remolcados en ella.

Aseguraba Hakón, que podía ser probable, que remontáramos todo el río, sin llegar a tener incidentes producidos por ataques, o intentos de saqueo, lo que por otra parte era comprensible, pensando que nuestro barco, aun desarbolado, daba una imagen de poderío como para desalentar a quienes no estuvieran muy seguros de sus fuerzas, y capacidad de sorpresa para atacarnos.

Desde las orillas, a pesar de la notable anchura del río, tenía que apreciarse la parte que aflora del espolón de proa, cubierto por la funda de bronce. Los doce remos por banda, que utilizamos regularmente, dan clara idea de que la tripulación no es escasa, y de la capacidad de maniobra que disponemos para huir, o atacar según nos convenga. En el puente, a proa, el reluciente protector de cobre, y los escudos en las bandas, son elementos capaces de disuadir a cualquier potencial enemigo, que no esté absolutamente obligado a intentar lograr un botín, por muy adversas que le sean las circunstancias. Este grandioso río discurre entre parajes frondosos, y no como pasa en los ríos como el Nilo en una franja de tierra, que se aprovecha a regar con sus aguas. Los parajes llegan allí hasta donde alcanza la vista desde el barco, o hasta el interior donde penetran nuestros hombres, durante las partidas en busca de la caza y la recolección comentadas.

Como Hakón ha estimado que emplearemos cerca de dos Lunas para remontar este río, hasta que lo abandonemos, para cruzar hasta el que nos llevará al mar que llamamos del Norte o Negro, unido esto al

tiempo que hemos empleado para llegar hasta aquí, todo hace suponer que pasaremos un nuevo invierno acampados en tierra firme, antes de volver a nuestra añorada tierra.

Quiero dar alguna información que consiga ser útil, como vengo haciendo, para aquellos que alcancen a leer mis escritos, y puedan llegar a encontrarse con situaciones similares a las que entonces vivimos en nuestra expedición.

Lo primero que quiero contar, aunque sé que alguno lo atribuirá sin dudar a la fantasía que nos suponen a los hombres de mar, aunque en este caso me voy a referir a un tema de río, es que cuando he comentado que se pescaba desde la barca que remolcamos, a la vez que en la noche se daban vueltas lentamente a remo, para vigilar que nada o nadie se aproximara al barco, era frecuente que pescáramos un tipo de peces, que por su tamaño y peso, prácticamente dos veces mayor que los de un hombre normal, tenía que ser matado, después de atraparlo con los anzuelos, por la necesidad de ser izado directamente al barco, ante la imposibilidad de poder halarlo previamente en la barca. Eululaios los cocinaba, con el agrado que le causaba la sorpresa de algo tan desconocido, y bien apreciado por casi toda la tripulación.

Hakón nos contó que se podía pescar en el río otra especie de pez, de este mismo tamaño o aún mayor, le creímos, pero no llegamos a pescar ninguno para comprobarlo.

Navegar el río a remo cada día, suponía un esfuerzo constante, que hacía por turnos de relevo la

mitad de la tripulación, teniendo que poner en el lado positivo que el riesgo de una mar, siempre embravecida por estas latitudes, había desaparecido totalmente, aunque muy posiblemente, por motivo de algún oportuno olvido, o de presumir sin tener enemigo enfrente, había quien manifestaba que un verdadero marino no debería pasar tanto tiempo en estas aguas.

Con referencia a este comentario, hay que añadir, que tuvimos días con el viento suficiente y favorable, para que la vela nos fuese de gran ayuda en la navegación, y esto debe de tenerse en cuenta, si esta vía llega a ser utilizada con frecuencia, y se puede comprobar su adecuado grado de seguridad, pero en esta ocasión, sin el grueso de los conocimientos necesarios, Himilcón decidió que solo navegaríamos a remo, manteniendo una capacidad de respuesta ante cualquier evento mucho más segura.

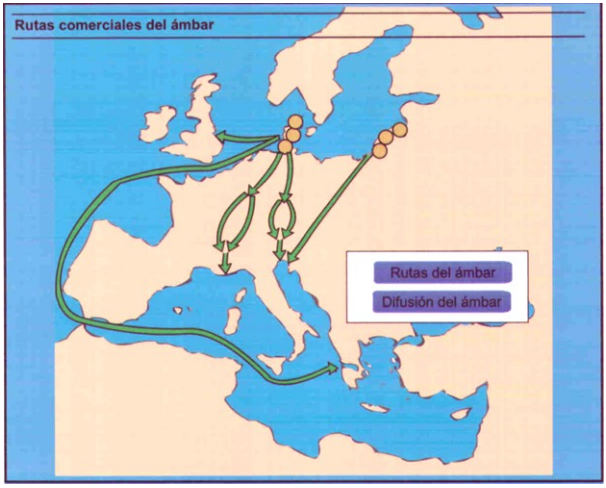
La ocupación de la tripulación, con lo que esto de importancia supone, es casi constante y nadie tiene por qué estar ocioso, al poder continuamente emplear su tiempo libre en algo de provecho.

Es conveniente tener en cuenta, que si la forma en que estábamos realizando nuestro regreso, no iba a acrecentar el conocimiento que teníamos sobre las gentes, las tierras o los productos, que pudieran sernos interesantes, suponía en sí, algo experimentado por nosotros mismos, con todas sus consecuencias. Era una vía diferente de comunicación, sino del todo desconocida, como ya sabíamos, lo suficientemente poco conocida, para que supusiera un valor importante a considerar.

Añadiendo alguna novedad más, recuerdo que remontamos el río, y creo que todos los afluentes importantes que desembocaban en él, puede que menos uno, lo hacían por nuestra banda de babor, lo que es importante resaltar, ya que estos ríos, son los que pueden proporcionarte, más fácilmente, un ataque por sorpresa, una corriente que evitar en tu navegar, o algún tronco, o cualquier otro elemento que estas aguas arrastren, y puedan dañar al barco.

Creo haber hecho referencia a que, la casi totalidad, de las orillas del río se presentaban llanas, con bosques que dificultaban ver al interior, dónde, si acaso, se apreciaba alguna suave colina en la lejanía. Solamente recuerdo un tramo, que se presentó entre un escarpado macizo rocoso, con una pronunciada curva, y mayor intensidad de la corriente, que nos obligaron a redoblar nuestro esfuerzo con los remos y el gobierno del barco.

No recuerdo que hubiera nada más que poder resaltar y en consecuencia contárselo a mi escriba. Puede que efectivamente no lo hubiera, o que mi memoria falle, aunque os aseguro que no lo estimo así.



Rutas más conocidas, terrestres y marítimas, del ámbar.

Río Rin.

Siluro.

Río Rin. Anchura media superior a los 300 m.

Un barco que parecería grande en el río, resultaría muy pequeño en plena mar.

Fue, algo más de tiempo que una Luna, el periodo que permanecimos en el río, desde que iniciamos el remontar de su cauce, hasta el lugar en que Hakón comunicó que lo abandonábamos, y a pesar de que posiblemente, podríamos haberlo recorrido en bastantes menos jornadas, nosotros sabíamos que estábamos totalmente condicionados por la época del mal tiempo, que ya se nos echaba encima, y aunque las condiciones para navegar, no debían en principio tener un punto de comparación con las que conocemos en mar abierta, el hecho, increíble de aceptar para nuestras mentes, de que los enormes cauces de agua que navegábamos se podían llegar a helar, uniendo esto a la necesidad de transportar a Therso por tierra desde un cauce al otro, nos obligaban a quedarnos durante un nuevo invierno, en un campamento improvisado.

Es lo que nos dispusimos a hacer, con la esperanza firme, de que este fuese el último invierno antes de atracar nuestro barco en el puerto de Tiro, o al menos, encontrarnos navegando a la vista de costas conocidas de nuestra mar, gozando de la bonanza de aquel clima, que casi tenemos olvidado.

El río tenía el cauce más estrecho desde un par de jornadas atrás, nuestro rumbo había pasado de ser Sur a volverse al Levante, y en un momento dado, que se volvía Norte, en uno de los numerosos meandros que configuraban el cauce, Hakón nos indicó que atracáramos en la orilla que teníamos a babor.

Era aquí dónde, igual que en las ocasiones pasadas, montaríamos nuestro campamento, pero a diferencia de aquellas, nuestro barco no iba a estar protegido para pasar un largo invierno, o al menos no lo iba a estar, en las condiciones conocidas.

Tal como teníamos comentado con Hakón, el plan era, que una vez instalados en el campamento, una representación le acompañaríamos, yendo a visitar a los habitantes de las tribus que están establecidas en las orillas de un enorme lago, a un par de jornadas a pié, con quienes se negociaría el acarrear a Therso, desde este lugar, hasta el cauce del nuevo río a navegar. No era la primera vez que Hakón negociaba un acarreo de mercancía entre los ríos, pero si la primera en que, la mayor parte de la mercancía, la constituía un barco, y precisamente con las dimensiones del nuestro.

La verdad es que al llegar ese momento, con Magón de acuerdo, y dispuesto a ello con el buen ánimo que le caracteriza, el barco estaría desmantelado en sus partes principales, aunque no dejaba de ser una carga difícil de portear.

Sacamos el barco a tierra, en la manera que ya es acostumbrada. Esta vez nos ocupamos de que quedase un amplio espacio despejado a su alrededor, en previsión del que se necesitaría al ir desmontándolo por partes, además del sitio necesario para construir un cobertizo, en el que guardar todos los componentes de menor tamaño, clasificados y almacenados de manera tal, que durante el transporte, y más tarde cuando se realizase el montaje, estuvieran fácilmente localizables.

El barco, quedó desmontado, básicamente de la siguiente manera. Su parte central o principal, formada por un tronco ahuecado, fue despojada de las dos postizas con las cuadernas, las tablas que las forran y sus regalas. A estas tres partes se sumaba la cuarta, compuesta por el puente de combate, en el que a su vez se acopiaron los cincuenta remos y los timones, el mástil y la verga de la vela, los bancos de los remeros, que proyectados de una banda a la otra, descansaban sobre las postizas reforzándolas, y haciendo la función de baos. Se acopiaron también en este puente los treinta troncos, que a modo de columnas, lo elevaban sobre la cubierta inferior, las anclas, y toda la jarcia. En resumen, además del resto de los fardos, que podían considerarse como mercancía normal, teníamos tres bultos especiales, el tronco principal, el puente, y las dos postizas agrupadas en un bulto, que hasta hacía muy poco eran un barco, y que esperábamos que en breve volviera a serlo. Las velas no se incluyeron en este conjunto, en previsión de que alguna pudiera tener una utilidad distinta.

De esta manera, pero con la precaución de situar sobre troncos las cuatro partes, y protegerlas con el correspondiente chamizo, se quedó Therso dispuesto a pasar un nuevo invierno.

El campamento se construyó, a semejanza de los anteriores, en cuanto a la distribución y a las medidas de seguridad que repetimos, aunque afortunadamente, no habíamos tenido ocasión de contrastar su grado de eficacia.

El Rin a la altura de Waldshut - Tiengen (Alemania).

Completamente asentados, llegó el momento de ir con Hakón al encuentro con las gentes que nos harían el necesario acarreo, y que en base a la seguridad que Hakón nos transmitió, asistimos únicamente él mismo, Mattán, Magón y yo. Al menos hasta ahora, habíamos tenido suerte con todos aquellos extranjeros en los que depositamos una mayor, o menor confianza ¡Que los dioses quieran que siga siendo así!

Anduvimos durante tres jornadas con dirección a Levante, siguiendo la mayor parte del tiempo el río, que hasta hacía unos días navegábamos, y que pudimos apreciar como en algunos tramos se mostraba con tal fuerza la corriente en contra, que presumiblemente no hubiéramos sido capaces de remontarla. Llegamos,

como estaba previsto, a un lago que daba vida al río, y siguiendo su orilla, nos llevó al poblado que Hakón conocía.

Nos pareció que el número de sus pobladores era mayor del que pensábamos encontrar, y aunque se agrupaban en conjuntos de chozas, que debían albergar a ocho o diez familias, y cada conjunto estaba separado de los demás, el total de estos grupos no tendría menos habitantes que una de nuestras colonias, de las que se consideran importantes.

Estaba claro que vivían holgadamente, con todo lo que les proporcionaban aquellos bosques que tenían próximos, la caza y los productos que recolectaban, la agricultura en forma de huertos y zonas de cereal, y la generosa pesca que sacaban del lago.

No vimos ningún indicio, que nos sugiriese que tuvieran una actividad significativa con los metales en general, ni con el oro o la plata, en particular.

Fuimos recibidos, con cortesía y hospitalidad, nada diferentes a las que eran comunes en nuestro entorno, alojándonos a los cuatro en una confortable choza, que agradecimos sobremanera, después de los tres días de marcha. Fuimos agasajados con alimentos, variados y muy abundantes, y además reconfortamos nuestros cuerpos con un baño de aguas calientes, que nos pareció un placer reservado a los dioses. Aunque pasamos un tiempo antes de retirarnos a dormir en nuestra choza, Hakón hablaba con nuestros anfitriones, y nos traducía, de temas tan generales como viajes, o formas de vida de otros pueblos, pareciendo más un encuentro fortuito como los que se producen entre

viajeros desconocidos en una casa de alojamiento, que el de un interés concreto por el que este encuentro se estaba ocasionando y con toda la importancia que para nosotros tiene lo que nos trae hasta aquí, pero sobre esto ya tendríamos tiempo para hablar mañana, o en los días siguientes. Hoy lo que tocaba era alimentarse bien, relajarse y dormir en paz.

Vimos que los útiles que utilizaban en sus distintas actividades no carecían de buenas cualidades, los que seguramente eran fabricados por ellos mismos, y algunos, que daban prueba clara del contacto que mantenían con pueblos, vecinos al nuestro, o del nuestro mismamente, ya que como he dicho, nos hemos encontrado con más de una sorpresa, en este sentido. Esto que comento se apreciaba sobre todo en las herramientas, las armas, las artes de pesca y otros utensilios en general, pero por los motivos de nuestro interés concreto, lo que más positivamente valoramos, fue la abundante presencia de enormes, robustas, y lo que es de más a destacar y fácilmente apreciable, bien hechas carretas de madera, que utilizaban para los acarreos propios, y para los que les contrataban, atravesando por tierra las mercancías, que pasaban de los barcos que navegaban el río que habíamos dejado, a otros que se encontraban atracados en el que pronto íbamos a navegar, si los dioses nos lo permiten.

Hakón les comunicó de inmediato que esta vez, entre la mercancía a trasladar, además de lo que era acostumbrado, se encontraba un barco completo -sí, lo habían entendido bien, era un barco completo- y no precisamente de pequeñas dimensiones. Se notó, por una parte la sorpresa, y por otra parte, el beneficio

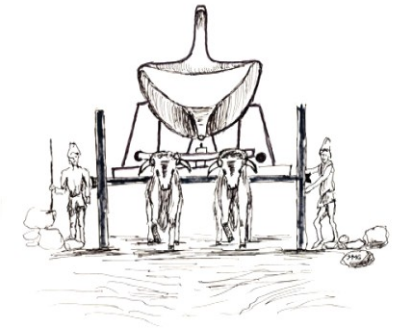
añadido que podía aportar todo lo de especial, que suponía un transporte de este tipo, pero lo que no se notó para nada fue, que ni por un momento, pensaran que por muy grande que fuese el barco, y mucha la mercancía que pudiesen llevar en un barco así, ellos no iban a ser capaces de transportarlo de un lugar a otro, con sus magnificas carretas y su experiencia.

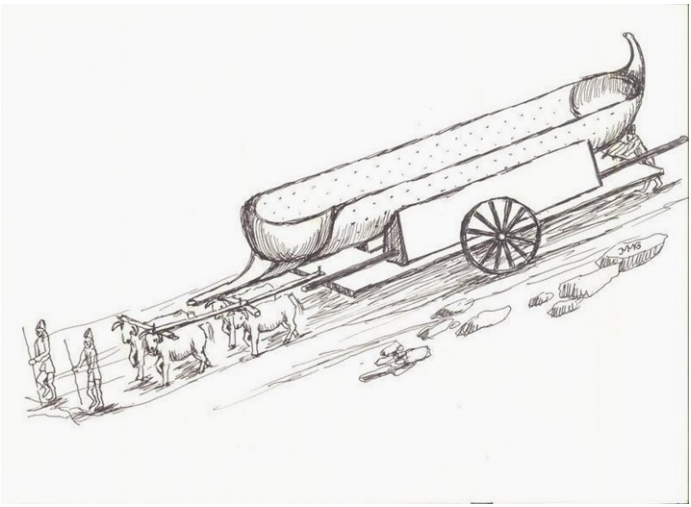
Era sencillo darse cuenta de que las carretas que veíamos no tenían el diseño adecuado para transportar a Therso en las partes que lo habíamos desguazado, siendo el problema principal las medidas y no el peso, ya que las carretas eran más que suficientemente robustas, pero sus dimensiones no eran las apropiadas, para los más de sesenta codos de largo total del tronco principal, y los pocos menos codos que medían los otros dos bultos, correspondientes al puente y a las dos postizas.

Magón tenía la opinión de que el diseño de las tres carretas podría estar, básicamente, compuesto por una plataforma central sin laterales, que sería la carreta en sí, con las dos ruedas sobredimensionadas, con las medidas aproximadas de unos treinta codos de larga por ocho codos de ancha, y su lanza correspondiente, para sujetar el yugo, al que irían uncidos dos parejas de bueyes. Sobre esta plataforma se alojaría una base de dos apoyos, de un codo de altura cada uno, dispuestos, para encajar entre ellos, el tronco principal del barco (o el puente y las postizas), de los que saldrían hacia adelante dos lanzas de unos veinte codos, y hacia atrás otras dos lanzas de unos diez codos, logrando una dimensión total adecuada para asentar cada uno de los tres bultos.

Manifestó esta propuesta a los hombres que le escuchaban con la ayuda de la traducción que hacía Hakón, copia de alguno de los dibujos, que sirvieron para construir el barco y que yo he guardado siempre conmigo, y alguno que hizo el propio Magón, para mejor explicar su idea. Fueron varios los encuentros que se mantuvieron para matizar todo lo que a cada uno de los participantes en la reunión se le ocurría, creyendo con total seguridad Magón que había sido perfectamente entendida la solución que él proponía.

Dejaba a su iniciativa todo lo referente al resto de los detalles, estando confiado en la capacidad que tenían, para hacer un buen trabajo.





Recreación de la carreta, diseñada para el tronco central. (Dibujos de J.M. Gambero).

Disponían de todo el periodo de mal tiempo que nos quedaba por delante, para modificar la carretas o construir una nuevas, y era éste el mismo que teníamos nosotros, para intentar pasarlo de la mejor manera posible, animados por la certidumbre de que todos los esfuerzos que estábamos haciendo, buscaban el ansiado fin de regresar cuanto antes a nuestra tierra.

El frío era algo terrible, la sensación no puede ser transmitida con palabras. Si el que recordábamos de los dos inviernos anteriores, nos pareció entonces que era imposible de soportar, el que padecíamos ahora era todavía mayor, lo que convertía, a cualquiera de las actividades diarias que necesitábamos hacer, como proveernos de leña, salir a cazar, pescar o recolectar, en un verdadero tormento, que con frecuencia daba lugar a discusiones, cuando no, a actitudes que enfrentadas a la obligada disciplina, en algunas ocasiones nos forzó a tener que aplicar los correspondientes correctivos, por mucho que nos doliera a los responsables el que se empleasen unas medidas tajantes.

Magón consideró necesario, cuando ya habían pasado dos Lunas, hacer una visita a los pobladores del lago para discutir cualquier duda que hubiera surgido, hacer manifestación de nuestro interés por su trabajo, y a la vez poder confirmar que éste se estaba haciendo bien. Éramos conscientes de las dificultades, que para gentes como nosotros, suponía el aventurarse en esta andanza, pero Magón, al igual que todos los que participábamos de sus comentarios, no queríamos ni pensar en la posibilidad de que, una vez llegado el buen clima, no pudiéramos movernos de aquí, porque no se hubieran terminado de construir las carretas. Fueron

tales los miedos que se suscitaron, que al final se decidió, que Magón y su ayudante se quedaran en el poblado para supervisar los trabajos, asegurándose de que estos llegaran a buen fin, y que los otros tres componentes de la expedición regresaran trayendo las noticias oportunas, y cualquier requerimiento, si es que lo hubiera.

Fue acertada la idea, a pesar de las penurias, pasadas durante la ida por todos, y a la vuelta por los que regresaron.

Las carretas se estaban construyendo sin ningún problema, aunque Magón tendría que aclarar algunos detalles, que podían hacer más fácil el alojamiento de los componentes del barco, y los mismos responsables de la construcción apreciaron el que Magón se quedara, hasta la terminación de las mismas.

Para ayudar a entender lo que quiero decir, cuando manifiesto que el frío era terrible, valga referir, que los hombres que volvieron, nos contaron que todo aquel inmenso lago que habíamos visto, se encontraba completamente helado, pudiendo andar sobre él, y de esta manera, atravesarlo de lado a lado.

Nunca he podido entender que haya pueblos que se habitúen a vivir en tierras tan inhóspitas como éstas, pudiendo habitar en otras con mayor bienestar, y ahora que soy ya viejo, lo entiendo menos todavía.

En cuanto el clima empezó a mostrarse un poco más soportable, aumentaron en todo el grupo las ansias por iniciar el viaje, y cualquier tarea era realizada, a quienes se la encomendaban, con la mayor presteza,

pensando que ayudaba a acortar el momento decisivo de ponerse en marcha.

Y por fin el ansiado momento llegó. Magón se adelantó para anunciarnos, que en un par de días vendrían al campamento, el conjunto de los hombres, animales y carretas, que llevarían nuestras mercancías y a nuestro barco hasta un sitio elegido, en el que una vez recompuesto, sería botado en el nuevo río.

Componían la expedición las tres carretas con el diseño comentado, tirada cada una por dos parejas de bueyes, cinco carretas, de las habituales que ellos usaban, tiradas por una pareja de bueyes cada una, dos bueyes de repuesto, creo que unos veinte hombres, dos jóvenes que posiblemente estaban aprendiendo que se hacía y cómo, y un numeroso grupo de perros, que no dejaban de crear un escándalo de ladridos y peligrosas carreras, entre las personas y los animales.

Contratamos en un alto precio, que a la vista de toda la expedición se entendía más que aceptable, y que además de nuestros géneros acostumbrados de pago, incluyeron la práctica totalidad de aquellas pieles que habíamos acopiado, que confiábamos en no tener que utilizar nuevamente (¡Los dioses lo permitan!), y la mitad del ámbar de uno de los odres.

Colaborando todos, empleamos la luz de tres días, para tener dispuesta nuestra partida. Realizamos un sentido sacrificio a los dioses, y al amanecer del cuarto día nos pusimos en camino.

La marcha es lenta y está condicionada por la carreta que acarrea el tronco principal y encabeza la

expedición, teniendo, las demás carretas, que ajustarse a su paso.

Hemos iniciado la salida con suficiente luz, lo que es acertado, porque los arrieros tienen que realizar una minuciosa vigilancia continua del suelo que van a hollar las ruedas, con una especial atención a las de la primera carreta, y solamente con la claridad suficiente, se puede apreciar cualquier posible causa de problemas.

Los bueyes de recambio no solamente tienen esa finalidad que se pudiera contemplar en un primer momento, hemos podido comprobar cómo, con una solución hecha con correas que llevan preparada, unen rápidamente su yugo al que está tirando de cualquier carreta, ayudando así a solventar problemas de atascos, o de otro tipo, en que haya que aumentar la fuerza de arrastre.

Aunque está claro que conocen perfectamente los pasos por los que avanzaremos, dos o tres de los hombres van de avanzadilla, comprobando si durante el invierno se ha generado algún tipo de obstáculo que haya que arreglar, y con una cierta frecuencia, uno de ellos viene a nuestro encuentro, notificándonos que el camino está despejado, o reclamando el tipo de apoyo que se necesita, para dar solución al impedimento con que se han topado.

No hay duda que estas gentes saben a dónde van y por dónde ir, y se puede deducir que si han aceptado hacerlo con estas carretas es que, con más o menos dificultad, pero llegaremos a nuestro destino.

Concluyó el primer día de marcha, en cuanto la luz no era suficiente para sus exigencias de seguridad.

Se detuvo la expedición pero comenzó al instante una actividad frenética, ocupándose unos de los animales, dedicándose otros a proporcionar las viandas a los cocineros, nuestro Eululaios y como se llamara el de ellos, empleando las carretas y carpas, confeccionadas con pieles, a modo de techo, para protegernos en lo posible del frío y de la humedad que traen la noche, comiendo, bebiendo y cantando, contentos porque el día se dio bien. Se repartieron las guardias a quienes iban a vigilar nuestro sueño, y el resto nos dispusimos a descansar, para poder encarar con ímpetu el nuevo día.

Nos dicen que la dirección que llevaremos todo el tiempo será, igual que hoy, al Norte, y si no ocurre algo verdaderamente grave, a pesar de lo ralentizado de la marcha, que puede ser hasta un tercio menor de la que llevaríamos con unos impedimentos corrientes, no emplearemos más de siete u ocho jornadas para llegar a nuestra meta.

Sigo encontrando a los perros muy molestos durante el día, pero al llegar la noche hacen en verdad una función que es inapreciable, durmiendo junto a los bueyes, evitando que algún oso, o lobo, hambrientos y desesperados, puedan sorprendernos, causando cuando menos, algún daño a los animales.

No cuento nada más de este primer día, porque no hubo nada en especial que destacar, y cuando te ves envuelto en tantas y tan extrañas circunstancias, ajenas a ti, es de agradecer que no haya nada de especial que resaltar, porque si lo hay casi siempre es algo negativo.

Comenzamos la siguiente jornada de marcha con mucha menos tensión que la primera, con la corta,

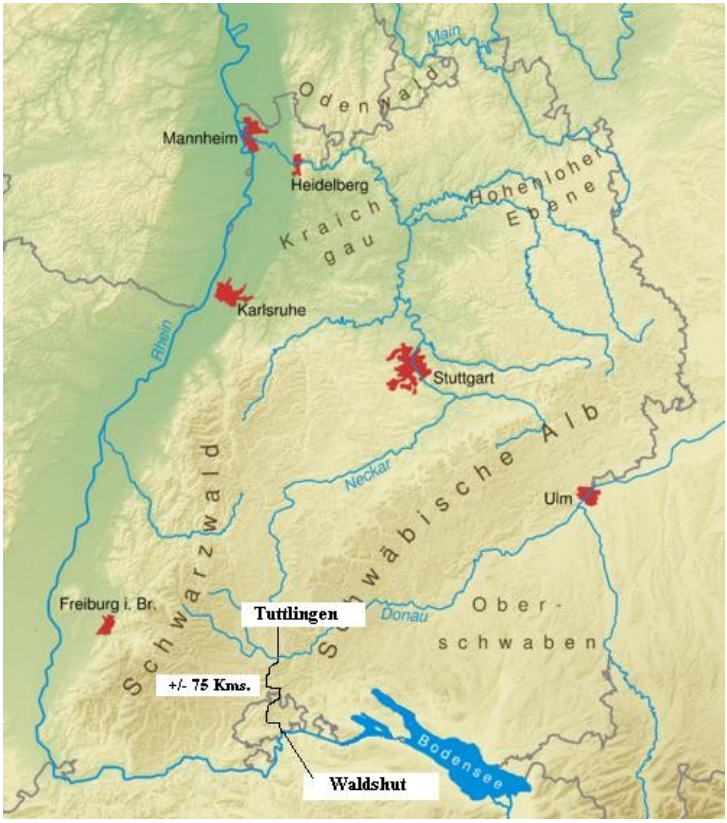
pero intensa experiencia sufrida, y esto nos permitía incluso, aportar una mejor colaboración en aquellas necesidades que se creaban.

Puede decirse que todo el camino era una senda abierta en un inmenso bosque, y era evidente que ésta daba todas las vueltas necesarias, para mantenernos en el terreno llano, evitando que las carretas tuvieran que superar trechos muy pronunciados, pero aun así, se presentó alguna dificultad, cuando hubo que maniobrar con las carretas grandes, en recodos que eran estrechos para su giro, llegando el caso de tener que talar árboles, o incluso ensanchar un paso.

Lo pausado de la marcha permite, que grupos de nuestros hombres, puedan realizar avanzadillas, que además de servir para detectar una posible emboscada, siempre vuelven con alguna pieza cazada, que se añade a las provisiones de comida que transportamos.

Estamos teniendo buena fortuna con el tiempo. Durante estos dos días, ha soplado el viento con alguna intensidad pero casi no ha llovido, lo que para nuestra expedición es favorable, porque el viento puede ser algo molesto, pero la lluvia lo es más, y sobre todo hace que sea muy peligrosa la marcha de los animales, con el riesgo de caídas y atascos.

Llevamos escaso tiempo juntos, pero el grado de camaradería, que existe entre los dos grupos, es sincero y espontaneo. Esta noche, cuando estemos comiendo alrededor de un fuego, con la ayuda de Hakón quiero aprovechar y preguntarle al jefe de ellos, que se llama Artús, todo lo que se me pueda ocurrir sobre estas expediciones.



Lugar de cruce aproximado, entre los ríos Rin y Danubio. (De Waldshut a Tuttlingen).

Después de otras cinco jornadas más, sin otros problemas que los previstos atascos, caídas y algún momento de lucha desesperada contra la tozudez de nuestros animales, nos anunciaron que al siguiente día llegaríamos a la margen del río, con luz todavía para elegir un lugar apropiado donde poder descargar todas las carretas, teniendo en cuenta la trabajosa faena, que nos quedaba por hacer con el barco.

Era tal el entusiasmo que nos inundaba, que se diría que era a nuestras casas adonde llegaríamos, y no a la ribera de un río, que solo era otra etapa, de nuestro dilatado viaje.

No conseguí, en las diferentes conversaciones que intenté concretar con Artús, ninguna información especialmente válida, o que sencillamente saciara mi natural curiosidad, y esto no fue porque él actuara de una forma precavida o interesada, creo que puede atribuirse a su falta de motivación por nada que esté fuera de la influencia de su pueblo, y la prueba puede ser, la ausencia de cualquier pregunta sobre mí mismo, sobre nuestro pueblo, o relativa a nuestra procedencia. Ni siquiera llegó a preguntar algo sobre nuestro barco.

Pude saber que alcanzaban a completar dos o tres expediciones de un río al otro, cada año, para gentes que hablaban parecido a nosotros, y para otras, que su manera de hablar, en nada se asemejaba a la nuestra.

Contó con mucha convicción, y yo le pedí a Hakón que se asegurase de entender bien lo que decía, que al igual que ellos, otros pueblos que habitaban mucho más al Norte y otros más al Sur, acarreaban

mercancías, pasándolas de un río a otro, como hacían ellos aquí. Sabía que salvaban distancias mayores y con peores caminos, pero no con un tipo de carga como la nuestra.

Esta información, aunque vaga, era de tener en cuenta, y valorarla en todo lo que merece, intentando documentarla en su momento y con cuantas fuentes a las que se pudiera recurrir, porque nuestro itinerario natural para comerciar está en la mar, pero una ruta, conectada por tierra y ríos navegables, puede llegar a ser verdaderamente interesante, especialmente si los costes por mar se encarecen.

Nos ocupó varios días volver a recomponer el barco, con las tres partes principales en las que lo habíamos desguazado, y arrancharlo completamente, y fueron menos de lo esperado, porque contamos con la ayuda de todas las gentes que nos trajeron hasta aquí, entre los que se encuentran magníficos carpinteros. Aprovechando esta circunstancia, y la abundancia de madera, se cambiaron algunas partes de la tablazón, que presentaban muestras de podredumbre, y otras que habían sufrido algún tipo de daño.

Con tantos hombres y medios, nos fue bien fácil volver a botar a Therso, y aunque por segunda vez lo hacíamos en un río, y no en nuestra apreciada mar, la ilusión invadía nuestros corazones y dábamos, a gritos y con plegarias íntimas, gracias a nuestros dioses.

Al despedirnos de Hakón, y de todas aquellas gentes, manifestamos, como mejor fuimos capaces de hacerlo con nuestras palabras y gestos (el pago ya se hizo y cada vez nos parecía más justo) muestras de la

gratitud, que con su generosa disposición nos habían procurado.

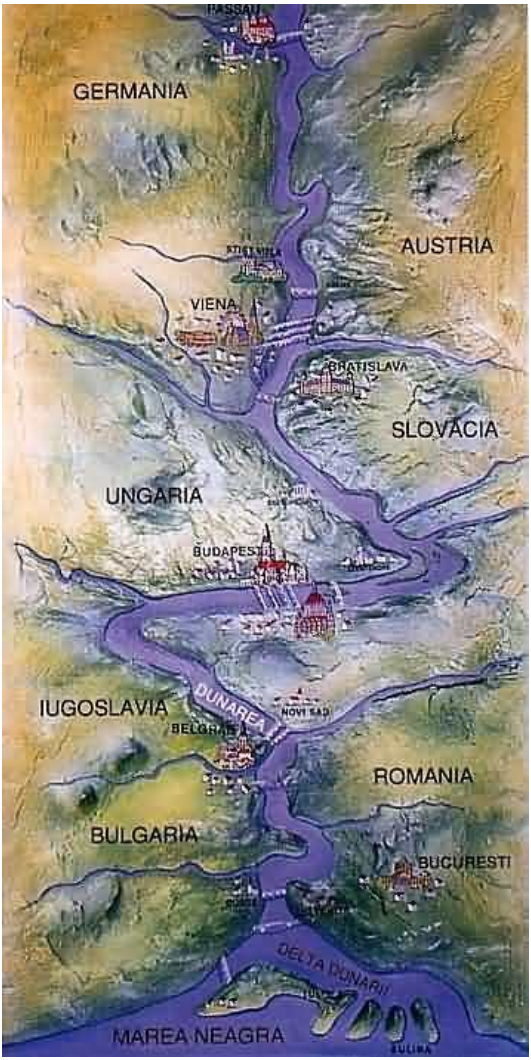
Con un clima aceptable, que nos permitía vestir nuestras ropas habituales, las barrigas llenas, con la copiosa cena de despedida, el barco en un estado muy aceptable, y sin tener que vencer su corriente, porque este río descendía hacía el Mar Negro, que era nuestra próxima meta, iniciamos el primer día, de esta nueva navegación.

Como los objetivos que nos habíamos marcado para la expedición ya estaban cumplidos, al menos en lo que había sido viable, era nuestra intención lograr, que el regreso a nuestra tierra, se hiciera en el menor tiempo posible, pero continuamente, tomando todas las precauciones necesarias, evitando los riesgos de la navegación, que seguía siendo por el cómodo cauce de un río (¡Cuánto añorábamos nuestra querida mar!), pero con unas características muy diferentes a la experiencia que habíamos adquirido, navegando el río anterior con el esfuerzo de tener que avanzar contra la corriente del mismo, y aunque ahora navegamos con la corriente impulsando a nuestro barco a su destino, la realidad es que los esfuerzos no escasean, teniendo que retener en ocasiones la marcha, cuando no tener más remedio, que realizar rápidas y bruscas maniobras, ordenadas precipitadamente por los vigías, para salvar obstáculos que nos podrían producir verdaderos daños.

Que todo el mundo sepa, que a bordo de un barco siempre hay que estar en un estado continuo de alerta, dando lo mismo que navegues la sagrada mar, un río, como éste en el que ahora lo hacemos, o que

estés fondeado, en lo que supones que es una cala a buen recaudo.

Nuestras provisiones están sobradas, nuestro estado de ánimo y físico en inmejorables condiciones. Somos tripulación más que suficiente para hacer turnos de alerta, a los remos durante las horas de luz, y las guardias de vigía y seguridad necesarias, para tener una navegación fiable, en todos los sentidos.


PASSAU
GERMANIA
AUSTRIA
KLOSTERNEUBURG
VIENA
BRATISLAVA
SLOVACIA
UNGARIA
BUDAPESTA
DUNAREA
IUGOSLAVIA
NOVI SAD
BELGRAD
ROMANIA
BULGARIA
BUCURESTI
DELTA DUNARII
MAREA NEAGRA
SULINA

Río Danubio.

En mi residencia de Ushu.

¡Pretenden engañarme! Tal como os lo cuento. He obligado a mi escriba a que deje esto por escrito, para que todos aquellos que lean en el futuro este relato sepan, que hasta el último momento de esta larga vida, mi mente se ha mantenido siempre lúcida, y mis recuerdos aceptablemente ciertos.

¿De verdad piensan que voy a creer sus piadosas mentiras? Quieren convencerme de que se debe a la casualidad el que hayan coincidido, entre los días de ayer y hoy, tantos amigos, clientes, proveedores, e incluso compañeros todavía vivos, como yo, de los que hicimos juntos el viaje que estoy dictando (a los que encuentro, con franqueza lo digo, muy avejentados, aunque aseguraría, que alguno al menos, es más joven que yo), y todos proclaman que me encuentran muy bien de aspecto.

Son unos cuantos, los que incluso, han decidido alojarse en mi casa, lo que altera de forma inaguantable la rutina, que desde hacía tanto tiempo y con tanto esfuerzo, logré crear, y que me es tan necesaria, pero la verdad sea dicha, es desde hace ya bastantes días, que mi querido hermano Mattán, con toda su familia, que también es la mía, están viviendo bajo mi techo, y aunque mi cariño y agradecimiento es inmenso, mi paz y mi sosiego, se interrumpieron ya desde su llegada.

He dicho a mi escriba que me apetece dormir un poco, pero que esté listo, para continuar dictándole de nuevo, en cuanto me despierte, y disfrute de un ligero refrigerio…

Mi nombre es Eshmunazar, y soy desde hace algunos años el escriba de mi amo y señor Urkatel. Soy el que ha escrito todo lo que se recoge sobre el viaje que me ha estado narrando, y que junto a lo que a continuación yo cuento, obedeciendo su orden de que así lo hiciera, entregaré todos los papiros a su hermano, y mi nuevo señor y amo, Mattán para que él disponga lo que más convenga hacer con ellos.

Mi amo y señor Urkatel no despertó del sueño que me anunció, y fui yo mismo quien se percató de que había muerto, cuando pasado bastante más tiempo que el que era acostumbrado para sus reposos, no había requerido que me presentara ante él, y yo que estaba autorizado para ello, me acerqué a su lecho, para ofrecerle mis servicios en todo lo que necesitara.

Se emplearon tres días completos para completar el ritual, que la familia y amigos, dispusieron dar a los restos de mi amo y señor, y todos los principales de nuestra ciudad, e incluso de otras lejanas, asistieron a los mismos, dando prueba fehaciente de la importancia de quien había muerto.

Cuando todo terminó, y se volvió a la rutina, la muerte de nuestro amo, se nos hizo a muchos tan insoportable, como para desear haberle acompañado a su encuentro con los dioses, y no tener que sufrir su ausencia el resto de nuestros días.

Sobre el final de su viaje, aunque no me lo ha podido dictar, hemos tenido la ocasión de comentar sobre el mismo tantas veces, en que no apeteciéndole dictarme, teniendo que esforzarse por poner en orden sus recuerdos, se disponía a narrar los acontecimientos,

limitándome yo a escucharle atentamente, y si acaso me parecía muy oportuno, preguntándole sobre alguna curiosidad que se me creaba, o confirmando algún suceso que ya tenía registrado en el papiro, si me procuraba duda lo que ahora me decía. Siempre con la intención, de que lo que quedase escrito se ajustase en todo lo posible a la realidad como aconteció, sabedor, como lo soy, de que esto era lo que más deseaba, y se exigía a sí mismo mi amo y señor.

Aunque mi memoria es realmente buena, y alguna anotación hice en su momento, me atreví a pedir que confirmase, mi nuevo señor Mattán, los recuerdos sobre lo que me comentó su hermano de la última etapa del viaje, y además tuve la oportunidad de reunirme en varias ocasiones con Ennión, aquel joven vidriero, joyero y pintor de miniaturas, hoy señor de extensas tierras de labranza y rebaños de reses, quien sin que fuese por orden concreta de mi señor Urkatel, incluso puede que nunca se hubiera percatado de ello, había realizado dibujos sobre temas que le llamaban la atención, al menos cuando las circunstancias fueron propicias para ello.

Conservaba diferentes dibujos sobre alguno de los poblados que habían visitado, sobre sus gentes, los tipos de embarcaciones, armas de defensa y caza, animales que no conocían, y otros muchos, que me entregó, para que yo a su vez los uniera a los papiros que componen el relato del viaje. Yo lo entregue todo junto, en su momento, a mi señor Mattán.

Mañana mismo pondré en orden mis ideas y mi información, y escribiré sobre el papiro, lo último que queda por contar sobre el viaje, esta vez, sin que sean las palabras de mi señor, las que queden para siempre fielmente reflejadas en el.

El descenso de este río se hizo, como ya se contó, aprovechando todas las horas de luz del día, sin ningún contratiempo que mi señor recordase, con toda la prudencia y las medidas de seguridad, que la falta de experiencia requerían.

Río Danubio. (Detalle de su recorrido hasta desembocar en el mar Negro).

Sin que pudiera recordarlo con la precisión que siempre quería aportar, creía mi señor, que aun siendo este río más largo y de más caudal que el primero, el tiempo que emplearon hasta llegar a su desembocadura fue similar al que necesitaron para navegar el anterior. Si acaso alguna jornada más, pero fue inapreciable.

Recordaba, perfectamente, que no tuvieron apenas que valerse de las reservas de las diferentes clases de carnes que habían embarcado, conservadas en sal, ya que la caza de aves era todo lo abundante que podían necesitar en el día a día, y la pesca, además de copiosa, era espectacular, llegando a pescar en varias ocasiones un tipo de pez, mayor incluso del que habían pescado en el río anterior, y del que se negó a dar detalles sobre su tamaño y peso, porque aseguraba que nadie lo iba a creer, e incluso podría dar la oportunidad a que se dudara de la veracidad sobre todo lo escrito en este relato.

Solamente Eululaios, el cocinero, y aquellos dos ayudantes que embarcaron siendo niños, y ya se habían hecho hombres, para desesperación de su maestro y señor, se quejaban sin descanso, tanto por tener que cocinar a todas horas, como por cocinar animales, sobre los que no conocían nada.

Esturión común del río Danubio.

Contó mi señor, que habiéndose apercibido de que se encontraban próximos a la desembocadura de este río, aunque no hubieran apreciado que cómo en el anterior, se produjesen corrientes en sentido contrario, decidieron aparejar completamente el barco, izando por primera vez, después de tanto tiempo, la vela multicolor que era inherente a Therso, la misma con la que se había iniciado la singladura, estibada desde hacía tanto tiempo, que la admiraban en esa ocasión, como si fuese aquella primera vez en la isla de Arvad.

Hicieron esto no para recoger el posible viento que soplara, sin que pudiera acordarse mi señor si realmente había viento o no, sino con el fin, claramente entendible, de que el barco se manifestase en toda su belleza y poderío, considerando que ya iban a navegar la mar, y no un río como hasta ese momento, que no tardarían en encontrarse con gentes afines a ellos, y que si estas gentes fueran hostiles, mejor que apreciaran que el barco y la tripulación no serían una presa fácil.

De esta guisa, eligiendo al azar, con la barca delante como guía y vigía, navegaron uno de los varios brazos del río que desembocaba con fuerza en la mar, y lo hicieron penetrando muy a su interior, perdiendo de vista la costa, hasta que la corriente del río se mostró inapreciable.

No tardaron en darse cuenta que el agua volvía a ser salada, después de tanto tiempo, y que como hasta ahora no había sido necesario prever su acopio, las reservas eran mínimas, por lo que tendrían que hacer una aguada cuanto antes mejor.

Pusieron rumbo a la costa, y con ésta a la vista navegaron al Sur, hasta encontrar un atraque propicio para ir en la busca del agua que necesitaban.

Se debe decir, aunque sea muy difícil que se crea, que habiendo pasado tantísimo tiempo visitando lugares tan lejanos y desconocidos, fue en esa costa, en la que solamente planeaban abastecerse del agua que les faltaba, y a la que ya consideraban parte de nuestras tierras domésticas, donde tuvieron que poner a prueba toda su formación guerrera, y coraje, para defenderse de las tribus que la habitaban, y que les atacaron, como defensa propia o con la intención de robarles, teniendo que desistir del intento de hacerse con el agua, pasando penalidades hasta que se encontró el lugar y momento propicios para lograrlo.

Esa era la única contrariedad a referir que él recordaba, y que sucedió en la que podía estimarse como la última etapa del viaje, por mucha mar que todavía quedase por navegar hasta llegar a la amada Tiro, pero sobre la que tenían conocimiento directo, o suficientes referencias, como para considerar que ya se encontraban a salvo.

Atravesaron los dos estrechos que les situaron en su tan conocida mar (pagando los derechos exigidos y las inspecciones de rigor) y navegaron sin dificultad, aquella mar plagada de tantas islas, poniendo el rumbo conocido a Chipre, como etapa anterior a su próximo atraque en Tiro.

Mar Negro - Mar Egeo - Mar Mediterráneo.

Es justo hacer saber, que si cuando iniciaron su periplo, el barco que había diseñado Hanunu era un modelo único que se había construido con el mayor secreto posible, a su vuelta a Tiro, no atraía la atención de nadie, habiéndose construido tantas unidades desde entonces, que era a todas luces un ejemplar común en estas costas, y que al poco tiempo de concluir este relato, fue tan numeroso en la colonia de Cartago, que en aquella parte de la mar creen firmemente que es allí donde se construyó por primera vez.

Nada que pueda ser de tanto interés es posible que mantenga mucho tiempo el secreto en Tiro.

No tengo nada más que dejar escrito.

RESUMEN DEL LIBRO

EL PERIPLO DE URKATEL
"LA RUTA DEL ÁMBAR"

Describe el periplo por mar, realizado por un armador Fenicio hasta el mar Báltico, a mediados del siglo IX. a. C., en busca del ámbar.

Todo lo relatado en esta novela se ajusta a los datos que han proporcionado la arqueología y la historia, y si el armador se llama Urkatel, existió un armador con este nombre que poseyó hasta 30 barcos. Los alimentos son los que se comían, se navegaba en la forma que se relata, el barco se ha descrito partiendo de toda la información de que se dispone sobre los barcos utilizados por el pueblo fenicio. Cuanto se cuenta, pasó o pudo haber pasado.

El periplo de Urkatel, navegando desde Tiro a Málaga, cruzando el estrecho de Gibraltar, y remontando el Atlántico hasta el mar Báltico en busca del ámbar, para regresar a Tiro por vías fluviales del Este de Europa, cuenta una expedición que debió ocurrir, para que puedan interpretarse muchas lagunas de la historia.